



se



LAMARTINE

EL PICAPEDRERO
DE
SAINT-POINT

Lectulandia

Alphonse de Lamartine nos muestra en esta novela la abnegación de una persona por amor a Dios. El narrador tiene la suerte de conocer a Claudio des Huttes, un picador de piedra que es capaz de entregarlo todo. Este personaje, que posee una gran humildad, relata al narrador, a través de una serie de encuentros, todas sus penas que sólo había confiado a Dios, su gran amigo. Una historia trágica que ha llevado a Claudio, entre otras cosas, a renunciar al amor de Dionisia por darle prioridad a su hermano ciego, y ha hecho de él una persona de gran corazón. Este pasado junto a las revelaciones que el picador tiene mientras realiza su trabajo, ha llevado a hacer, de un hombre simple, un gran pensador y filósofo religioso.

Su postura de renunciamiento tiene un gran marco ideológico. Una ideología de la mayor pureza posible, casi rozando con la santidad.

Lectulandia

Alphonse de Lamartine

El Picapedrero de Saint-Point

Narración de aldea

ePub r1.0

Titivillus 02.02.2019

Título original: *Le tailleur de pierre de Saint-Point*

Alphonse de Lamartine, 1851

Traducción: Ángel Fernández de los Ríos

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com



CAPÍTULO PRIMERO

I

Saliendo de la linda aldea de Macón, con dirección a las montañas del Poniente, se sigue primero por espacio de varias horas un ancho camino guarnecido de vides que sube y baja con las ondulaciones del terreno, como el surco de un buque sobre las anchas olas de un mar tranquilo. Numerosos pueblos, con casas cubiertas de tejas encarnadas, paredes blanqueadas de cal y tapizadas de pámpanos, que suben por cima de la puerta, se elevan en las pendientes de todas las colinas, y despiden nubes de humo en el fondo de todas las gargantas. Hállanse rodeadas de prados; el curso tortuoso de algunos riachuelos, que riegan aquellos prados, se ve trazado por hileras de sauces, que cada tres años poda la segur. Su cabellera, flexible al más ligero viento, que vuelve las hojas y parece cubrirlas de plata, es justamente bastante larga y espesa, para dar un poco de sombra a los muchachos que guardan las vacas, y para prestar un asilo, que suele ser descubierto con frecuencia, a los nidos de los ruiseñores y de las arvelas. Toscos campanarios de piedra de sillería, ennegrecidos por la lluvia y tapizados del musgo gris que produce el trascurso de los siglos, dominan aquellas aldeas en forma de pirámide prolongada. La vista del viajero pasa continuamente de uno a otro de aquellos campanarios, como si contase a derecha e izquierda los pilares de una vía romana, en el camino de aquella comarca populosa. A la sombra de aquellas pirámides caladas, de las cuales resuena para cada habitante, con el eco de la campana, la voz del nacimiento o de la muerte, se ven verdear las malvas que crecen en los cementerios. Allí únicamente es donde descansan los

laboriosos viñadores de aquellas colinas, después de haber convertido el sudor de su frente en vino, durante sesenta u ochenta años, para alimentar a sus mujeres y a sus hijos. Respira cierta suave alegría aquella campiña con los rayos del sol, con las cintas de aguas que forman los arroyos, con los blancos reflejos de las casitas, con los cantos de los segadores, y con los repiques de las campanas. El cielo es apacible, la tierra sonríe, y el transeúnte dice para sí: ¡Desearía vivir aquí! y se entristece sin saber por qué, al dejar tras de sí aquel paisaje grato y luminoso.

II

A medida que se adelanta hacia el pie de las montañas, cesan las viñas y comienzan a escasear las aldeas; concluyen éstas por diseminarse en lugarejos distantes unos de otros, o en grupos de dos o tres cabañas situados en las pendientes escarpadas de los prados y de las rocas tapizadas de boj. Cuando ya se ha llegado a la cumbre de la montaña llamada de *Bois-Clair*, porque sin duda el sol de la mañana al alzarse por detrás del Jura y del Mont-Blanc inundaba con sus primeros fulgores las elevadas ramas de su bosque de encinas, se vuelve uno involuntariamente para dirigir una mirada postrera al inmenso escenario sobre el cual va a correrse el negro telón que forma la montaña: el Maconnais, con el amarillo color de sus pámpanos, el Saona, deslizándose cual una larga culebra plateada entre sus verdes prados, el Bresse, ceñido por sus mieses y sus sauces, el negro Jura, los Alpes de oro; y vuelve uno a bajar por rauda pendiente hacia la antigua ciudad claustral de Cluny, abrigada como un nido de búhos bajo los bronceados y mudos chapiteles de su abadía. Pero al pie de la cuesta de *Bois-Clair* se divide el camino: uno de sus ramales conduce a Cluny por entre praderas feraces y monótonas como el lujo monacal que poseía en otro tiempo aquellos pastos y aquellos bosques; el otro ramal conduce a las montañas del Charolais, llenas de bosques, de estanques, de pastos melancólicos y de mugidos de ganado.

III

Se sigue durante algún tiempo aquel camino ya pastoril, en donde sólo se encuentran algunos niños andrajosos, que guardan las cabras o bueyes a lo largo de los arbustos. Luego suavízanse de improviso a la izquierda las escarpadas pendientes de *Bois-Clair*; dejan abierto el paso a un riachuelo llamado el *Vallouze*, que sale a los pies del viandante desde una verde garganta, con su brillo y su murmullo sobre los guijarros, bajo los sauces, parece que os incita a que penetréis en aquella hondonada

y a que visitéis el misterioso valle circular cuya primera revelación tenéis ante la vista. ¿De dónde vienen esas aguas, se dice uno, y cómo una garganta tan estrecha da salida a un manantial tan ruidoso? ¿Se ensancha más adentro? ¿Es profunda? ¿Tiene en sus costados espesas malezas y manantiales pedregosos que alimentan ese río? ¡Quién sabe! Acaso oculte en sus revueltas alguna cuenca dilatada en donde se extiendan las praderas y los bosques, en donde las colinas se muestren más elevadas, en donde las rocas sostengan una iglesia, una aldea, un esqueleto descarnado de algún castillo antiguo. Entremos.

Y el viajero, con una leve inflexión de su mano izquierda, vuelve la cabeza y el paso de su caballo hacia el arenoso sendero que, costeano el río *Vallouse*, penetra en el valle de Saint-Point.

IV

Lo más hermoso, así en la belleza de las formas, como en la belleza moral de los caracteres y en la material de la creación, es siempre lo que está más velado. Los misterios del cuerpo, del corazón o de la naturaleza, son el encanto de la inteligencia, del alma, o de los ojos. Parece que Dios ha esparcido una sombra sobre lo más delicado y divino que ha hecho, para provocar el deseo con el secreto, y para moderar su brillo ante nuestras miradas, como ha puesto pestañas sobre nuestros ojos para templar la impresión de la luz, como ha puesto la noche sobre las estrellas para provocarnos a perseguirlas con la vista en su aéreo océano, a medir su poder y su grandeza por esos clavos de fuego que sus dedos, al tocar la bóveda del cielo, dejaron como señal en el firmamento. Los valles son los misterios de los paisajes. Penetrarse en ellos con tanto mayor deseo, cuanto más procuran torcerse, sepultarse y abrigarse. Tal es la impresión que produce el valle de Saint-Point a cada paso que va dando el viajero para descubrirle. Cuanto más se le descubre, más huye.

V

El valle de Saint-Point no es más que una ancha hendidura que las aguas de algún diluvio, o el hundimiento de alguna capa de tierra, o el desgarramiento producido por alguna sacudida del globo, han formado entre dos montañas que en otro tiempo debían tocarse, con el trabajo de los siglos, las opuestas faldas de estas dos montañas, que corren del Sur al Norte, se han cubierto de arena conducida allí por no sé qué océanos, secos ya hoy, de tierras escasas y flojas reproducidas perpetuamente por la vegetación de la yerba y la caída anual de las hojas, arrastradas siempre por su peso,

por las nieves o por las lluvias del invierno al fondo del barranco. Ahora, bosques y prados de yerbafina, como el verde vellón de la tierra, cubren aquella osamenta de las dos montañas paralelas. Pero, por los ángulos entrantes o salientes de los montecillos o cabos, cuyas convexidades de un lado parece que corresponden geoméricamente a las concavidades del otro, se cree conocer en una parte del valle lo que a la otra le falta. Aquellas dos montañas, semejantes a dos prolongadas murallas de una fortaleza, precedidas, sostenidas y flanqueadas sólo por sus bastiones, desde Levante a Poniente, no dejan paso a valle alguno transversal. Al Mediodía mismo se halla completamente cerrado por una planicie del terreno muy elevada, que sólo deja ver encima del horizonte los conos y las cúpulas sombrías de las lejanas crestas del Forez. Comiénzase caminando por la ladera de praderas angostas, en donde el río se desliza blandamente bajo los alisos y los avellanos. Se respira la húmeda frescura de los barrancos cerrados al ambiente que reina en los sitios escampados. A la izquierda no hay más que arenosos derrumbamientos de tierra de granito encarnado podrido y pulverizado por la acción del tiempo; a la derecha sólo se ven ramas de árboles acuáticos, en las que los mirlos enredan sus alas al levantarse asustados por el ruido que producen los pasos del caballo; sólo se distinguen delante de sí las sinuosidades cada vez más angostas del sendero, que parece no saber ya a dónde ha de conducir al que le recorre. Se ciñe a todos los accidentes y ondulaciones del terreno, como una culebra que, arrastrándose entre la yerba, busca su camino hacia el sol.

VI

Sin embargo, pronto se respira más aire, se siente la impresión de poder extender un poco más la vista, se mide un pedazo mayor de cielo entre las cumbres de las dos cordilleras de colinas; los prados se dilatan, las vecinas pendientes se suavizan, ábrese el valle, las faldas de las montañas se tornan más cóncavas, como los costados de un ánfora antigua, para contener más espacio, más luz y más vegetación. Crúzase por una aldea pequeña, oculta bajo los sauces, llamada *Bourg Vilain* por su antigua servidumbre. En su origen sólo era un grupo de establos en donde los boyeros y cabreros de la comarca abrigaban su ganado cuando la nieve cubría los prados. Gradualmente se convirtieron aquellos establos en cabañas, y estas en casitas; luego ha venido a dominarlas una iglesia rústica coronada por una torre tosca y cuadrada, construida con trozos de granito colocados irregularmente unos sobre otros. En la actualidad, se extienden floridos y hermosos en torno de aquellas casitas algunos jardinillos cerrados con un seto de mimbre verde, la cal viva blanquea y hermosea las paredes, los vidrios sustituyen a las maderas de roble negro que antes cerraban las ventanas, o a los bastidores de papel o lienzo, y brillan entre los dorados tallos de los alelíos. A la derecha, y a corta distancia de la aldea, se alza a orillas del agua y en

medio de los prados un montecillo de arena encarnada. La industria del molinero ha aprovechado aquel obstáculo natural para oponer un dique al riachuelo y construir allí una presa.

El molino ha tomado por sí mismo una forma más adecuada al paisaje que la que pudiera haberle dado el caprichoso pincel de *Salvator Rosa*.

La naturaleza es una grande artista cuando se la deja que por sí misma arregle sus medios según el objeto que se propone. Aquel molino es una prueba de ello. Nunca paso por aquella aldea sin admirar la combinación casual, y que hace que aquella construcción sea un modelo de lo pintoresco unido con lo razonable. En el invierno el río se desborda e inunda los prados; ha sido preciso edificar la casa en una elevación que esté fuera del alcance de esas inundaciones, y se ha asentado por necesidad sobre la roca, desde donde ve y se la ve; ha sido preciso que la corriente de la presa caiga sobre las paletas de la rueda del molino para dar movimiento a las piedras. La casa ha tenido que volver uno de sus costados hacia el río para tender su rueda al agua; la presa inclinada, el agua que salta de ella en forma de cascada, el musgo verdoso que se adhiere a las paredes del cauce y que les da la apariencia del *verde* antiguo, los murmullos y los rugidos de la caída de aguas, impacientes por salir de la compuerta, el centelleo de sus espumosas gotas entre las ramas y en las hojas húmedas de los alisos, los cortinajes que forman los álamos y los plátanos que han nacido por sí solos con sus raíces en el riachuelo y que cruzan mutuamente sus ramas de diferentes colores sobre el tejado encarnado, formando un segundo techo; la cavidad que hay en el costado de la casa, desde donde el cubo tiende la rueda al cauce, y que parece una gruta sombría velada por la niebla; el palomar que ha sido preciso añadir al molino, porque la paloma sigue siempre al grano que cae; la torre cuadrada que ha habido necesidad de alzar un piso más sobre el tejado de la casa para que las palomas torcaces conociesen desde lejos su guarida por encima de los árboles; el sendero en forma de espiral que ha sido preciso trazar con la azada en torno del montecillo, en la arena amarilla, para que los asnos y los carros de las vecinas aldeas subiesen sin gran dificultad con sus sacos; el polvo del trigo cribado, que sale por la ventana, el humo azulado que se eleva desde el tejado por entre las copas de los álamos, las cabras que están paciando con las patas delanteras apoyadas en la pared que mira al Norte, tan verde como un prado con su vistosa vegetación; las bandadas de palomas que bajan volando al palio y disputan el grano a los gallos y a las gallinas; el asno que sube o baja por la escalera abierta en la roca; la molinera que está cosiendo sentada junto a la ventana, con la cabeza inundada por un rayo del sol poniente que se refleja dorando los vidrios del piso alto; los niños que trepan hacia ella riendo por la verde escala que forma la yedra, cuyas caprichosas redes sirven de marco a aquella abertura sobre las aguas; toda aquella arquitectura que ha surgido de la casualidad o del oficio, agua, paredes, árboles, rocas, era, sendero, cascadas, galerías suspendidas en el aire, torre culminante, líneas armoniosas, sombra y luz distribuidas como por la combinación más estudiada, agrupándose a la sola indicación de la vida rural, y destacándose, a las

diferentes horas del día y con diversos colores, del fondo sombrío o iluminado de la montaña que les sirve de último término; toda esa fábrica, repito, desafiaría a la imaginación de un poeta o de un pintor a que la igualase en gracia y en rústico aspecto. Seduce a la imaginación por la vista, cautiva el alma por la serenidad. Es un pensamiento de *Teócrito* edificado sobre rocas en medio de los prados; es un verso de *Virgilio* murmurando suspiros a orillas de las corrientes aguas; es un lienzo de *Claudio de Lorena* inundado de paz y palpitante de vida. Es el arte supremo de ese arquitecto que no conoce el arte, ese esfuerzo de lo bello: es el molino de Saint-Point. Desde aquí veo el reflejo del sol naciente sobre sus tejas; ¡desde aquí estoy oyendo el cadencioso golpear del tamiz, ese corazón de la casa, ese pulso del molino!

VII

Más allá del molino, el valle se convierte en una cuenca de un cuarto de hora de travesía, próximamente, en cuyo centro se alza una colina baja, dominada en su cumbre por un castillo antiguo, en cuyos flancos se ven torres macizas, y en su cima la calada aguja de un campanario romano. Al pie de la colina se extienden praderas rodeadas de alisos, cerezos y corpulentos nogales. Por entre los troncos de estos árboles se ven las paredes, los tejados y el puente rústico de una aldea edificada al pie del castillo, compuesta de quince o veinte casitas de labradores, de colonos y de mercaderes de géneros rústicos, agrupados siempre en torno de las iglesias de las aldeas. Esas torres antiguas, minadas en su base por el tiempo, que las ha hecho crujir y agrietarse bajo su propio peso, despojadas en su parte superior de la veleta que en otro tiempo las hacía elevarse hasta el cielo, esas torres que hoy sólo sirven para ostentarse en los ángulos de un cuadrilátero de piedra tosca que tiene en su interior una escalera de caracol y algunos cuartos abovedados, constituyen hoy mi morada.

He sembrado césped, he trazado alamedas con el piso cubierto de fina arena en los bosquecillos de avellanos que le rodean, he cercado algunas fanegas de tierras y de prados que siguen las ondulaciones y los caprichos de la colina; he librado de la guadaña o del hacha del colono algunos árboles crecidos cuyas ramas me lo han agradecido extendiéndose sobre mis prados. He mandado abrir algunas puertas y ventanas en las paredes de cinco pies de espesor del antiguo castillo; he hecho construir en la fachada principal una galería de piedra labrada, según el modelo de las antiguas balaustradas de Oxford.

En esta galería es donde los huéspedes de la casa pasean por las mañanas al salir el sol, o se sientan por la tarde a la sombra inmensa de las torres, en la inclinada pradera. Allí se cuelgan de algunos clavos las jaulas de los pájaros, los perros se echan a nuestros pies sobre las tibias losas; los pavos reales domesticados que pueblan los jardines, y a los cuales echábamos migas de pan cuando eran pequeños,

recuerdan este cuidado nuestro, y como si quisieran agradecerémosle, se estacionan noche y día en el borde superior de la balaustrada, con su cola brillando al sol o flotando al viento. Forman una fila de cariátides vivas en aquella galería de piedra, como las cigüeñas forman almenas vivas con su blanca pluma en el alero de los tejados de las aldeas del Asia.

VIII

Desde allí se extiende la vista a la parte más hermosa del valle de *Saint-Point*. Primero sobre prados que forman una pendiente rápida y van a morir en una pradera nivelada por las aguas. Aquella se halla atravesada en su centro por el río *Vallouze*. Corpulentos nogales de hojas bronceadas, inmóviles como hojas de metal, álamos blancos con los troncos torcidos por los huracanes y con su follaje más cabelludo y más blanco que la cabeza de un anciano bien conservado, álamos, esos cipreses de Europa, alisos, chopos, robles que defiendo ha más de veinte y cinco años contra la podadera del hortelano, inclinados desde las dos orillas del río sobre el agua que tanto aman y que les corresponde, forman, entrelazándose sobre su corriente, una bóveda elevada, flotante, caprichosa, con hojas de todos colores, verdadero mosaico de vegetación. El menor soplo del viento de verano balancea todo aquel cortinaje movable, y produce ondulaciones, suspiros, colores cambiantes en las hojas, bandadas de pájaros, y emanaciones vegetales, que entretienen la vista, que varían el aspecto y que suben hasta la galería en ruidos leves y en fugitivos aromas.

IX

Después del río y la pradera, comienza la vista a subir por pisos o mesetas por las faldas feraces y abultadas de la elevada cordillera de colinas que separa el valle de *Saint-Point* del horizonte del *Maconnais*, de la *Bresse*, del *Jura* y de los *Alpes*. Primero hay grandes tierras rojizas, dotadas de terreno profundo, opulentas de vegetación fuerte, como las habas en flor, las remolachas de anchas hojas barnizadas, las zanahorias espesas y crecidas, sobre las cuales, al salir el sol, flotan blancas nubecillas de rocío; luego algunos huertos de árboles frutales rodeados de setos de ciruelos silvestres, bajo los cuales están rumiando hermosas vacas blancas y negras, cuyos melancólicos mugidos se repercuten de colina en colina. Dos o tres pueblecillos situados a la mitad de la pendiente, más arriba de aquellas tierras y huertos, elevan sus columnas de humo por encima de los árboles. Traspone la mirada aquel humo y sigue más allá por pendientes más rápidas y profundos barrancos

formados en la arena encarnada. De trecho en trecho se ven carros cargados de estiércol y arrastrados penosamente por vacas blancas, que el labriego conduce a los desmontes superiores para abonar algún tanto su avena endeble o su cebada tardía. Oíros bajan cargados de ramas de haya o de castaño, destinadas a calentar el horno en que cuece su pan. Las hojas que van colgando por detrás del carro barren aquellos barrancos, como la retama de la mujer hacendosa barre el piso reluciente de su casa. Aquellos caminos cóncavos, semejantes a la abertura de una gruta, se internan y se pierden de vista en los recodos de los montecillos, en el seno mismo de la montaña o bajo las sombras de los bosques de castaños. Ya no se conoce su dirección sino por la voz lejana del carretero que estimula a sus reses para que aun sigan subiendo. Estas voces, abultadas por la cúpula que forman los castaños y repetidas de tronco en tronco de árbol, mezcladas con los relinchos de los potros en los prados, con los mugidos de los bueyes echados en los pastos, con los balidos de las ovejas y cabras, con el cacareo de las gallinas, con el canto de los pájaros en los arbustos, con los chirridos de los ejes chillones de las carretas, con el ruido del agua al caer por las presas de los molinos, con el tañido de la campana que da el toque del alba, del mediodía y de la oración para los pastores y los labradores que están trabajando; llenan aquella cuenca sonora, entre las dos cordilleras, con un murmullo semejante al que producen los caracoles marinos cuando se acercan al oído para escuchar el eterno zumbido del mar.

Por último, más arriba, los grupos de castaños y de hayas intercalados con campos de brezos de color violado y retamas de flores amarillas, erizan las cumbres de los montecillos superiores; luego se empobrece la vegetación a impulsos del sople helado de las regiones frías, al contacto de la esterilidad de la roca. Las crestas casi desnudas o provistas tan sólo de algunos troncos de acebo y algunos arbustos espinosos, se pierden en el azul del cielo o en las flotantes nieblas de las elevadas cumbres. Esas nieblas, al velar siempre los límites indecisos de la tierra y del cielo, hacen que la mirada presuma elevaciones infinitas en donde le gusta al pensamiento extraviarse. La niebla es a las montañas lo que la ilusión al sentimiento: las aumenta de tamaño. Es el misterio que reina sobre todo lo de este mundo, y que a todo le presta más solemnidad, lo mismo para los ojos que para el corazón.

X

Tal es la vista que se disfruta al saliente desde la galería de Saint-Point. Al poniente se ven pendientes menos ásperas, contornos de la colina más suaves, aldeas más próximas y mejor asentadas en mesetas de verdes praderas, bosques más uniformes y sombríos, extendidos en declives menos escabrosos. Las grandes sombras que allí se despliegan temprano al sol poniente las hacen aun más gratas a la

vista. El carácter salvaje cede allí el puesto al carácter pastoril y florestal de los valles más frescos de los Alpes. Cuando se quiere admirar, orar, meditar, se mira a las montañas de la mañana; cuando se quiere tener esperanza, envidiar, gozar, recogerse en las imágenes de una vida campestre, se mira a las montañas por la parte de la tarde. Unas son un cuadro de felicidad en la tierra, las otras una escala de aspiración infinita al cielo; ambas son uno de los lienzos más hermosos de la decoración del drama de la vida feliz que ha pintado el Criador.

XI

Allí es donde habito desde mi infancia, cuando las oleadas de la vida, que se calman o agitan alternativamente en mi camino, me dejan o me conducen de nuevo a aquella orilla primitiva de mi existencia agitada y laboriosa. Bendigo las primaveras, los veranos, los otoños, y aun los escasos inviernos que de veinte años a esta parte he podido pasar allí, entre los recuerdos y los consuelos del hogar. ¡Ay de mí! en estos últimos años ya no voy allá sino durante algunas horas y con paso apresurado por los acontecimientos, para medir con una mirada rápida el crecimiento de los árboles que he plantado para sepultarme en su sombra, cuyas hojas caen bajo los pasos de los extraños, y para orar un momento sobre dos tumbas.

XII

Una mañana del año de 1846, al volver de un largo viaje que había hecho más allá de los Alpes, fui solo, en el mes de mayo, para ver al paso si había deteriorado algo el tiempo en aquel nido de familia, y para disponer ciertas reparaciones. Del mismo modo que el marino que durante algunas semanas permanece ocioso en el puerto, va de vez en cuando a bordo de su buque, visita el casco, manda poner una tabla aquí, un clavo más allá, un tornillo en otra parte, con el fin de encontrar su flotante morada en buen estado el día en que el armador le dé la señal de volver a lanzarse al mar.

XIII

Al dar una vuelta por el jardín después de almorzar, con el anciano colono que me vio nacer, y a quien ahora conservo ocioso en un rincón de su alquería, como a un antepasado de las tierras y de la casa, vi que las ramas de los cedros, los alerces y los pinos al crecer habían extendido sus largos brazos más allá de una cerca de cal y

canto que separaba mi posesión de un camino de pastores. El viento, al agitarlas sobre el borde de la pared, había concluido por arrancar algunas piedras, desprender la cal, y abrir en el recinto algunas brechas, por donde los niños podían trepar para robar nidos. Tengo árboles para los pájaros tanto como para mí. Los pájaros son la poesía de los cantos, el himno del aire. Si los matan, ¿quién cantará en la creación? No conozco cosa más triste que encontrar al pie de la torre de la iglesia, bajo el alero del tejado de la casa, o en la arena del jardín, debajo del árbol, el nido destrozado de una golondrina, de un pinzón o de un ruiseñor, con las cáscaras de sus huevecillos grises desparramadas por el suelo, al lado del lecho de pluma que el padre y la madre habían tejido durante toda una primavera para sus hijuelos.

XIV

Dije al padre Litaud, que este es el nombre de aquel anciano venerable de fisonomía homérica y cabellos plateados como la espuma de una vida azotada durante tanto tiempo por el viento de aquellas colinas: «¡Padre!» porque tengo con él la especie de parentesco filial que el niño de la casa contrae con los ancianos sirvientes que son más antiguos que él en el hogar de su familia; así, pues, le dije: «¡Padre! es preciso arreglar esta pared estropeada, levantar estas piedras, cubrir con cal estas brechas después de cerradas, y para impedir que los árboles las reproduzcan con el roce de sus ramas, es preciso sustituir ese lomo y esa fila de tejas, que defienden mal el borde de la cerca, con una fila de losas de piedra de sillería que cubrirán la parte superior de la pared como el parapeto de un puente».

»Los árboles apoyarán en ella sus codos sin molestarse, y las ramas, al moverse con entera libertad sobre esas piedras planas, no liarán sino pulirlas, como el agua corriente pule y suaviza la roca. Pero es preciso hacerlo pronto, porque los vientos del equinoccio, que llegarán con el mes de setiembre, darán fuertes sacudidas a esas ramas grandes y se llevarán el resto de las tejas y de la cal. Mandad venir al picapedrero de la aldea a quien vi el otro día trabajando en el fondo de una cantera al cruzar a caballo por el extraviado y remoto lugar de la *Fée*. Mediré las dimensiones, haré el ajuste, le pondré a trabajar en la cantera que hay al pie del jardín, y el año que viene los pájaros harán tranquilamente sus nidos en esas lilas.

XV

—Sí, señor, me contestó el padre Litaud titubeando y con cierto acento de incredulidad y de duda; pero en su fisonomía, en su mirada donde vagaban

pensamientos distraídos, y en la postura de su cabeza que se inclinaba como para buscar algo entre la yerba, veía yo que el anciano no afirmaba bastante en su interior el sí que había proferido guiado por un primer impulso.

—¿No hay un picapedrero en estas aldeas, repuse, para asegurar bien mi casa?

—Sí, señor, hay uno, contestó el anciano, y muy buen obrero y muy servicial, por cierto, añadió; pero no estoy muy seguro de que consienta en bajar y venir a trabajar para la casa.

—¿Por qué? repliqué con sorpresa. ¿Acaso no vale tanto mi dinero como el de los demás? ¿Acaso no le pagaré cada piedra labrada al mismo precio que los aldeanos de la comarca, y aun más caro, en razón a la urgencia? ¿Por qué no ha de venir si le mandáis llamar ahora mismo de mi parte?

—Es que el picapedrero no trabaja por dinero.

—Pues bien, le daré granos, trigo, patatas, aceite de nueces, cestos de manzanas o de ciruelas; en fin, lo que quiera.

—Es que tampoco trabaja por granos ni otros productos de la tierra como nosotros.

—Entonces ¿por qué trabaja?

—Sólo para Dios, señor, y para los pobres. Sólo para él y para ellos; y como sois rico, como sois dueño de los bosques, de los prados y del castillo, temo que ese hombre, que es dulce y bondadoso, pero tan firme en sus ideas y propósitos como la piedra que labra, diga para sí: «Ese caballero está bastante bien acomodado para mandar hacer su reparación por medio de obreros que trabajen a jornal o a destajo con buen salario; si consiento en trabajar para él, haré falla a las pobres gentes que necesiten componer el marco de una puerta o de una ventana, y luego ese caballero querrá darme un precio superior al que yo cobro por mis jornales, y que representa exactamente el valor de mi sustento; no sabré cómo rehusar su dinero, y si le acepto faltaré a las reglas que me he impuesto durante toda mi vida». En una palabra, os lo repito, temo no venga ese hombre.

—No, no, dije, no podrá negarse a venir. Fijará él mismo su jornal, puesto que es tan justo; y si mi dinero, que habrá ganado tan merecidamente, pesa a su conciencia de hombre caritativo, lo dará a otros más pobres que él, y así se arregla todo. Mandad esta tarde a uno de vuestros pastores a suplicarle que baje. Mañana al mediodía le aguardaré aquí. Aun cuando no logre entenderme con él, me alegraré de haber visto a un hombre que rehúsa el oro en un país como estas montañas, en donde es tan vehemente y áspero el afán de ganar dinero, que una moneda de rojizo cobre que pueda ganarse o perderse les parece a tantos cristianos ricos que es el fin postrero del hombre. Para mí será como un manantial de agua pura que salga de una roca en medio de esta arena abrasadora capaz de absorber todas las nubes del cielo.

—Pues bien, voy a obedeceros y a insistir para que baje. Pero iré yo mismo, porque no querría escuchar a mi pastor. Le expondré mejores razones que las que pudiera darle un muchacho.

Después de hablar así, el padre Litaud tomó, con paso vigoroso y ágil todavía, el sendero que conducía a su alquería, para quitarse las almadreñas, ponerse las polainas y coger su palo de punta de hierro que se agarra a la arena de la montaña.

Yo fui a casa por mis perros y mi escopeta para subir a los bosques de la montaña del poniente.

CAPÍTULO II

I

A la mañana siguiente, al mediodía, al regresar de la caza, oí ladrar los perros en el patio. Bajé: eran el padre Litaud y el picapedrero.

—He aquí a Claudio Des Huttes, me dijo el anciano colono con un acento de satisfacción que revelaba en su voz el sentimiento del triunfo interior que experimentaba por haber logrado en su negociación mejor éxito de lo que pensaba el día antes. Consiente, añadió, en venir a hacer vuestra obra y a trabajar para el castillo, porque la señora es buena para los pobres.

—Pues bien, vamos a ver la cerca y a medir el número y la anchura de las losas que se necesitan, dije a los dos campesinos.

Y se encaminaron conmigo hacia los cedros.

Mientras íbamos andando, examinaba yo a hurtadillas al picapedrero, porque aquel hombre me había inspirado desde luego cierto respeto. Aunque de actitud humilde y tímida, se comprendía que no se sentía subyugado por el ascendiente de mi traje, ni por el prestigio de mi casa, mayor que las de la aldea, sino que daba cuenta de cada uno de sus pasos y de sus impresiones a otro ser más grande y más alto que yo. Su recogimiento llevaba en sí a Dios. La alameda que, dando vueltas, conducía desde la puerta de la casa a la brecha abierta junto a los cedros, era larga, y tuve tiempo suficiente para grabar bien su fisonomía en mi memoria.

II

Claudio Des Huttes era hombre de unos treinta y seis a cuarenta años, de estatura mediana, de cuerpo endeble y algo encorvado hacia adelante, como el de un peón acostumbrado a ir doblado bajo fardos de gran peso. Sus piernas no tenían el vigor elástico ni los tendidos músculos de los cazadores de gamos de nuestros Alpes; se inclinaban un poco hacia adelante como los del obrero acostumbrado a arrodillarse con frecuencia para su trabajo. Uno de sus hombros era mucho más alto, más abultado y más fuerte que el otro: era el hombro de donde arranca el brazo derecho, que alza y baja de continuo el martillo. Aunque sus brazos eran delgados, y aunque las mangas, que sólo los cubrían hasta la mitad, dejaban ver las venas, los tendones y los músculos casi en toda su desnudez, sus manos eran largas, gruesas, de articulaciones pronunciadas, de corteza áspera, como unas tenazas. La costumbre de labrar, mover y dar vueltas a piedras de gran tamaño, había desarrollado y endurecido

en él esa primera herramienta del hombre, la mano. Dejábalas colgar como dos balancines inertes que le causaban visible embarazo cuando nada llevaba agarrado. Sus pies desnudos y anchos, cuyos dedos, poderosamente pronunciados, se hincaban en el suelo, imprimían delante de mí sus huellas en la arena húmeda de la calle de árboles, como los clavos de las herraduras de mi caballo en la yerba del prado, después de un rocío abundante. Llevaba en la mano su gorro de lana roja. Sus cabellos negros, espesos, salpicados con algunos granos de polvo de mármol, flotaban bastante largos por detrás de su cuello; estaban cortados en forma cuadrada, aunque irregular, por su propia mano, de modo que sólo sobresaliesen como un ribete negro entre la nuca y el cuello de la chaqueta, para proteger su propio cuello contra la lluvia y la nieve. No llevaba más ropa que una camisa de tela de estopa sin curar, abierta por el cuello, sujeta en el pecho por dos clavos de latón, de los cuales uno servía de alfiler, y el otro, doblado en círculo en torno del primero, formaba una especie de nudo de latón, que agarraba la tela y la mantenía pegada sobre el pecho. Llevaba la chaqueta colgada del hombro izquierdo. Era indudablemente una muestra de respeto, una señal de deferencia, una distinción honorífica que ostentaba, no por él, sino por mí. Un pantalón de lana blanca, de la misma tela que su chaqueta, estaba ceñido en torno de su cintura por una correa fuerte de cuero rojizo con bolsas pequeñas cerradas con unas lazaditas también de cuero, por entre las cuales asomaban las puntas de su compás y los mangos de sus tres martillos. Aquel pantalón sólo le llegaba a los tobillos. Un delantal largo de piel de cabra flotaba y sonaba a cada paso que daba, rozándose con sus rodillas. Caminaba con la cadencia lenta y acompasada de un hombre que piensa al paso que va andando, y cuya simetría interior, ese balancín del humano péndulo, arregla instintivamente los movimientos del cuerpo. Tal era el aspecto exterior del picapedrero.

III

Pero bajo aquel exterior tosco y bajo aquel traje rústico brillaba, sin embargo, en la cabeza descubierta de aquel hombre, una impresión, no diré sólo de dignidad, sino de divinidad de rostro humano, que imponía a la simple vista y hacía que renunciase el alma a toda idea de vulgaridad y desdén. La línea de su frente era tan elevada, tan recta, tan pura de inflexiones o de depresiones innobles, como las líneas de la frente de Platón en esos bustos que relucen a los rayos del sol del Ática. Los músculos delgados, comprimidos, palpitantes de las órbitas de sus ojos, de sus sienes, de sus mejillas, de sus labios, de su barba, tenían a la vez el sereno reposo y la impresionabilidad de una joven convaleciente de alguna enfermedad prolongada, o de algún dolor secreto. Los párpados de sus ojos sombreados de largas pestañas, se alzaban sobre el globo azulado y muy abierto de las pupilas, como los de un hombre

acostumbrado a mirar de abajo a arriba y a fijarse en cosas elevadas. Las pestañas producían una sombra llena de misterio entre los bordes de sus párpados y el ojo. La meditación y la oración podían abrigarse allí sin interrumpir la mirada. Su nariz recta y levemente abombada en el centro por la red de las venas que se traslucían bajo un cutis fino, estaba unida a los labios por la membrana trasparente que se clareaba al sol que brillaba detrás de él. Los pliegues de la boca eran flexibles, sin contracción, sin rigidez; se arqueaban un poco hacia los extremos, bajo el peso de una tristeza involuntaria, y luego se levantaban a impulso del resorte de una energía reflexiva. Su tez tenía la blancura mate y sana del mármol expuesto al aire; la sombra fuerte de su negra cabellera que flotaba sobre sus mejillas con algunas gotas de sudor, aumentaba su palidez. Inclina un poco su rostro hacia adelante, más aun por el poder habitual de la reflexión que por la postura propia de su oficio. Al caminar así al lado de aquel hombre, visto de perfil a la luz del sol que él me cubría, y que lo revestía de su aureola de rayos, se comprendía que se caminaba al lado de un alma. Todo pensaba, todo sentía, todo aspiraba, todo se elevaba en aquella cabeza desprendida del cuerpo rústico que la sostenía. Creíase ver destacarse el perfil de su pensamiento en el sol de la mañana, sobre el fondo azul y luminoso del firmamento. No me atrevía a dirigirle la palabra por temor de alterar el recogimiento de sus facciones. Su voz, cuando contestaba lacónicamente al labrador, era timbrada, hueca y grave como el sonido de una baldosa de mármol adelgazada y sin raja alguna, cuando la hiere el martillito del bruñidor; su acento no hablaba, cantaba. Cualquiera habría dicho que todo era himno en aquel pecho, hasta un sí y un no.

IV

El padre Litaud me dirigía de vez en cuando y a hurtadillas una mirada de inteligencia, como para decirme: «Ved si el picapedrero es o no tal como le describí». Luego movía levemente su blanca cabeza como diciendo para sí: «Mucho dudo que el señor haga carrera de él».

Llegamos a los cedros. Mostré al picapedrero la parte superior de la cerca desmoronada. Desdobló su vara de medir, recogida por trozos y en la que se veían señalados los pies, las pulgadas y las líneas, para medir el número y el espesor de las losas que yo pedía.

—Son tantas varas, me dijo acercándose a mí.

—Pues bien, hacedlas lo más pronto posible. A dos pasos de aquí está mi cantera, de donde vais a sacar las piedras. Pero decidme primero cuánto queréis por pie cuadrado.

—No lo sé, contestó con un embarazo visible y que conmovía.

—¿Y quién lo ha de saber sino vos? le dije. ¡Entonces lo sabré yo solo!

—No, señor, repuso con creciente timidez que hizo se hinchasen sus venas y se colorease ligeramente la tez de su frente inclinada. Ni vos ni yo; Dios será quien lo sepa.

—¡Cómo, Dios! exclamé.

— Sí, añadió, sólo él sabe cuánto tiempo emplearé en sacar las piedras de la cantera, en labrarlas y en picarlas. Cuando estén concluidas, contaré lo que necesite exactamente para mi sustento, pero nada por mi trabajo, caballero, porque el trabajo, quien le paga no es el hombre sino Dios. Vos en vuestro cuarto, a caballo, o con vuestros libros, cobijado a la sombra de estos árboles corpulentos, acaso hayáis tenido más trabajo que yo.

Estas palabras, pronunciadas sin preparativo ni exordio de ningún género, y saliendo de sus labios como la respiración, con un acento, no de reto, de supremacía, ni de insolencia, sino de sencillez y aun de compasión, me sorprendieron. No procuré lastimarle oponiendo resistencia, ni entablando con él prematuramente una conversación que pudiera haberle inspirado desconfianza. No mostré en mi semblante sorpresa ni sentimiento.

—Pues bien, dije al padre Litaud, conducidle a la cantera y que se ponga a trabajar.

Yo regresé a mi habitación.

Media hora después oía desde mi ventana los sonoros golpes del pico, y el sordo ruido de los trozos de piedra que rodaban desde lo alto de la cantera al fondo del barranco.

Por la mañana volví a marchar de Saint-Point.

V

Tres semanas después regresé al valle con mi familia, para fijarme y pasar allí el resto del verano. En el día siguiente al de mi llegada, al despertar, no oí ruido alguno de pico ni de martillo en la cantera. Fui allá: estaba vacía. Sólo había en el fondo un montoncito de piedras grises recientemente desprendidas de los costados, y dos o tres losas comenzadas a labrar por las orillas. Corrí presuroso a casa del padre Litaud para pedirle explicaciones acerca de aquella obra urgente, ajustada y abandonada.

—Nada sé, me dijo; Claudio Des Huttes trabajó durante algunos días, luego, desde una mañana, no volví a verle. Le habrá ocurrido otra idea. Ya os lo decía yo, señor, no hay que fiar en esos santos. Hacen tratos con Dios, que son antes que los tratos con los hombres. Acaso Claudio habrá juzgado que gana demasiado; quizás haya dicho para sí:

«Soy el jornalero de los pobres; si trabajo para los señores, los pobres ya no tendrán quién trabaje para ellos; llegará el invierno, las casas no estarán cubiertas, ni

las granjas compuestas, ni los establos cerrados; el grano se echará a perder, se morirá el ganado, los niños llorarán de frío en las cabañas, y será culpa mía. Dios me pedirá cuenta de ello. En el castillo ya encontrarán jornaleros por dinero en todo tiempo, la obra del dueño del jardín no corre mucha prisa, las piedras se desprenden, pero no padecen. ¡Vámonos!». O cualquiera otra cosa por el estilo, ¡qué sé yo! No se puede oír lo que la imaginación del hombre le dice por lo bajo, ¿no es verdad? Y se habrá marchado con su herramienta. Si queréis, iré otra vez allá arriba a hablarle, y a rogarle de nuevo que baje.

—No, dije al anciano, iré yo mismo; señaladme únicamente donde está su casa.

El anciano tendió la mano alzando el brazo hacia la cumbre más alta de la cordillera de montañas de Levante; me hizo fijar la vista casi en el extremo de la cúspide, a la derecha de un grupo de ocho o diez castaños muy altos, a la izquierda de una roca parduzca medio envuelta en una neblina leve como el fondo de una cascada, en donde se distinguían dos o tres puntos blancos entre las retamas doradas.

—Son sus cabritos, señor, me dijo; la casa no está lejos, pero no podéis verla desde aquí. El tejado lo ocultan el ángulo de aquel montecillo y las ramas de los avellanos que son más altas que la pared y se extienden por encima de la casa. Sólo se ve el humo en el invierno, cuando Claudio quema algún haz de leña para dar calor a los hijuelos de sus cabras.

— Está bien, le dije, conozco la montaña y no necesito sendero para recorrerla. ¿Acaso no guardé yo cabras, también, cuando era niño?

CAPÍTULO III

I

Púseme las polainas de cuero sobre los zapatos claveteados; quité los cascabeles al perro para que no asustase a los cabritos ni avisase mi llegada a Claudio, corriendo delante de mí; cogí la escopeta, ese báculo y genio familiar del cazador; atravesé los prados del valle haciendo levantar bandadas de tordos, y comencé a subir lentamente, al través de los campos, por las pendientes de la montaña, primero suaves, y luego escarpadas. Era la mañana de un domingo; a nadie encontraba yo en las tierras; el día era largo, podía disponer de mucho tiempo, y de vez en cuando me volvía y me sentaba en las raíces de algún castaño para fijar una mirada en la cuenca que, a cada parada que yo hacía, se ahondaba más y más ante mi vista. El sol había recorrido ocioso más de la mitad del trozo de cielo que parece medir diariamente en el valle, y se inclinaba ya algún tanto hacia la montaña opuesta, cuando me acerqué a aquella aldea ruinosa denominada *Des Huttes*^[1], de la que sin duda recibía su nombre el picapedrero. No había yo subido allí desde la edad de once años, en que mi madre me retiró del trato de los pastorcillos de la comarca para meterme en el molde común del colegio, en sociedad con los profesores, los alumnos y los libros. En aquella época feliz de mi infancia subía yo una o dos veces al año, con las criadas de la casa, para comprar cabritos en la primavera y castañas pilongas en el otoño, en las dos o tres cabañas que a la sazón componían aquella aldea.

II

Recordaba yo perfectamente los árboles, los manantiales rodeados de berros y vincapervincas, y hasta el musgo adherido a las anchas piedras grises que salen de entre el lecho de retamas cual osamenta de la tierra; pero las cabañas ya no existían. En su lugar, sólo veía yo desde lejos dos montones de escombros. Algunas zarzas de negra fruta crecían sobre ellos. Un saúco viejo, árbol doméstico que se adhiere por sí solo a la morada del hombre, como las malvas y las ortigas crecen sobre su sepultura en los cementerios, sembraba sus flores sobre los cascotes de teja. Un acebo magnífico se agarraba con sus nudosas ramas a los restos de una pared que tenía abierta una ventana, por la cual se veía el cielo, árbol vigoroso e inmortal cuya savia hierve bajo la nieve, y cuya corteza siempre verde y sus hojas barnizadas como el charol parecen sobrevivir a los siglos, y compadecerse de las fugitivas generaciones humanas que pasan y se echan a sus pies.

Aquel espectáculo me entristeció; pero estoy acostumbrado a él. Busqué con la vista el resbaladizo sendero abierto en el hueco del barranco situado a orillas de un arroyuelo formado por las filtraciones del granito, y que en otro tiempo conducía a la tercera cabaña. Le descubrí bajo la seca hojarasca del invierno último que los tibios vientos de la primavera habían arrastrado hasta las pendientes de la quebrada, y caminé por él durante algún tiempo oyendo el ruido que producía el agua de la cascada.

III

El barranco, primero lleno de humedad y oscuro, serpenteaba, ora angosto ora ancho, entre los costados de granito descompuesto que se disolvía en arena de diferentes colores, roja, amarilla, gris, verduzca, como esos guijarros que se encuentran en las arenosas playas del mar de Siria. Algunos troncos de cerezos silvestres, plátanos frondosos y cedros, árboles duros y resistentes al frío, se inclinaban unos hacia otros desde las orillas superiores de la garganta, y entrelazándose formaban una alta bóveda de inmóvil hojarasca. Resonaban allí los pasos como bajo la bóveda de una catedral. Un estremecimiento dulce y suave recorría todo el cuerpo, cual si hubiese caminado por las inmediaciones de un misterio. Sólo algunos mirlos atravesaban aquella quebrada, con raudos y espantosos vuelos. Pero pronto se iluminaba el barranco, cual si hubiesen encendido una lámpara encima de las hojas transparentes. Por entre estas se veían algunos pedazos de cielo azul, como trozos de lapislázuli en un techo. Los árboles se apartaban, el sendero subía por la derecha con rápida pendiente, hacia el borde de la garganta y hacia la luz. Dejé a mi izquierda algunos charcos de agua verdosa en el fondo de lo que, en el lenguaje de las montañas, llaman un *abismo*. Cuando hube llegado al nivel del terreno, se hallaba ante mi vista la morada del picapedrero.

IV

Era una construcción informe de piedras secas, sin argamasa, apoyada en un gran trozo cuadrado de roca parduzca, sobre la cual se veían aun de pie, pero sin puerta, ventanas ni tejado, las paredes de la tercera cabaña del lugar *Des Huttes*, que en otro tiempo había yo visitado. La plataforma de la roca, que había servido de pedestal a aquella cabaña de pastor, estaba sembrada de tejas molidas por las pezuñas de los animales, de trozos de vigas de las que un extremo se conservaba adherido todavía a la pared, mientras el otro se inclinaba sin apoyo hacia el suelo. El negro hollín

adherido a un trozo de pared de ladrillo, que en otro tiempo estuvo blanqueado con cal, indicaba todavía el sitio del hogar en que aquella familia de montañeses vivió, amó y se extinguió. Detrás de aquellas paredes ruinosas, la roca, abierta en forma de lecho de torrente por el curso de las aguas de los manantiales y de las llovedizas, formaba una especie de canal natural desde donde la cascada caía al barranco con rumor. A aquella parte daba en otro tiempo la ventana baja de la cabaña vuelta hacia el Norte. Una hiedra inmensa, cuyas raíces estaban dentro del agua, rodeaba ya en mi tiempo aquella ventana y aquel lado de la pared. A la sazón llenaba ya por completo la abertura con un manojo espeso de sus hojas y de sus racimos negros, cual si llevara luto por las ruinas de la casa que la había alimentado. Agarrábase a las vigas, a los pies derechos de la chimenea, al marco de la puerta; erizábase en salientes cornisas en la parte superior de cada lienzo de pared y aun en los ángulos de la roca, cual un perro echado sobre el cadáver de su amo, que le ciñe con sus patas, le cubre con su cuerpo, y parece desafiar a los hombres a que le arranquen los despojos del hombre a quien amó.

V

Claudio no había intentado reedificar la casa arruinada de su familia y formar en ella un asilo para sí. Nada habría sido más fácil cuando la piedra, la madera y las tejas se hallaban todavía en buen estado. ¿Por qué había preferido alojarse al pie de la roca, bajo una especie de concavidad que formaba en otro tiempo el establo de las cabras, y acostarse allí, como un mendigo, al pie de la puerta? Dios lo sabe. Sin duda por alguna superstición del corazón relativa al techo bajo el cual había vivido y amado, o por el horror de verse allí solo y sentir aquel sitio tan vacío después de haberle visto tan lleno. Porque no era pereza; todas las semanas hacía de balde más trabajo del que habría sido necesario para levantar de nuevo y sostener la sólida cabaña de su madre.

VI

Sea de esto lo que quiera, su casita, o más bien su gruta, consistía tan sólo en una especie de cueva formada por las aguas o por el hundimiento de una parte de los lados, en el seno mismo de la roca. Como aquella cavidad era poco profunda, le había añadido dos paredes pequeñas de piedras informes y en su mayor parte triangulares, formadas de trozos de granito desprendidos de la montaña por su propio peso. Aquellas piedras estaban colocadas unas sobre otras, sin arle, aunque de manera que los ángulos salientes de unas encajasen en los entrantes de las otras, como las

ciclópeas murallas que se ven en Etruria, sin saber quién las ha levantado, si la naturaleza o el hombre. Aquellas dos paredes arrancaban de la roca y adelantaban algunos pasos sobre la pendiente pedregosa, mezclada con algunas plantas de boj; otra pared semejante las unía entre sí. En esta última, y frente al valle, había una puerta baja y un ventanillo redondo, lateral, cerrado con un manojito de retama aun florida.

La puerta, hecha con tres pedazos de tabla carcomidos y tomados sin duda alguna de los restos del piso de la cabaña superior, no tenía más cerradura que un picaporte de madera, el cual se alzaba con un cordel que de día colgaba por fuera, y por la noche se retiraba al interior de la cabaña por un agujerito practicado encima del picaporte. La parte del techo que se apoyaba en la roca y que sobresalía de ésta algunas varas, en vez de hallarse cubierta con paja, lo estaba con manojitos de retama fuertemente atados unos a otros con gruesas sogas de paja de avena torcida, sobre las cuales se escurría la lluvia y crecían algunas parietarias. La misma roca servía de techo natural al fondo de la cabaña. Aun se veían en aquel reborde prominente de la roca los restos de una galería sostenida por una viga, y adornada con un trozo de barandilla y uno o dos peldaños de escalera, que era en otro tiempo el rústico pórtico de la casita. Las frondosas hiedras que he mencionado, que ahora invaden toda la antigua morada, sobresalían de aquella galería ruinoso hasta por cima del techo de la nueva choza. Un membrillo tortuoso, algunos enebros de negras perlas y un grupo inmenso de oxiacanto, habían echado raíces en una cornisa natural de la roca. Desde allí colgaban sus ramas, sus guías, sus frutas y sus flores sobre el tejado. Le cubrían por entero de hojas secas, de hojas verdes, y de aromáticas nevadas flores de oxiacanto. Me sorprendió ver entre aquellas ramas dos o tres nidos de pajarillos de las alturas. Incubaban sus huevos mirándome desde el fondo de la sombra que proyectaban las hojas. No echaron a volar cuando yo me acerqué, como si por instinto tuviesen el sentimiento de una seguridad confiada. Tampoco los lagartos de las paredes huían.

VII

Tiré del cordón del picaporte de madera, y entré en la cabaña llamando a Claudio Des Huttes. La cabaña estaba vacía. Dirigí rápidamente una mirada al interior de ella para juzgar de los hábitos y costumbres del hombre por el aspecto de su morada. Con una sola ojeada comprendí la vida de aquel pobre solitario. El fondo de la cabaña tenía algunos pies más de elevación que el resto del piso. Era una especie de lecho de piedra abierto con el cincel en la roca viva, y con la longitud suficiente para la estatura de un hombre. Sobre aquel lecho se extendía la roca en forma de bóveda; en vez de colchón se veía extendida una capa de paja de avena, mezclada con yerbas

secas de las más finas de la montaña. Un haz de retamas servía de almohada. Tres o cuatro pieles negras de carnero, arrolladas al pie de aquella cama, servían de manta en invierno. Al lado de aquel hueco y colgado de un clavo estaba un vestido de mujer, galoneado con terciopelo en las costuras, y en el pecho tenía una cruz de oro o de latón. Era el único adorno de la cabaña; eran sin duda los lares de la casa. Un poco más lejos, junto a la pared de rústicas piedras, se veía un hogar pequeño cubierto con un poco de ceniza blanca de retama. El humo, que había ennegrecido en aquel sitio las piedras parduscas, salía por la hendidura de dos trozos de granito, formada para aquel uso por la casualidad, y que cuando el hogar estaba apagado se tapaba con un manojo de yerba seca. El resto del piso de la cabaña estaba cubierto por entero con una capa espesa y limpia de retamas y helechos verdes, en la cual se veían los hoyos que los perros, las cabras y los cabritos habían formado con el peso de sus cuerpos durante la noche. Por toda provisión se veían algunas mazorcas de maíz seco del año anterior, colgadas del techo, cuyos granos tuestan en el rescoldo los campesinos de aquellas montañas; castañas mondadas y secas en el horno, que suelen cocer con leche, algunos quesitos de leche de cabra, tan duros como los guijarros cuya forma imitan, y una hogaza de pan, encentada ya y en la que algunas manchas de moho comenzaban a criar una pelusilla blanca. Un cuchillo, un puchero de barro para cocer las patatas, y un tazón de cuero reluciente, provisto de un mango largo de hierro, para sacar agua de la fuente y beber, eran los únicos muebles y los únicos utensilios de la cabaña. Miré por la puerta a mi casa que brillaba en el horizonte, herida por los rayos del sol, en el centro del valle, con sus gruesas paredes, sus tejados, sus torres, sus grandes habitaciones llenas de muebles útiles o de mero lujo, de criados y de todas las cosas propias de una civilización insaciable en necesidades creadas y ficticias, y de exigencias para satisfacerlas; enseguida torné mi vista a los muebles de Claudio Des Huttes, y salí diciendo:

—He ahí el resumen de las verdaderas necesidades del hombre.

VIII

Volví a cerrar la puerta y llamé desde fuera, pero sólo el hueco de la roca repitió el nombre de su habitante. Entonces me encaminé más arriba por distintos lados, para tratar de descubrir al hombre y a las cabras. Un sendero imperceptible para la vista de cualquiera otro que no fuese un cazador, trazado por una leve inflexión del césped bajo las plantas que le habían hollado, y por algunos helechos de los que una o dos hojas habían sido rotas recientemente por los pitones de los cabritos, me condujo al lado opuesto de un montecillo rodeado de piedras grises, a unos cien pasos por encima de la cascada. Un trozo de roca enorme, semejante al que sostenía la antigua casa, surgía del suelo como una torre gigantesca, en medio de aquel montecillo. En

torno suyo crecía una yerba fina como el terciopelo de seda verde. Rodeé lentamente la roca, cuya cúspide me parecía inaccesible sin el auxilio de una escalera de mano; luego hallé una especie de rotura entre sus costados, y escalones naturales y desiguales que facilitaban la subida. Trepé por ellos para descubrir desde arriba todo cuanto podía habitar en aquellas cumbres y en aquellas gargantas, en donde la tierra, la piedra y el agua parece que quieren ocultarse bajo los multiplicados pliegues del terreno. Cuando hube llegado a la cúspide, una pendiente suave me condujo al costado del Mediodía, al pie de aquella roca que yo creía inaccesible por todas partes. Por aquel lado estaba al nivel de una pradera florida, enteramente rodeada de rocas musgosas, amontonadas unas sobre otras, como un trozo de jardín que por casualidad ha quedado libre en el hundimiento de un edificio ruinoso. Al poner los pies en aquella pradera y recorrerla con la vista, descubrí todo lo que buscaba.

IX

La pradera tenía una pendiente semejante a la de un tejado de paja, para dejar que corriesen las nieves del invierno y las aguas de la lluvia; el sol de mediodía, que daba allí de lleno, reverberado además por los prismas arenosos de las rocas graníticas y una temperatura tibia que suele escasear a tan grande altura sobre los valles. Se respiraba en aquel sitio la primavera. Una nube de insectos flotaba y zumbaba en los rayos, haciéndoles ser, por decirlo así, palpables.

Se conocía que otros huéspedes, además del hombre, habían descubierto aquel asilo. También las plantas pululaban allí al pie de las rocas: nacían las clavellinas encarnadas y se balanceaban sobre el musgo de las piedras como cerezas entreabiertas por el pico de los pájaros. Los rosales silvestres adornaban con profusión aquel recinto; sus tallos, largos y flexibles, lanzaban millares de parábolas vegetales, en cuyo extremo se abría una estrella de rosas de cinco hojas que caían en menuda lluvia sobre el césped. La yerba, aunque inculta, parecía estar peinada por el rastrillo. Al descubrir el cazador aquella soledad en medio de la soledad, a la vez graciosa y severa, brillante y modesta, rodeada de paredes y florida, no podía saber a punto fijo si el pedazo de tierra que tenía ante su vista era un vergel, un jardín o un santuario de la muerte, adornado con flores por la piedad de alguna aldea abandonada. O más bien era, en realidad, una cosa que participaba de aquellas dos naturalezas, una especie de jardín fúnebre, en donde la vida disputaba el terreno a la muerte, y en donde, al ver a la vez la yerba, las flores, los animales paciendo, los pájaros cantando, y aquellos montoncitos de césped que parecen los dobleces de la manta del hombre en su último lecho, se vacila entre la alegría y el pesar, y se contempla silenciosamente aquel espectáculo sin saber si se debe gozar o

entristecerse. Tal fue la primera impresión que en mí produjo aquel asilo delicioso de sol, de silencio y de sosiego.

X

Apenas había puesto los pies en aquella yerba florida, cuando un espectáculo singular e inexplicable atrajo mis miradas y suspendió mi comenzada marcha. A veinte o treinta pasos de mí, destacábanse en la parte superior de la pradera sobre el azul del cielo tres grandes trozos frustos de granito gris: uno de ellos surgía del suelo como el resto mutilado, pero aun de pie, de una pilastra derribada; el otro estaba atravesado y en equilibrio sobre este trozo; el tercero, puesto como un dado encima y en medio del segundo trozo transversal, formaba así, ya por una casualidad de la naturaleza ya por intención del constructor, una cruz maciza y rebajada, cuyas dimensiones y peso parecían exceder a las fuerzas del hombre. Uno de los brazos de piedra de aquella cruz se inclinaba hacia el suelo con tal declive, que parecía atestiguar en aquel monumento semi-druídico un movimiento irregular e inhábil de los elementos, más bien que una combinación de la voluntad. ¿Era aquella cruz salvaje la que había llamado la atención y agrupado en torno suyo los siete u ocho sepulcros de aquellas cabañas? ¿Eran los habitantes quienes habían rodado antiguamente aquellos trozos sueltos para convertirlos en emblema de su muerte y recuerdo de su inmortalidad? Imposible era decirlo. Las pequeñas escamas, blancas y grises de los líquenes, las manchas sombrías de la lluvia, el verde musgo de la primavera, las germinaciones accidentales que siembran los vientos con el polvo de la tierra y de las plantas en las abultadas rocas, tapizaban aquellos tres trozos de granito con toda clase de vegetaciones y finos terciopelos de variados colores. Algunas plantas de retama de color de violeta colgaban de los trozos de la cruz con sus flores mirando hacia el suelo; una hiedra trepadora y zarzas vigorosas se enlazaban por todos lados al tronco principal, y formaban en su parte superior un coronamiento de hojas espesas, de ramas entrelazadas, de flores, de racimos y de espinas, que recordaban la corona simbólica del suplicio en la frente del divino Crucificado. Dos cabritos blancos como la nieve, obedeciendo a ese instinto que hace que el ganado cabrío busque siempre los sitios más escarpados, estaban echados uno en frente de otro en cada uno de los brazos transversales de aquella cruz, con sus patas delanteras dobladas bajo el vientre, y sus barbudas cabezas dibujándose cual una cornisa antigua en el azul del firmamento.

Llamó al perro y le hice seña de que permaneciese silencioso, para que no desarreglase aquella disposición admirable del capricho de las cabras y de la casualidad de la naturaleza que se presentaba ante mi vista.

XI

Al pie de aquel grupo de piedras y de animales dormía Claudio Des Huttes echado sobre la yerba. Uno de sus brazos, doblado bajo de su cabeza, le servía de almohada. El otro brazo le tenía extendido y apoyado en el lomo de un perro negro de largas lanas, echado y durmiendo también junto a él. Se adivinaba que se había dormido acariciándole. El sol, algo templado ya, al alejarse caía de lleno sobre el hombre y sobre el perro, y parecía penetrar en ellos y fundirlos con su fuego, como si la yerba, la piedra y la carne hubiesen de bendecir igualmente sus rayos. Al lado del perro, cinco o seis carneros, cuya lana de invierno aún no había sido esquilada, estaban colocados en círculo, con las cabezas bajas y arrimadas unas a otras, como los rayos de la rueda hacia el cubo, para darse recíprocamente la sombra de sus cuerpos. Una hermosa cabra de manchas blancas y negras, con las ubres llenas y abultadas como un odre lleno de leche, estaba echada a los pies de Claudio en una actitud de descanso, de bienestar y de completa seguridad. Apoyaba con negligencia su hermosa cabeza, adornada de cuernos largos y relucientes, en el cuello de un tercer cabrito blanco echado entre sus patas.

Las pezuñas de aquellas hermosas reses, bruñidas por la yerba, brillaban cual guijarros negros suavizados por el agua de un arroyo. Los grandes ojos de la madre, con la mirada vaga, triste y pensativa como las del gamo y el camello, parecía que pensaban. Fijábanse alternativamente en su amo y en sus hijuelos, en el perro y en los carneros, en las rocas y en la yerba, como si hubiese reunido con voluptuosidad en su mirada todo aquel cuadro de paz y de tranquilidad de que ella también formaba parte. Algunos conejos comían el serpol del césped junto al perro, a las cabras y al hombre, sin asustarse siquiera del ruido de mis pasos. Se conocía que Claudio había enseñado a su perro a que los considerase como si formasen parte del rebaño. Siete u ocho ciruelos y dos cerezos, con troncos delgados y doblados por los vientos, crecían a algunos pasos de allí, abrigados por una fila de trozos de granito más altos que los demás que formaban el recinto. Sus flores tardías, pero que sin embargo comenzaban a caer, llovían en vistosos copos a cada conmoción insensible del aire. Sus ramas hacían flotar sobre la yerba una sombra ligera mezclada con claridad.

La naturaleza sabe cuan frías y azotadas por los vientos suelen ser las últimas cumbres de las montañas. Sólo hace crecer en ellas arbustos de escaso follaje, cuya sombra ligera y movable forma un abanico estrecho y transparente sobre la superficie de la tierra. Aquella sombra de los ciruelos y de los cerezos en flor no alcanzaba a los pies del picapedrero dormido. Junto a las rocas, detrás de aquellos árboles, se veían siete colmenas con un cobertizo de paja puntiagudo, sostenidas por otras tantas piedras que les servían de pedestal para librarlas de la humedad cuando llovía. Aquellas colmenas llenas de enjambres zumbaban sordamente como la llama de la leña verde; las abejas, reanimadas por el grato calor del sol, entraban y salían

tumultuosamente, volando en torno del hombre y aun posándose en sus brazos y en su frente sin picarle, porque le conocían, como los animales domesticados conocen la mano que les alimenta. Muy cerca de la cabeza del picapedrero se veía un hormiguero enorme. No había querido destrozarle con su palo por no destruir una ciudad edificada laboriosamente por aquellos pequeños arquitectos de la naturaleza, según me dijo después. Legiones de lagartijas domesticadas asomaban sus lindas cabezas tan vivas en las hendiduras de las rocas, o se perseguían por entre la escasa yerba, sin temor de pasar por encima de los pies, de las manos y hasta de la negra cabellera del hombre, y también por encima de las patas del perro. No parecía sino que un espíritu de dulzura y de serena calma había establecido la confianza y la amistad entre todas las cosas y los seres de aquella pequeña colonia de la montaña.

XII

Permanecí inmóvil e involuntariamente conmovido, contemplando todo aquello. En aquel momento temía alterar tan apacible escena despertando a Claudio para interrogarle. Si hubiese podido retirarme silenciosamente y sin ser visto, me hubiera vuelto atrás; pero en el momento en que iba a marcharme para ir a aguardar al picapedrero en la puerta de su cabaña, su perro olfateó al mío. Enderezóse sobre sus patas traseras, me miró, y alzando su hocico hacia el cielo como hacen los perros cuando se hallan en algún peligro o les sorprende algún objeto inesperado, lanzó un prolongado aullido de angustia y de terror para despertar a su amo. Claudio despertó, levantóse, me miró, me conoció, y dio algunos pasos hacia mí con visible embarazo. Entonces me adelanté con semblante risueño para tranquilizarle, y cogiéndole la mano le dije:

—Comprendo lo que pensáis, Claudio: teméis haber caído en falta conmigo, y que venga yo a reconveniros por haber abandonado mi obra. Tranquilizaos; sentaos en el mismo sitio en que estabais, en medio de vuestra familia de cabras, carneros, lagartos, abejas y perro. Todo eso pertenece a la misma familia que nosotros; ¿no es verdad? Los comprendo y los quiero lo mismo que vos. Puesto que Dios no se ha juzgado hartos grandes para crearlos, tampoco nosotros debemos creernos demasiado grandes para frecuentar su trato.

El perro calló, la cabra no se levantó del sitio que ocupaba en la yerba, los carneros continuaron lanzando suaves balidos, las lagartijas comiendo, y las abejas zumbando. Nos sentamos al sol uno en frente de otro, Claudio en su montoncillo de tierra, y yo en el mío, con la cabeza en la luz del cielo y los pies en la yerba de algún surco de tumba cerrada y olvidada bajo aquel verde sudario de florido césped, y tuvimos la conversación que yo deseaba entablar con él.

CAPÍTULO IV

YO.—¿Por qué habéis abandonado mi obra, Claudio? ¿habéis estado enfermo? ¿se han roto vuestras herramientas? ¿o habéis encontrado la cantera harto rebelde y las losas sobrado blandas bajo el martillo?

ÉL.—No, señor, no he estado enfermo, no he roto mis herramientas, la cantera es fácil de trabajar, y la piedra tiene la consistencia suficiente; sin embargo, no me he atrevido a deciros por qué me marché tan desatentamente, como un ladrón, sin dar gracias, sin avisar, sin pedir mi cuenta, porque comprendía yo que faltaba, y nunca hubiera sabido hallar buenas razones para justificarme. Pero vos me perdonaréis si os he disgustado: no era esa mi intención. Al contrario, desearía complaceros, si estuviese en mi mano, porque querían mucho a vuestra madre en la montaña, y aun hablan de ella en las veladas.

YO.—Pues bien, en nombre de mi madre os ruego me digáis por qué no queréis trabajar para mí. Vamos, cobrad ánimo: las almas de los hombres son campanas del mismo timbre: producen el mismo sonido en las cumbres de las montañas y en el fondo de los valles. Lo que para vos sea justo, lo será también para mí. Habladme como hablaríais a Dios. ¿En qué os argüía la conciencia para dejarme así con la obra interrumpida?

ÉL.—Pues bien, caballero, voy a explicarlo. Dije para mí: «Claudio, tú no quieres trabajar por dinero; es tu secreto, es tu idea, nadie tiene que ver con ello, es verdad. Trabajas para los pobres cuando no encuentran quien les haga sus obras. En este momento no hay pobres que te llamen para servirles; trabajas para el dueño del castillo, y sólo aceptarás de él tu alimento, está bien». Y continué trabajando así alegremente durante cinco días; las piedras que labré están en la orilla de la cantera, en donde podéis verlas.

»Sin embargo, no tenía completa tranquilidad de ánimo mientras hacía mi trabajo; reconveníame algo en mi mente, sin que yo supiese a punto fijo lo que era, cuando el sexto día, al tomar mi desayuno, sentado sobre una piedra, me ocurrió una idea como si hubiese cruzado un relámpago por delante de mi vista. Pensé: “Haces una obra barata para esa casa que es rica: está bien respecto de ella, y respecto de ti que sólo tienes que alimentar a tu perro; pero hay en la comarca, en las aldeas del otro lado de la montaña, picapedreros que tienen padre, madre, mujer e hijos, a quienes, con el producto de sus jornales, han de procurar vivienda, ropa, lumbre, comida y todo lo necesario. ¿Quién les da ocupación? Los ricos. Ahora bien, si trabajas para estos sin salario, ¿quién dará trabajo a los pobres jornaleros de tu oficio, que son hijos o padres de familia? Así pues, cuando crees dar limosna aquí, sólo eres un ladrón del pan y de la existencia de tus compañeros”. Esta idea hirió mi mente, caballero: como una

piedra que me hubiesen arrojado a la cabeza. Tiré el pedazo de pan que estaba comiendo, guardé en mi saco el *pico*, la *piqueta* y el *cinzel*, y huí a mi casa, como si hubiese cometido alguna mala acción. ¿Hice mal, caballero, en pensar en mis pobres compañeros casados? ¿no era, acaso, su pan el que yo estaba comiendo?

YO.—No, Claudio, no hacíais mal; raciocinabais con rectitud, con justicia, y os perdono muy gustoso. Pero decidme también, ¿quién ha formado vuestra razón tan ilustrada y vuestra conciencia tan estrecha, qué deberes de justicia y de caridad para con el prójimo prevalecen siempre de ese modo sobre vuestro propio interés, y pensáis en los demás antes de pensar en vos?

ÉL.—No lo sé, caballero; pienso que Dios es quien me ha hecho así.

YO.—¿Según eso, estudiasteis en vuestra infancia y aprendisteis vuestra religión en casa de algún cura de las inmediaciones, pariente de vuestra familia, o en algún seminario, de donde esas ideas acerca de Dios, del prójimo, y de la perfección cristiana habrán quedado grabadas en el fondo de vuestra alma, para desarrollarse más tarde en caritativas prácticas?

ÉL.—No, señor, nunca he estudiado en casa de ningún cura, ni en seminario alguno. Mis padres eran demasiado pobres para eso. Además, cuando yo me hallaba en edad de estudiar, ni siquiera había curas en las parroquias, ni campanas en las iglesias. En materia de religión, sólo aprendí las tres o cuatro oraciones que mi madre sabía de memoria, y que nos hacía rezar cuando por la noche se apagaba la lumbre en casa para recogernos. Ni siquiera sé leer ni escribir, y hago mis cuentas con pajitas o guijarros.

YO.—Entonces ¿cómo se ha formado así, por sí sola, vuestra inteligencia?

ÉL.—¿Acaso estamos solos, caballero, cuando tenemos siempre a Dios presente, sobre, o delante de sí? En mi vida he creído hallarme solo.

YO.—Tenéis razón; pero ¿cómo os habéis educado a vos mismo, y os habéis acostumbrado a la presencia de Dios, que puebla para vos el desierto y conversa con vos como un amigo invisible?

ÉL.—Tampoco lo sé; creo que al ver que me hallaba destinado a vivir tan arriba, aquí, sin mujer ni hijos, sin padre ni madre, ha tenido conmigo la bondad de venir a visitarme con más frecuencia y más de cerca que a otros, para consolarme e impedir que me fastidie la vida.

YO.—¿Según eso no os fastidiáis demasiado en esta ermita, en medio de la niebla, las nieves y los vientos, en el silencio y la soledad?

ÉL.—¡Oh! no, señor, nunca me fastidio. ¿Acaso podemos fastidiarnos viviendo en una sociedad con el que todo lo sabe, todo lo dice, escucha cuanto tenemos que decirle, y nunca se cansa de oírnos ni de contestar a nuestro corazón?

YO.—No, pero se necesita tener la imaginación muy concentrada, a grande elevación sobre las alturas del alma, para no distraerse de esa conversación mental con Dios, para no quedar ensordecido con los ruidos del mundo ni dejarse arrastrar por la corriente de los pensamientos vulgares. En una palabra, es preciso hallarse dotado de un juicio particular, que es común a todos los hombres, pero que no en todos se halla desarrollado en igual grado, de un sentido más intelectual y más divino que todos los demás que tenemos, del sentido de lo infinito o de Dios, ¡mi pobre Claudio! Parece que vos tenéis en grado superior ese sentido de Dios, el don de los dones, la inteligencia suprema lo mismo en el sabio que en el ignorante, la riqueza suprema lo mismo en el rico que en el pobre, la felicidad suprema lo mismo en el hombre feliz que en el desgraciado. Lo sospeché al veros y al oír hablar de vos el otro día. A los ojos del mundo parezco ser más grande y más instruido que vos; pero os respeto, os envidio, os admiro, y sólo para oír ese sentido superior de los labios de un artesano he dicho para mí: «¡Subamos a aquellas cumbres!». Dios se revela algunas veces en el árbol de Moisés; siempre se encuentra más paz, más luz y más tranquila calma a medida que nos alejamos de los valles en que abundan y se agitan los hombres, y se sube a las alturas en que cesa su ruido.

ÉL.—¡Ah! caballero, os habéis equivocado, casi nunca pronuncio una palabra. Algunas veces paso una semana entera sin hablar. Tanto hubiera valido que Dios me hubiese hecho mudo, porque excepto para llamar a mi perro, mis cabras y mis carneros, nunca he sentido la necesidad de hablar.

YO.—Hay almas tan llenas de pensamientos y de sentimientos, que no pueden darle desahogo. Acaso la vuestra sea así.

ÉL.—¡Oh! no lo creo, caballero, nada digo, porque nada tengo que decir.

YO.—Pues entonces alguna cosa habla en vos cuando permanecéis callado, porque al fin Dios ha dado a toda alma la necesidad de comunicarse, la necesidad de escuchar o de contestar, como ha dado al aire, al agua y a la llama la necesidad de moverse, alimentarse y extenderse, a menos que se apague o se extinga.

ÉL.—Es verdad, hay alguien que respira, se mueve, corre, arde y habla constantemente conmigo, y a pesar mío. Le siento, le oigo, y aun algunas veces le contesto desde el fondo de mi corazón. Pero es un lenguaje sin palabras que se comprende sin haber asistido a la escuela, y que se lee sin haber aprendido a leer en los libros. Es sordo y confuso como el ruido del agua profunda que sin verla se oye desde aquí en el fondo del abismo, y sin embargo hace compañía y consuela como una mujer o como un amigo, por la noche, en el rincón del hogar. A no ser por esa conversación, ¿acaso no habría yo muerto después de tantos años que...?

Se detuvo y suspiró, dirigiendo involuntariamente una mirada hacia uno de aquellos promontorios verdes que me habían llamado la atención al entrar en aquel recinto. Vi que bajo la yerba había un pensamiento, y que temía hacer referencia a él

delante de mí. No quise violentar su misterio en el primer día en que conversábamos, y por lo tanto fingí no haber reparado en su interrupción, ni sorprendido su suspiro.

YO.—¿Y de qué suele hablaros por lo general ese murmullo que conversa así con vos cuando os halláis solo?

ÉL.—Hablamos de cuanto veo en la tierra, caballero, y allí arriba, añadió señalando con un ademán el campo de estrellas que se extendía sobre nuestras cabezas, hablamos sobre todo de Él.

YO.—¿De quién?

ÉL.—De Dios, caballero.

YO.—Pero si nunca, asististeis a la escuela, ni aprendisteis siquiera el catecismo, que durante vuestra infancia no se enseñaba, ni habéis leído cosa alguna en los libros en que se habla de Dios, ¿cómo sabéis que Dios existe?

ÉL.—¡Ah! caballero, en primer lugar, nuestra madre nos lo dijo, y luego, cuando fui mayor, conocí algunas buenas almas que me condujeron a ciertas casas en donde se reúnen para orar, para adorar a Dios en comunidad, y para escuchar las palabras que encargó a los santos revelasen en su nombre a los hombres. Pero, aun cuando nada me hubiese dicho de él mi madre, y aun cuando nunca hubiese yo oído el catecismo que enseña a los ojos y al alma de los más ignorantes ¿necesita su nombre las letras del alfabeto para que se le pueda leer? ¿No penetra su idea en nuestros ojos con el primer rayo de luz, en nuestra mente con nuestra primera reflexión, en nuestro corazón con su primer latido? No sé cómo son los demás hombres, caballero; pero, por lo que a mí hace, no podría ver, no digo una estrella, sino una hormiga, una hoja de árbol, un grano de arena, sin preguntarle: «¿Quién te ha hecho?».

YO.—Y os contestáis a vos mismo: «¡Dios!».

ÉL.—Justamente, caballero; nada de eso puede crearse por sí solo, porque antes de hacer una cosa es preciso existir, ¿verdad? Y eso, antes de ser no existía: así, pues, no podía hacerse. Ahí está toda la explicación. Al menos, así es como yo he llegado a comprenderlo, pero vos debéis saberlo de muchas otras maneras más sabías que esa.

YO.—No; todas las maneras van a parar a la vuestra; se puede decir con más palabras, pero no con más sentido. Efectos sin causa: ¡una cadena inmensa que subiese y bajase hasta lo infinito de las elevaciones y de las profundidades del espacio, que llevase mundos y mundos suspendidos de sus anillos innumerables, y que no tuviese primer eslabón! He ahí los mundos sin Dios, ¡mi pobre Claudio! Una oscuridad que no querríais revelar en alta voz a vuestro perro por temor de escandalizar e irritar su instinto animal, ¿no es verdad? Los que no ven a Dios, nunca me han parecido hombres. En concepto mío, son seres de una especie distinta, nacidos para contradecir a la creación, para decir *no* en donde la naturaleza entera

dice sí; sombras intelectuales que Dios ha creado con forma humana para dar mayor realce al esplendor de su evidencia por lo absurdo de la ceguera de esos hombres. A mí no me escandalizan, sino que me entristecen; no los aborrezco, sino que los compadezco; tienen ciega el alma: Dios les restituirá los ojos.

ÉL.—¿Hay hombres así?

YO.—Lo dicen, pero nunca lo he creído. Sin embargo, ¿no habéis oído hablar de hombres vivos cuya piel está muerta, que no sienten el calor ni el frío, el fuego ni el agua, ni las mil impresiones del aire que a nosotros nos hacen estremecer o gozar?

ÉL.—Sí, los desgraciados a quienes en nuestras montañas llaman *leprosos*.

YO.—Pues bien, así como hay hombres que no han recibido el sentido del tacto exterior, preciso es creer que los hay también que no han recibido el sentido del raciocinio y del sentimiento interior. Los que no ven a Dios, si es que existen, serán los *leprosos* del alma.

ÉL.—Dios es demasiado bueno para dejarlos en esa oscuridad perpetuamente.

YO.—¿Cómo sabéis que Dios es bueno?

ÉL.—Porque queremos lo bueno, y si Dios no lo fuese, no podríamos menos de aborrecerle. Ahora bien, a vos que parecéis entender eso mejor que yo, os pregunto ahora: ¿qué sería una creación en que la criatura no pudiese menos de aborrecer al criador? Sería un contra sentido. La criatura, por su naturaleza misma, amaría el bien; y el criador que la hubiese formado para remontarse hasta él y para amarle, ¿había de ser el mal! Ya veis que es el mundo al revés y las ideas embrolladas en la cabeza. Ni siquiera se fija uno en eso, excepto en momentos en que se sufre demasiado; cuando se pierde la justicia y la esperanza en él. Pero es un grito que se escapa de los labios, y el alma corre muy luego en pos de él para alcanzarle y recogerle antes de que Dios llegue a oírle.

»Además, caballero, el que es inmenso en todo ¿no es también la justicia y la bondad inmensa por naturaleza? Y puesto que en nosotros, que salimos de él y que no somos sino sus imágenes oscuras y lejanas, ha puesto la justicia y la bondad como cosas a que tenemos afición a pesar nuestro, ¿no es eso prueba de que él las posee en grado eminente? ¿No es de absoluta necesidad que sea infinitamente bueno, puesto que quiere ser infinitamente amado de cuanto sale de sus manos? He ahí, por lo menos, lo que pienso algunas veces cuando la vida es dura y me entristezco. Pero no suelo tener con frecuencia la necesidad de raciocinar así; lo veo, lo siento, lo toco demasiado bien, si puedo atreverme a decirlo, para hacerle el ultraje y tener la ingratitud de creerle malvado.

»Reflexionad un momento, caballero, lo que eso sería; ¿yo, vil gusano de la tierra, había de ser bueno, y Dios había de ser malo? ¿El reflejo había de ser fuego, y el sol

hielo? A la verdad que me avergüenzo de los compañeros que algunas veces me han dicho esas necedades.

YO.—¿Según eso, sentís en vos mismo un amor inmenso y vehemente hacia Dios?

ÉL.—¡Ah! Caballero, no tanto como yo quisiera y debiera. No tengo instrucción suficiente para comprender las perfecciones de ese Padre invisible, y anegar mi alma en las profundidades de la bondad. Vivo únicamente como una de esas piedras toscas y negras que se calientan al sol nada más que el tiempo durante el cual está reflejándose sobre ellas. Si yo fuese uno de esos espejos que he visto brillar en el fondo de las habitaciones de vuestro castillo, me calentaría mas, es decir, amaría con mucha más vehemencia. El cariño debe estar en proporción del talento. Soy un pobre hombre, y no puedo tener tantas admiraciones como un sabio.

YO.—¿Cómo así?

ÉL.—Él me ha criado.

YO.—Pero nada le ha costado.

ÉL.—¡Le ha costado un pensamiento, un pensamiento de Dios, caballero! ¿Hemos reflexionado alguna vez bastante acerca de eso? En cuanto a mí, lo he reflexionado muchas veces, y ¡llegó a envanecerme como un Dios en mi humildad, llego a ser grande como el mundo en mi pequeñez! ¡Un pensamiento de Dios!, pues si eso vale tanto como si me hubiese dado el universo entero. Porque en fin, caballero, aunque yo valga muy poco, para crearme, fue preciso que primero pensase en mí, que aún no existía, que me viese desde lejos, que me concibiese de antemano, que me reservase mi pequeño espacio, mi peso, el papel que había yo de representar en este mundo, mi nacimiento, mi vida, mi muerte, y lo conozco, caballero, también mi inmortalidad. ¡Cómo! no es nada eso, caballero, haber ocupado el pensamiento de Dios, y haberle ocupado bastante para que se haya dignado crear un hombre... ¡Ah! lo repito, sólo eso, cuando pienso en ello, ¡me inunda hacia Dios!

Se detuvo como jadeando de entusiasmo, y apoyó su cabeza en sus anchas y callosas manos para reflexionar. Sus ojos, cuando los abrió, estaban húmedos. Yo mismo, al escucharle, me hallaba confundido al ver que un pensamiento fuerte y justo, aunque sencillo, prestaba a aquel hombre expresiones que a mí mismo, hombre ejercitado en el uso de la palabra, me habría costado trabajo encontrar más elocuentes y penetrantes.

YO.—Pero decidme, mi buen Claudio, ¿qué idea os habéis formado de ese Dios a quien tanto amáis?

ÉL.—¡Ah! caballero, pienso y pienso en ello desde que estoy en el mundo, y aun no he podido formarme la más leve sombra de idea. En vano se ensancha mi débil imaginación en mi cabeza como para romper las paredes de mi frente, para salir de su

cárcel y extenderse a la medida del mundo entero, pues siempre está como la nada ante el todo. No mide siquiera un grano de polvo de su tamaño, un minuto de su duración, una gota de agua del mar de sus perfecciones; pesa como cien mil montañas de granito en las alas de uno de esos mosquitos; da vértigo al alma de un pobre hombre; lo daría a las almas reunidas de todas las criaturas que han vivido, viven y vivirán en la eternidad.

»No hay que pensar siquiera en formarse una idea de ello, caballero: ¡una idea de Dios! pues si eso se tuviese, sería uno un Dios... No digo una imagen, millares de imágenes me formo a veces tan pronto una como otra, que me contentan durante breves momentos, y alivian mi imaginación como una tabla que por un instante sirve de alivio al hombre que se está ahogando en un océano; pero eso no sostiene mucho tiempo, se hunde bajo vuestro peso como todo lo demás, y el alma se anega eternamente en esa contemplación.

YO.—¿Y qué imágenes son las que se os presentan con más frecuencia, Claudio?

ÉL.—¡Bah! caballero, antes podrían contarse los granos de polvo que mi martillo hace saltar de una piedra durante todo un día de verano, y que el viento me arroja a los ojos. Unas veces le veo como un cielo infinito sembrado de ojos por todas partes, que rodea a los mundos y se ensancha a proporción que se van echando en él, que parece estar vacío, ¡aunque siempre está lleno! Otras veces le veo como un mar que no tiene orillas, de donde sale un número infinito de islas; o como un gigante sobre cuyos hombros cargan incesantemente montañas, mares, soles, mundos amontonados unos sobre otros, y que ni siquiera siente su peso. Otras veces le veo como un cuadrante señalado en el cielo, con soles en vez de números, y cuya aguja sin fin se prolonga, siempre en vano hacia las orillas de ese cuadrante, sin llegar a alcanzarlas en tiempo alguno. ¡Otras veces le veo como un ojo infinito, como vos decís, más abierto que el cielo sobre sus obras, a las que mira ensanchándose para abarcarlas a todas según las va creando! ¡Otras veces como una mano gigantesca que a todos nos sostiene y nos acerca a su mirada para iluminarnos, a su hálito para reanimarnos! Otras veces como un corazón que late en todas sus obras, ¡desde la más grande hasta la más pequeña! En fin, ¿qué os diré, caballero? Aun cuando hasta nuestro último momento os estuviese contando todos esos delirios de la ignorancia de un pobre hombre, nunca serían más que tonterías, las sombras del ala de un pájaro sobre el sol, ¡los resplandores de una luciérnaga de luz en la oscuridad de la noche! Todo eso nada dice, lo comprendo lo mismo que vos, y por lo mismo no me fijo en ello más que un minuto. Sólo hay una cosa que me contenta algún tanto, y es tan necia, que ni siquiera me atrevo a decíroslo.

YO.—Decidla de todos modos, ¡pobre Claudio! ante la imposibilidad de concebir y de expresar, no tenemos más talento unos que otros.

ÉL.—Pues bien, caballero, ved lo que es. En el verano, a la mitad del día, me echo de espaldas en la yerba o en la arena, con los ojos medio cerrados y vueltos hacia los rayos que desde el cielo caen sobre mi rostro; de ese modo llueve en mis ojos y en mi alma, al través de los párpados, una especie de deslumbramiento de rayos rosados como esas hojas de rosal silvestre. Se introducen, iluminan y reaniman hasta el fondo del corazón, como si estuviese uno sepultado en un lago de luz que entrase en los miembros, en las venas y hasta en el alma. Entonces, caballero, me figuro que esos rayos, esos calores, son el mar de Dios en el cual nado yo, y que me llevan deliciosamente cruzando el espacio leve y transparente como el aire, hasta que me hallo no sé dónde... Siempre me disgusta cuando vuelvo a abrir los ojos y sólo veo el sol. Creía que era Él, ¡y me daban ganas de llorar por haber perdido su sentimiento! ¡Pero estoy dando margen a que os riais de mí, caballero! ¡Qué queréis! ¡todos somos niños cuando buscamos a nuestro padre! Se ha ocultado demasiado arriba para nuestras manos y nuestros ojos. Todos balbuceamos llamándole y buscándole; ¡nunca abrazamos más que su fantasma! No importa, prosiguió fijando una mirada en el montón de césped en que me hallaba sentado, equivocarse también es amar ¿verdad?

YO.—Sí, Claudio, no podemos llegar sino a lo que está al alcance de nuestras manos; no podemos comprender sino lo que está al alcance de nuestra imaginación. Dios quiere que vos y que yo comprendamos la distancia que nada puede medir entre él y nosotros. Cuántas veces intentamos llenarla con nuestros sueños o con nuestras imágenes, ¡y sólo la llenamos con nuestras necedades, nuestra audacia o nuestros ídolos! ¡Contentémonos con sentirle, esperarle y amarle! En cuanto a comprenderle, el mismo sol, si acaso el sol es la inteligencia del cielo, ¡se apagaría al intentarlo!

ÉL.—Bien dicho, caballero, el mismo sol se apagaría; ¿qué nos sucedería a nosotros? Contentémonos con hacer su voluntad durante nuestro breve tránsito por la tierra.

YO.—Pero, decidme, Claudio, ¿cómo tenéis la seguridad de que cumplís la voluntad de Dios?

ÉL.—¡Ah! en cuanto a eso, caballero, es distinto; no sé el cómo, pero estoy seguro de ello.

YO.—Pero lo repito: ¿cómo estáis seguro de ello?

ÉL.—¿Cómo, caballero? Porque tengo algo aquí, en el pecho, y no en la cabeza... esta sufre vértigos, *se va a pájaros*, como decimos nosotros; pero el corazón nunca se desvanece, y la conciencia tampoco; porque tengo aquí, repitió dándose en el pecho, un corazón y una conciencia que tienen dos voces sordas, pero claras, y que me dicen: «Eso está bien, eso está mal, eso es justo, eso es injusto, eso es bueno, eso es malo, y lo que está bien, lo que es bueno, lo que es justo, ¡es la voluntad de Dios!».

YO.—¿Y qué sabéis, decidme?

ÉL.—Os repito que no necesito saberlo, puesto que lo siento. Cuando me hiero con el martillo, y mis carnes se desgarran y me desangro, no necesito probarme a mí mismo que me he hecho daño, ¿verdad? Lo siento yo solo; pues bien, lo mismo, cuando hago daño a mi alma por no seguir la voluntad de Dios, no necesito probarlo, lo siento con bastante evidencia, y mi alma se queja y se desangra dentro de mi cuerpo como mis carnes bajo el golpe del martillo. Lo que se siente, caballero, es mucho más infalible que lo que se sabe. El hombre se forma sus pensamientos, pero Dios es quien forma nuestros sentimientos. Un sentimiento es mi pensamiento formado ya. Un caballero como vos me lo dijo un día en estos términos: «El hombre es quien piensa, pero la naturaleza es la que siente. Desconfía de tus pensamientos; pero cree firmemente en tus sentimientos, porque la naturaleza sabe más que tú y que yo. Ha oído a Dios antes y más de cerca que nosotros».

YO.—Ese caballero tenía razón; ¿pero os cuesta mucho trabajo, Claudio, hacer así en lo posible la voluntad de Dios?

ÉL.—Al contrario, caballero, es para mí el paraíso en la tierra.

YO.—¿Y en qué consiste para vos esa voluntad?

ÉL.—En amar cuanto Él ha hecho, con el fin de amarle así a Él en sus obras, y en sonreír a todos con el fin de servirle así a Él en todos.

YO.—Pero querer y servir a todos con el fin de amar y servir al autor de todo, suele ser penoso algunas veces, porque al fin, personas y cosas hay a las cuales es difícil amar, y con frecuencia suele uno estar tentado a servirse a sí mismo en vez de servir a los demás.

ÉL.—Pues mirad, caballero, muchas veces me han dicho eso allá abajo en las ciudades y aquí en las aldeas; preciso es que sea verdad, y sin embargo, no es por alabarme, estad seguro de ello, pero nunca lo he comprendido.

YO.—Cómo, Claudio, ¿nunca os ha sido penoso amar a todos y sacrificaros cual otro Cristo por todos? ¿Según eso, sois un abismo de amor y de abnegación?

ÉL.—¡Yo, caballero! ¡Ah! sólo soy en realidad el último de los últimos entre los demás. Lo conozco perfectamente, creedlo, y me oculto aquí cuanto puedo, con mis pobres animales, para no avergonzarme demasiado, con mi pobreza de espíritu, a mis semejantes en esta comarca; pero en cuanto a costarme trabajo amar al prójimo, mentiría si lo dijese. Parece que Dios, que me ha negado el talento y otras muchas cosas, añadió con un suspiro mal reprimido, me ha concedido la gracia de compensarme por ese lado todo lo que me ha quitado por los demás. Pero nunca he sentido en mí odio alguno contra mi prójimo de todas clases.

YO.—¿Qué entendéis por vuestro prójimo de todas clases?

ÉL.—Yo me entiendo, caballero: quiero decir los hombres, las cosas, los animales, y aun los árboles y las plantas, todo lo que es pariente nuestro de cuerpo o de alma en la tierra, caballero, todo lo que está próximo a nosotros, todo lo que habita o todo lo que compone este mundo en que Dios nos ha puesto, como yo he puesto a esos animales en ese cercado para que vivan en paz y en armonía en torno mío.

YO.—¿Y amáis a todo eso?

ÉL.—¡Ah! y amaría a muchos más, si más conociese. No sé cómo ha hecho Dios mi corazón, caballero, pero siempre está lleno, y sin embargo siempre está vacío.

YO.—Querréis decir que es infinito.

ÉL.—Acaso quiera significar lo que acabáis de decir. Sea como fuere, nada puede llenarle por completo. Había Dios de arrojar mundos en él para hacerme amarlos, y creo que aun quedaría sitio para contener y amar a otros. ¡Ah! de todas las gracias que nos ha concedido Dios, sobre todo a nosotros los hombres desventurados que vivimos solos, la mayor es esta inclinación a profesar cariño a todo. Es como un manantial caliente que brota siempre del corazón, caballero, y que después de haber regado aquí, va a regar allá, y nunca deja de correr. ¡Es esa cualidad de Dios que las buenas almas llaman misericordia, caballero! Misericordia para los afligidos, los delincuentes, los pobres, los ricos, los ancianos, las viudas, los niños, los hombres, los animales, las plantas, y aun para la tierra y las estrellas, si estos elementos tienen una sensibilidad sorda e inteligente, y si todo eso siente, grita y sufre a su manera como nosotros. ¡Ah! caballero, creo que eso es lo que más inspira y manda Dios a nosotros los hombres. Porque, a no ser por ésa misericordia de unos para otros, ¿qué sería de todos nosotros en esta tierra llena de afecciones?

YO.—¡Dios me libre de contradeciros, Claudio! Ya veis que en todas las religiones, las víctimas más santas y divinas son las que más han sentido esa misericordia, que no es sino el estremecimiento de nuestro amor al prójimo, y que se han sacrificado por sí mismas para conquistar una verdad o una virtud para el género humano. ¡Lo más generoso que hay en el corazón del hombre, Claudio, es la compasión! ¡Llorar los sufrimientos ajenos, es hacer que el corazón llore lágrimas de sangre por unos males de que podríamos apartar la vista! ¡Lo más que el hombre puede dar, después de su sangre, es una lágrima! ¿Acaso no es una gota de su propio corazón que deja caer sobre el de otro para curarle? La misericordia de que habláis es la forma más bella del cariño; porque hay un amor que busca al hombre para vivir con él, y es el amor de los sentidos; pero hay otro que le persigue para sufrir con él y compartir sus penas: ese amor es una inclinación muy hermosa, pero hace sufrir mucho a los que de él están dotados.

ÉL.—Es verdad, caballero, pero también hace gozar mucho. En cuanto a mí, ese cariño que he sentido siempre por los que tienen penas, me ha hecho muchas veces

acostarme tarde y despertar antes de amanecer. Digo para mí: «Estás tranquilo y abrigado dentro de tu casa con tu perro y tus cabritos. Hay pan para ti en la mesa, hay yerba para ellos en la montaña o en los pesebres; el techo de tu casa, aunque sea de relamas, está bien preparado para guarecerte de la lluvia y la nieve. No tienes cuidado alguno por tu mujer ni tus hijos; pero ahí está fulano cuyo tejado se ha hundido, y su cama y las cunas de sus niños se hallan expuestas a todos los vientos. Ahí está esa pobre viuda, cuya casa se quemó la semana pasada, y que no tiene un maravedí para pagar al cantero, al albañil, ni al tejero para que le construyan otro albergue; ahí está ese anciano que ya no tiene a su hijo para que le labre su pedazo de tierra; ahí están esos tres huérfanos que no tienen padre ni madre para recoger su centeno o sus castañas; la chimenea de fulano se ha venido al suelo; la puerta, la escalera, la ventana de tal o cual casa se han caído, y hacen que sus dueños corran inútilmente en pos del picapedrero, porque hasta el año que viene no tienen dinero para pagarle sus jornales. ¿Qué va a ser de ellos en la cruda estación que se acerca? ¿Quién acudirá a auxiliarles por amor de Dios? Vamos, ¡seré yo! Démonos alguna incomodidad para quitarles a ellos alguna. Saquemos piedra para este, labremos un pie derecho para aquel, arreglemos los peldaños de la escalera para uno, coloquemos las vigas y las tejas para otro, cavemos la viña de ese vecino enfermo, seguemos la cebada de esa ciega anciana, ordeñemos la cabra de esa pobre mujer que está criando, cuya vaca se ha caído a un barranco, ¡y que no tiene leche para sus hijos! Lo poco que puedo hacer por ellos aliviará su corazón; tendrán menos aflicción en la casa, dormirán esta noche, comerán esta tarde, ¡tendrán abrigo antes de que llegue el invierno!».

»Y voy allá, caballero, y sólo el verme poner manos a la obra, muchas veces hasta sin decirles una palabra, les consuela, les regocija, vienen a verme trabajar, se sientan en la orilla de la cantera o cerca del taller. Los niños juegan con mis herramientas o con mi perro, cuando este me ha seguido. Entonces piensan: “La Providencia no nos ha abandonado, Claudio ha sabido nuestra desgracia; el pobre hombre no puede mucho, pero hace lo poco que está en su mano”. El ver que un vecino toma parte en sus males les alivia el corazón. Y a mí, caballero, la idea de que les proporcione un beneficio, hace que el martillo pese menos en mi mano, y por la noche, cuando vuelvo aquí, y digo para mí: “Claudio, ¿qué has ganado hoy?”, me contesto: “He ganado un buen jornal, porque los pobres me lo pagan en cariño, mi corazón me lo paga en alegría, ¡y Dios me lo pagará en misericordia!”. ¿No es verdad, caballero, que eso vale más que una moneda de treinta sueldos que a ellos les costaría trabajo dar y a mí recibir? Al dormirme pienso que en aquella noche habrá una pena menos en las aldeas.

YO.—¿Y os hace ser dichoso el convencimiento de que habéis obrado bien a los ojos del que nos manda ayudarnos mutuamente?

ÉL.—¡Oh! caballero, nada he merecido por todo eso, puesto que ha sido un placer que me he procurado a mí mismo. Ya lo he dicho, no puedo ver padecer a quien

quiera que sea, sin que sufra mi corazón, y sin tener el deseo de hacer feliz a cuanto me rodea. Se me figura, caballero, que todos los hombres son cosa mía, que son un pedazo de mi propia carne, y yo un pedazo de la suya. Creo que eso es lo que se llama amor ¿verdad?

YO.—Sí, justamente, y en la acepción más pura y más divina de esa palabra.

ÉL.—¡Oh! sí, eso es, caballero, no sé si por ello debo alabarme o humillarme, pero de seguro tengo amor por dos.

YO.—Y por ciento, mi buen Claudio. Debierais dar un poco a los que tienen el corazón frío.

ÉL.—Pero acaso tenga yo demasiado amor, caballero, y no sea bien hecho querer casi tanto a cuanto me rodea como a mi prójimo.

YO.—¿Pues a quién amáis tanto después de Dios y de los hombres, a quienes nunca podremos amar demasiado?

ÉL.—No me atrevo a decirlo, y sin embargo así sucede.

YO.—Decidlo sin temor. Amar demasiado rara vez suele ser un mal a los ojos de Dios. Nunca está una vasija bastante llena cuando no caen al suelo algunas gotas de su contenido.

ÉL.—Pues bien, sí, señor, cuando he amado y servido mucho, según mis fuerzas, a Dios y a los hombres... ¿me atreveré a confesarlo? siento un cariño necio, pero invencible, hacia todo el resto de la creación, sobre todo hacia todos esos seres animados pertenecientes a otra especie, que viven al lado nuestro en la tierra, que ven el mismo sol, respiran el mismo ambiente, beben la misma agua, están formadas de la misma carne bajo otras formas, y qué a la verdad parecen ser miembros menos perfectos, menos bien dotados por nuestro padre común, pero, en fin, miembros de la gran familia de Dios. Me refiero a esos animales, a esos perros tan fieles y tan buenos servidores que, ni aun por mi salario mil veces superior, nunca abandonarían al amo indigente a quien han consagrado su cariño; a esas cabras, a esos cabritos, a esas ovejas, que por la tarde suben a la cúspide de las rocas para verme volver desde más lejos a la cabaña, que me llaman, como si comprendiesen que sus balidos han de apresurar mi regreso junto a ellos, que se precipitan a acariciarme y a festejarme tan luego como salgo de las tierras cultivadas y me hallo en los jarales incultos, en donde les permito pacer y saltar libremente; a esos pájaros, que desde pequeñuelos, cuando aún no tenían pluma, me han visto respetar su nido y echar migas de pan a los incubadores; a esas moscas que fabrican la miel, a las cuales dejo su alimento durante el invierno, y sólo les tomo un poco de miel para los enfermos. A esas lagartijas, a las cuales atrae al sol el ruido de la piedra que suena bajo el martillo como una campana, que bullen en derredor mío durante todo el día, y a las que nunca aplasto bajo mis pies; en fin, me refiero a todos los insectos más pequeños que habitan en las hojas, en

las piedras o en las yerbas, a los que nunca hago daño, porque veo en ellos la obra de Dios, que no es lícito destruir en vano.

»¡Os dará risa, caballero, pero si vieseis cuando estamos solos como nos hablamos y nos entendemos con la voz y la mirada! ¡Esas cabras echadas a mis pies fijan sus miradas profundas y pensativas en las mías! ¡Ese perro es para ellas dulce y severo a la par, vigilándolas durante mi ausencia y ladrándoles sin hacerles daño para impedir que salgan del cercado! ¡Esas abejas me acarician el rostro y las manos con sus patas aterciopeladas, sin picarme en tiempo alguno cuando manejo sus enjambres o me echo el domingo en la yerba! ¡Cómo siguen esos conejos por la tarde al perro que los conduce a la cabaña! ¡con qué gentileza corren esas lagartijas por mis brazos y mi cuello, y alzan hacia mí sus cabecitas para mirar si me incomodo porque se comen mi pan! ¡Si oyeráis nuestras conversaciones por la noche en la cabaña cuando el perro, los cabritos y las ovejas retozan amistosamente unos con otros y conmigo, para entretenernos mutuamente! ¡Si vierais esas cabezas confiadas, apoyadas unas al lado de otras sobre mis rodillas, y esos ojos que se cruzan con los míos y expresan tantas cosas, no dichas, pero sí comprendidas! ¡Ah! os aseguro, caballero, que no podríais llevar a mal que quiera así a mis pobres animales, porque el cariño exige cariño, por muy alta o muy baja que sea su procedencia. ¿Acaso no permite Dios que le amemos? ¿Acaso hay más distancia entre mis cabras y yo, que entre Dios y yo?

»Luego aun cuando me dijese que es necio querer a los animalitos de Dios y hacerles felices en su pobre condición, es más fuerte que yo, y nada conseguiría si intentase obrar de distinto modo. El corazón es como el agua: corre a donde quiere.

»Pero no creáis que concluyen ahí todavía mis simplezas, caballero; tengo otras muchas. Sabed que, no contento con sentir en mí ese cariño y esa compasión por los animales que se mueven, sienten y tienen una alma apropiada a su condición, los profeso también a esos árboles, a esas plantas y a ese musgo que no se mueven, que parece que no piensan, pero que viven y mueren ahí, en derredor mío, sobre la tierra, y principalmente por las que he conocido, como esos helechos, como esas relamas a la orilla de esas rocas y en este recinto, cuando yo era niño, y sobre todo, añadió con acento más tierno, por ese trébol de flores azules y de hojas llenas con una gota de rocío de la mañana, como si hubiesen llorado con nosotros durante la noche, ¡y que nacen en la tierra de los que en otro tiempo existieron!

Al pronunciar estas últimas palabras, por lo triste y vago de su acento, pareció que se oprimía su garganta. Hice como que no reparaba en ello. Prosiguió en tono de rústica pero verdadera inspiración.

—Sí, señor, no hay una sola de esas estrellas, allá arriba en el cielo, que comienzan a alzarse al oscurecer por cima de las rocas; no hay una de esas cumbres de montañas, ni una de esas eminencias que brillan al reflejo del sol poniente, ni uno de esos barrancos ocultos en las revueltas de esas gargantas con su agua que duerme o se agita espumosa en su fondo, en medio de su oscuridad, ni uno de esos terrenos revueltos y removidos por mi azadón desde mi infancia, por los cuales no sienta

algún cariño en el fondo de mi corazón, que con frecuencia llega hasta el extremo de hacerme derramar llanto cuando los miro al subir a las Huttes. «¿No es extraño esto?» digo para mí algunas veces. ¿Acaso no tenemos un verdadero parentesco de cuerpo con esa tierra de donde salimos, a donde volvemos, que nos sostiene sobre su superficie, que nos da de beber, que nos alimenta como una nodriza con sus pechos? ¿Acaso no tenemos carne de su carne? Nuestra sangre, ¿no es agua de sus venas? ¿Acaso no hay entre ella y nosotros un verdadero parentesco de cuerpo que cuando cogemos en la mano un puñado de arena o un terrón de tierra de las colinas que hemos recorrido, nos haga decir a ese grano de arena: «Eres mi hermano,» y a ese terrón de tierra: «Eres mi madre o mi hermana»? Y esa tierra no parece correspondemos también, amarnos y decirnos: «¡Sí, os conozco, habéis salido de mí, yo he sido quien os he dado cada uno de vuestros miembros y vuestros huesos! ¡Me envanezco con vosotros como una madre con sus hijos, me inspiráis la misma satisfacción que esa haya, ese pino o ese castaño que vienen a admirar en mis colinas! Seríais unos ingratos si no me amaseis, si mi recuerdo y mi imagen no os persiguiesen, cuando estáis lejos de mí en otras tierras, ¡y no os reprodujesen de la noche en vuestros sueños la colina que os concibió y os dio a luz!». ¿No es verdad, caballero? ¿No es algo de eso lo que en lenguaje de las ciudades llaman patriotismo? ¿No es también por eso por lo que los hombres van en peregrinación a parajes muy lejanos, para visitar la tierra en que vivieron en otro tiempo hombres más eminentes que ellos, más famosos o más santos que los demás, y para besar el polvo de sus pasos en el suelo de las montañas que les sostuvieron? Perdonadme, caballero, hablo como un ignorante; pero me preguntáis lo que pienso, y preciso es decirlo.

»Pues bien, hay momentos en los domingos, en que, echado al sol, sobre esta tierra que siente los latidos de mi corazón y parece contestar a ellos, agarrando con mis dos manos puñados de yerba, con el rostro sepultado entre las malvas y el césped de este cercado, oyendo el zumbido de esos millares de insectos, percibiendo el hálito de esa multitud de florecillas invisibles de la primavera, siento estremecimientos de vida y de muerte en todo mi cuerpo, como si Dios me hubiese tocado realmente con el extremo de uno de esos rayos de su sol; como si mi padre, mi madre, mis hermanos y todos aquellos y aquellas a quienes he amado se reanimasen y palpitasen bajo la yerba, en esta tierra, para conocerme y atraerme a su seno. ¡Oh! ¿quién no había de amar, caballero, a una tierra en la que ha depositado uno su tesoro, y que lo guarda para el día de la resurrección?

Una lágrima abultada corrió por su mejilla sin que él la sintiese. Vi que en aquel amor había otro amor, algún culto particular y cierta esperanza en aquel culto universal y piadoso de la creación.

YO.—Pero siendo tan amante, Claudio, ¿no os entristece la soledad de estas alturas, sin mujer, sin hijos, sin vecinos?

ÉL.—No, señor, todo lo contrario: estoy triste cuando me hallo allá abajo; vuelvo a ponerme alegre y contento cuando subo aquí. Los hombres meten sobrado ruido para mi imaginación tan débil, que sólo puede reunir sus ideas en medio del silencio; ese ruido echa a Dios de mi lado; me parece que no estoy tanto en su compañía cuando me hallo en medio de las aldeas. Creo de todas veras que a Dios le gustan más las montañas.

YO.—Sin embargo, también ha hecho las llanuras y los valles.

ÉL.—Es verdad; pero las montañas están más cerca del cielo.

YO.—Pero decidme, Claudio, ¿no hay alguna otra razón que no me explicáis y que os hace vivir solo, aquí, con vuestros cabritos y vuestras ovejas y andar todos los días dos leguas para bajar, y otras dos para volver a subir a vuestra antigua casa?

ÉL.—Levantándose y mirando a los sepulcros verdes, dijo: Es verdad, caballero; pero no hablemos de eso, porque os afligiría y a mí también. Ya se ha puesto el sol detrás de la montaña. Apenas tendréis tiempo suficiente para bajar al valle antes de que haya cerrado la noche por completo.

YO.—Lo había olvidado hablando con vos, Claudio; cuando al caminar por estas soledades se descubre una buena fuente situada en la sombra, suele uno permanecer junto a ella, olvidado de sí mismo, más tiempo de lo que la hora permite. Eso mismo he hecho yo hoy. Os perdono que hayáis abandonado mi obra; perdonadme vos que haya interrumpido vuestro descanso del domingo. Volveré a venir aquí, sino os fastidio, para de vez en cuando hablar con vos de Dios, y aun orar con vos en vuestra lengua, Claudio, porque me hallo muy lejos de vivir en perpetua conversación con Él, como vos; y más aun, de guardarle en mi alma un santuario tan puro y tan vacío de humanas vanidades como el vuestro que se ha dispuesto en la soledad y reposo. Mi alma sigue la corriente de una vida agitada y ruidosa: todo lo que corre hace espuma, pero bajo esa espuma de la superficie de mi vida he guardado, sin embargo, como esas copas que forma la roca en el fondo de los barrancos, algunas gotas claras y transparentes de las aguas de mi alma, en donde me gusta ver que se refleje un rincón del cielo, y contemplar, como vos, esas sombras flotantes de Dios. No le sirvo, como vos, con todas mis fuerzas; sin embargo, le amo y le ruego con todo mi corazón y toda mi inteligencia, y aun algunas veces le canto himnos. Pero mi cántico no vale tanto como el vuestro, Claudio; mis cánticos son palabras que llenan los oídos; los vuestros son actos que sirven a los hombres. No soy digno de conversar con vos sino por la inclinación que siempre he sentido hacia las almas en que habita Dios con la sencillez de la virtud. Así pues, hasta que nos veamos, cuando la casualidad o la caza vuelvan a traerme a las *Huttes*.

Salí del cercado y me acompañó hasta las *Huttes*. Su perro, sus carneros, sus cabras, y hasta los mismos conejos le siguieron como si los hubiese llamado.

Aquellos animales domesticados parecía que le formaban una comitiva, y que comprendían el cariño que les profesaba. No me hubiera sorprendido ver que le siguiesen las abejas y los insectos del cercado. Aquel hombre habría sido capaz de domesticar las rocas y los árboles. No parecía sino que toda la naturaleza, animada o inanimada, y él, se entendían, vivían y se amaban a los pies de Dios, en una inteligencia pía y misteriosa.

CAPÍTULO V

I

Bajé lleno de un recogimiento interior semejante al que sentía en mi infancia después de las pláticas de mi madre, cuando por la tarde hacía en el jardín, en voz alta, sus meditaciones religiosas con sus tiernos hijos. Oía en mi alma las palabras sencillas, aunque llenas de espíritu divino, de aquel pobre discípulo de la soledad. Hasta el timbre de aquella voz resonaba en mis oídos como el de esas campanas de las elevadas aldeas de los Alpes, que resuenan por cima de la niebla del valle y cuya única misión consiste en reanimar en las almas el pensamiento de Dios, el *sursum corda* de los leñadores, de los segadores y de los pastores de las montañas. Me sentía de mejor índole, con más vigor en el corazón, y más inclinado al bien, tan sólo por haberme acercado algunos instantes a aquel hogar del pastor, oculto detrás de aquellos matorrales y aquellas rocas. Cada hombre tiene una atmósfera que le rodea y que esparce en torno suyo influencias buenas o malas, calor o hielo, según su alma se halle más o menos elevada y refleje más o menos divinidad en sí. La repulsión o la simpatía, no son más que la impresión que esa atmósfera de los hombres produce en nosotros. Unos nos atraen, como el imán; otros nos rechazan, como la serpiente, sin que sepamos por qué. Pero la naturaleza lo sabe, es preciso atender esas repulsiones y esas simpatías, como sensaciones y advertencias del alma. La simpatía revela casi siempre una virtud oculta; la repulsión un vicio escondido en los seres que nos la inspiran. Las almas tienen también su fisonomía; no se las analiza, se las pone a prueba. ¿Quién no se ha dicho al acercarse a ciertos hombres: «Conozco que soy mejor que él?»

Durante toda la semana, contuve mi impaciencia por ver a Claudio, y hablar con él a mis anchas, temiendo incomodarle en su trabajo y perjudicar así las buenas obras en que empleaba sus días para el prójimo. Pero el domingo siguiente volví a subir a las *Huttes*, instintivamente por decirlo así, y hallé a Claudio en el cercado, en el mismo sitio en que le dejé. Sólo que esta vez no estaba dormido al sol, en medio de su florido césped. Durante la semana, había segado su reducida pradera, y estaba acabando de recoger con el rastrillo el heno seco y aromático, en montoncillos que a su tiempo almacenaría en la cabaña, para alimentar sus animales en el invierno. Como aquella mañana había caído un rocío muy abundante, temía que por la tarde o al día siguiente hubiese lluvias borrascosas y amontonaba la yerba segada para que no se mojase. Pareció que le causaba placer volverme a ver. Puse mi chaqueta de caza sobre una piedra, y le ayudé a concluir su trabajo como si fuera del oficio. No hizo la menor tentativa para impedir que le prestase auxilio. Antes de mediodía, todo el heno estaba amontonado aquí y allá, en diferentes puntos de la pendiente segada del prado.

Me ofreció un pedazo de su pan de centeno y uno de sus quesitos de leche de cabra, manjar predilecto del campesino en todas nuestras montañas. Compartí gustoso con él aquel pan de mi infancia. La comida, regada con el agua fresca y cristalina del manantial cercano, sacada con una calabaza y con el zumo de algunas cerezas precoces picadas por los gusanos y caídas del árbol antes de tiempo, aumentó entre nosotros la familiaridad. Cuando los hombres han comido y bebido juntos, según la lengua y costumbres de aquella comarca, son compadres. Nos sentamos al pie de uno de los montones de heno, cuya parte superior daba un poco de sombra a nuestras cabezas, y continuamos la conversación del domingo anterior.

II

YO.—No me habéis dicho Claudio como había sido abandonada a las zarzas y a la hiedra esa aldea de las *Huttes*, cuyo único habitante sois hoy; ni la manera con que todos, hombres, mujeres y niños, salieron de ella, como el agua que se escapa de una esclusa cuando una tormenta rompe la compuerta, dejando muertos los peces en la arena seca del fondo. Tampoco me habéis dicho quién rodó antiguamente esas piedras toscas y colosales alrededor de este recinto reducido y profundo; quién construyó con ellas esa cruz, y quién levantó esos cinco o seis montoncillos de césped, que no segáis como el resto de la pradera, y que tanto se parecen a las sepulturas del cementerio de Saint-Point, que veo verdear desde mi ventana.

ÉL.—¿Qué queréis que os diga, caballero? Bastante habla la tierra por sí sola. Donde se ve el lomo de un surco, puede decirse que ha habido una espiga y una amapola ¿no es verdad? Donde se vean sepulturas, puede decirse que ha habido hombres y mujeres. Este cercado era en otro tiempo el cementerio de las *Huttes*. Le habían elegido porque es el único sitio de la montaña donde la tierra tiene bastante profundidad para cubrir un ataúd. Además no le cavaban a menudo para abrir sepulturas, porque sólo había tres casas, que no formaban más que una familia. Cada diez o quizá cada quince años, acostaban aquí un anciano o un niño de las *Huttes*. Cultivaban toda la tierra del rededor, exceptuando tan sólo la que cubría al último que se había colocado aquí, como en nuestras cabañas se pone la cuna al lado de la cama. Muchas veces oí referir a mi abuelo que en su infancia había visto construir esa cruz enorme con esas tres piedras que treinta hombres de ahora no serian capaces de colocar unas sobre otras. Hallaron la primera clavada en la tierra, tal como ahora está, parecida al tronco secular de un castaño, cuyas ramas ha roto el viento por completo. No se sabe si es un hueso de la tierra que ha taladrado su piel, o una roca que ha hecho un agujero profundo en ese sitio, al caer por sí sola de lo alto de aquella cresta. Esto les inspiró la idea de poner otra piedra atravesada encima de esa, y luego otra más corta encima, para formar una cruz que pudiesen ver desde lejos por cima de las

nubes los pastores y los cazadores. Amontonaron una porción de tierra en forma de camino, desde aquellas rocas que veis allá arriba hasta el nivel de la parte superior del árbol de la cruz. Luego hicieron resbalar sobre ese camino artificial la segunda piedra y después la tercera. En seguida deshicieron la calzada de tierra que les había servido de andamiada, y luego nadie pudo comprender cómo esas tres rocas, colocadas de modo que dominan todo el país, habían podido amontonarse una sobre otra, y mantenerse así derechas por sí solas, en forma de cruz. Los habitantes de abajo, decía mi abuelo, nos desprecian mientras vivimos, pero nuestros muertos tendrán siempre más sombra que ellos. He aquí como se hizo eso, caballero, y desde aquel tiempo, las generaciones de la familia se han acostado bajo el árbol de piedra que para sí plantaron.

YO.—Pero a vos, Claudio, si continuáis viviendo aquí, ¿quién os colocará a vuestra vez en este campo santo? después de vos ya no quedan brazos para abril el último lecho.

ÉL.—¡Oh! sí, señor, hay buenas almas en las aldeas donde trabajo, y cuando hago algún favor en una casa, les digo: «Estamos en paz, mientras yo viva; pero cuando muera, me deberéis vuestras oraciones. Os he edificado una casa para vuestra vida, también me abriréis mi casa para la eternidad, ¿no es cierto? Nos echamos a reír y me lo prometen. Ya no tengo cuidado alguno, estaré bien acostado, ahí en donde tan frecuentemente he señalado mi sitio con la vista».

YO.—¿Y dónde está vuestro sitio, Claudio?

ÉL.—(Mostrándome el montoncito de tierra más próximo donde la yerba estaba aplastada y hollada por dos rodillos). Ahí, caballero.

YO.—¿Y por qué ahí con preferencia a otra parte, mi buen Claudio? ¿No sabe Dios encontrarnos en todas partes?

ÉL.—Es cierto, caballero, pero yo deseo que me encuentre tan cerca de otra que no pueda separarnos.

YO.—¿Según eso tenéis vuestra idea sepultada de antemano bajo esa tierra?

ÉL.—Sí, señor, mi idea y también mi corazón.

YO.—Eso se halla sin duda unido a todas las demás ideas vuestras y a todas las raíces de vuestro corazón: si yo no temiese entristeceros profundamente, os rogaría que me explicaseis ese misterio, refiriéndome algo de vuestra vida.

ÉL.—¿Qué queréis que os cuente, caballero? Nosotros no tenemos vida interesante, más que nuestro oficio y nuestra obligación de ganar el sustento. Lo mismo suena un martillazo que otro; todos los bocados de pan tienen el mismo gusto. ¿Qué hay en eso que pueda interesaros?

YO.—Es verdad, vuestro oficio es monótono, y vuestro pan se hace siempre con la misma masa. No tenéis aventuras, pero tenéis un corazón y un alma, y de la historia de vuestra alma y de vuestro corazón, es de las que yo quisiera saber algo, a fin de comprender como el tiempo os ha hecho tan tierno y tan compasivo para los afligidos, y con el objeto también de glorificar a Dios en esa sencillez de un alma oscura, como en la sublimidad de un gran genio.

ÉL.—Pues bien, caballero, puesto que es para alabar a Dios, nada puedo rehusar en su nombre; voy a decíroslo todo; esto no exigirá más tiempo que el necesario para ver el sol atravesar el valle y trasladarse del campanario de Saint-Point a la orilla de los pinos que habéis plantado en la parte superior de vuestro bosque.

CAPÍTULO VI

I

Claudio pareció buscar un momento su memoria, en los ojos levantados al firmamento, por cima de la cruz negra, y me dijo casi literalmente lo que sigue:

II

Nuestra cabaña estaba más abajo de la que en el día habito y que antes era su establo. Me diréis: «¿Por qué no habéis reedificado la casa y dormís en el cobertizo, que es húmedo y oscuro como una cueva?». Voy a confesároslo, caballero; es porque para reedificar la casa sobre la roca, para levantar las paredes, para rehacer el suelo y el techo, hubiera sido necesario cortar y arrancar la hiedra, que desde las desgracias de nuestra familia se ha entrelazado con las piedras, las vigas y los pies derechos, y ha vuelto a acomodarse donde ha querido. Cuando a mi regreso volví a ver así esa hermosa hiedra, me produjo el efecto de una capa que la amistad de la naturaleza había arrojado sobre la ruina de nuestra felicidad. Y me dije: «No la tocaré, ahora hay en esta roca bastante sitio para los dos. Guárdate la parte de arriba, yo tomaré la de abajo, y los mirlos anidarán y silbarán en paz en tus racimos». Así fue, caballero; os lo digo con la misma sencillez que lo pensé. Ya lo veis, un pobre hombre que vive solo cobra cariño a todo y ama cuanto le rodea.

III

Mi padre se llamaba Benito des Huttes; nunca supe el apellido de mi madre: llamábanla *la madre*. Eran primo y prima, hermano y hermana, cuñado y cuñada, tío y tía, sobrino y sobrina, de todas las demás que vivían en las otras dos cabañas, cuyas ruinas habéis visto amontonadas al salir aquí, y las huertas convertidas en matorrales o terrenos baldíos. La garganta y la falda de la montaña, los matorrales, las retamas y el cercado en que estamos, habían permanecido siempre indivisos entre las tres casas de parientes tan próximos. Cada cual tomaba una tierra u otra y la cultivaba, para tener centeno o patatas para todo el año. Las reses pastaban reunidas donde querían. Cuando llegaba la recolección de castañas, los hombres y los muchachos trepaban a los árboles para sacudirlos, y las mujeres y las muchachas estaban abajo para recoger

el fruto. La cosecha se dividía en tres sacos, más o menos iguales, según el número de hijos que había en cada casa, y a cada casa llevaban su saco. He ahí como se vivía en *las Huttes*. Uno de los tres primos, padre de familia, era recovero y hacia sus compras y ventas de castañas, nueces y ciruelas, por las aldeas y las ferias. El otro era afilador; después de la cosecha se marchaba, llevando al hombro su piedra áspera, montada en un torno de madera de abeto y con una cigüeña de hierro sobre la espalda. Iba a afilar las podaderas, las guadañas, las hoces y los cuchillos delante de las casas, durante el otoño y el invierno. Los parroquianos le daban de comer y un sitio en el pajar, y al derretirse las nieves, regresaba a casa con algún dinero en su bolsa de cuero. En cuanto a mi padre, para ayudar a nuestra madre a procurarnos el sustento y el vestido, iba, como yo, a sacar y picar piedra en las canteras de las aldeas de Saint-Point. Todas las noches volvía para cenar con mi madre y con nosotros, que éramos niños, porque quería tanto a su casa y a su mujer, que decía: «Nunca podría yo ser vendedor ambulante como Bautista, ni afilador como Francisco, porque cuando desde la cantera en que trabajo no veo el tejadillo de mi choza lanzar humo, cuando mi mujer echa un haz de retamas en el hogar, se me hace muy largo el tiempo y me parece que el mundo es demasiado grande». ¡Ah! era un hombre muy honrado y tan humilde y bondadoso, no obstante estar manejando siempre la piqueta y las piedras, que por las noches, cuando nos sentaba sobre su delantal de cuero, a mi hermano, a mis hermanas y a mí, que todos éramos chiquillos, casi queríamos tanto a aquel delantal como el de nuestra madre.

IV

Una desgracia ocurrió en casa, precisamente por la excesiva bondad de mi padre. Mi hermano, que tenía un año más que yo, bajó un día a la cantera. Era en otoño y hacía frío. El pobre muchacho encendió una pequeña hoguera de helechos secos para calentar sus manecitas a la llama. Mi padre le dijo: «Ten cuidado, Graciano, de no tocar unos polvos negros que están allí en un papel, junto a mi morral; saltan a los ojos cuando se les acerca a la lumbre». Pero el pobre niño, a quien no habían reñido nunca, quiso ver como saltaban a los ojos aquellos polvos negros, y en tanto que mi padre, distraído con su trabajo, no hacía caso del niño, este fue a coger un puñado de polvos. Arrojole a la lumbre, la pólvora hizo una llama terrible y le cegó. Desde aquel día, Graciano no volvió a distinguir lo más mínimo, a pesar de que sus ojos estaban claros y hermosos, pues la pólvora sólo le había quemado la vista. Nadie hubiera dicho que estaba ciego, pero él sólo percibía el sol fuera y el fuego en casa. Fue una gran desgracia en *las Huttes*. Todos vinieron a llorar con mi madre. El niño tenía siete años, ya no podía andar solo, iba siempre colgado del delantal de nuestra madre, de la mano de nuestro padre o de la mía. Nuestro pobre padre sintió tanto haber sido causa

de la desgracia, que le entró una pasión de ánimo, como dicen en el país, y murió el invierno siguiente.

V

Costábale a nuestra madre mucho trabajo mantenernos, aunque todavía era joven y buena obrera y servía tanto como un hombre con el azadón, el podón o el rastrillo. Pero yo, mi hermano el ciego, una hermanita que estaba mamando y una mujer de treinta años, aunque guardábamos harta sobriedad, éramos muchas bocas en torno de un pan. Me daba pena ver a aquella pobre mujer corlar haces de leña, echárselos a la espalda y llevarlos a casa; escardar el centeno, segar el prado, atar las gabillas, trillarlas en el mazorcador delante del patio, amasar el pan, encender el fuego, cocer la comida, llevar de la mano a Graciano, y además dar de mamar a la niña. Añadid a esto que en aquellos momentos, para colmo de desgracia, se declaraban unas calenturas en la aldea de las *Hutttes*, que se llevaron al afilador, a su mujer y a sus hijos. Sólo quedó en su casa una hija suya, llamada Dionisia, que tenía próximamente la misma edad que yo. El recovero, asustado de la enfermedad que tantos estragos había hecho en las *Hutttes*, derribó su casa para llevarse la madera y las tejas, y fue a edificar una cabaña con una tienda, junto a la Iglesia, a la orilla del camino del pueblo, donde el comercio prosperaba más. No se podía dejar sola a una niña de once a doce años, junto al hogar de sus padres ya difuntos. Mi madre fue a buscarla y la trajo a nuestra casa. La cabaña vacía del afilador se convirtió en vivienda de golondrinas y lagartijas y fue hundiéndose, cada invierno un poco, hasta llegar al estado en que la habéis visto. Dionisia sólo iba a ella algunos domingos en el verano, a sentarse bajo el membrillero o a coger los granos encarnados del acebo, que llamaba los collares de su madre, y a llorar en el umbral de la puerta, por la cual nadie entraba ni salía ya; Graciano la acompañaba siempre, porque mi madre había dicho a Dionisia: «Te doy el encargo de cuidar del cieguecito mientras yo esté en el campo, y cuida de que no se caiga en algún precipicio». Y aquellos dos niños nunca se separaban.

VI

Me daba vergüenza y lástima ver tanto trabajo, tanta miseria y tantas bocas en la casa. Me sentía ya vigoroso y fuerte, y dije a mi madre: «El sembrado de centeno es escaso; las castañas prometen poco fruto este año; dadme las herramientas de mi padre». Me las dio llorando, porque volvía a verlas. Bajé a las aldeas del valle, y dije:

«¿Quién quiere que saque piedra para él? Trabajaré sólo por la comida». Algunos me dijeron: «Ve a la cantera y veremos si vales el pan que comes». Comencé a trabajar para unos y para otros. Con el fin de aprovechar más el tiempo, me acostaba sobre unas tablas que me habían prestado para hacer mis andamios junto a la peña, o bien en los establos en los pesebres de los bueyes. Sólo subía a las *Huttes* los sábados por la noche y traía a mi madre el poco dinero que había ganado y el escaso pan que había podido ahorrar durante la semana. Mi madre me besaba y me decía; «¡Qué lástima que no tengas los brazos de tu padre, porque tienes su corazón!». Mientras ella mecía a la niña, o hacia los barquillos de miel para la cena del domingo, iba yo al campo con Dionisia y Graciano. Así pasaron tres o cuatro años. Yo me iba robusteciendo y manejaba ya las piedras como montones de heno. Ya no me contentaba con sacar piedras de las canteras para las paredes, sino que comenzaba a labrarlas para las puertas y ventanas, a mi manera, a cincel o esquina arriba, y aun hacia algunas veces, a modo de bajo relieve, una rosa o un tulipán con sus tallos y sus hojas abiertas, una gallina, un gallo, un galo o un perro, según que se destinara la piedra al jardín, al establo, al gallinero, al patio o a las habitaciones de la casa. El hambre es muy buen maestro, caballero, y sobre todo el hambre que ve uno pasar a su madre y sus hermanos. Nunca tuve otro que me enseñara, y sin embargo, id a ver mis obras por ahí en la comarca, y todavía os dirán: «¿Quién labró la puerta de esta granja, o la ventana de aquel palomar? El niño Claudio con su cincel y su mazo.» también labraba bancos o poyos de piedra, para que las ancianas y las niñas se sentaran al lado de las puertas en las aldeas, y grababa en ellas el nombre del cabeza de la familia; además hacía pilones de piedra áspera para dar agua al ganado junto a las fuentes, y dibujaba en ellas una cabeza de buey, con sus grandes ojos y sus astas que parecían salir del pilón después de haber bebido.

Todo esto me había dado cierta fama en la montaña, y aunque sólo contaba 17 años de edad, hubiera ganado fácilmente mi sustento, sólo con la piedra. Pero en las épocas de la sementera, de la siega y de la trilla de la cebada, subía aquí y hacía también los trabajos más penosos con mi madre y con Dionisia.

VII

Aquellos eran mis verdaderos días de fiesta, porque quería tanto a mi madre y a mí pobre hermano ciego, ¡y tanto también a Dionisia! ¿Y quién no la hubiera querido, caballero? era como la tercera hija de la casa, como la hija obediente de mi madre. Hacía todo el trabajo como una buena criada o una robusta jornalera pudiera haber hecho en la cabaña por un salario. ¡Pero quién era capaz de hablarla de salario! Cuando mi madre le mencionaba algunas veces, la huerfanita contestaba: «¿No es buen salario vuestro cariño? ¿Quién me ha dado un asilo, una madre y dos hermanos

en la montaña? ¿No es ya bastante salario un sitio en el hogar y un lugar en la mesa, sin contar los cuidados que me prodigasteis antes que tuviera edad para servir de algo en la casa?». Y si mi madre insistía, se iba a llorar con el semblante oculto en su delantal, tras de la cerca del huerto. Entonces iban a consolarla Graciano y mi madre, y la decían: «Vamos, haz lo que te dicta tu corazón, Dionisia, y puesto que quieres malgastar tu juventud y quedarte con unos pobres como nosotros, ¡hazlo!». Y ya no se volvía a hablar de ello.

VIII

En tres o cuatro años había llegado Dionisia a ser la muchacha más hermosa de toda la montaña, y cuando mi madre la llevaba a la aldea, dos o tres veces al año en los días de fiesta a ver a sus primas, las hijas del recovero, todas las muchachas y mozos que la veían pasar, decían para sí: «Lástima que eso crezca a la sombra y nunca vea el sol como los *ojos azules* (las vincapervincas) debajo de los matorrales». Pero ni siquiera entendía estos elogios que la prodigaban por lo bajo; no tenía vanidad como las jóvenes de las casas ricas, y ni siquiera sabía si era fea o bonita. Caminaba con la cabeza baja y los brazos caídos; con la vista fija en los pasos de mi madre, y cuando alguno la dirigía la palabra, se ruborizaba sin saber por qué, se ponía tan encarnada como una cereza, y su cutis se estremecía como el agua tranquila y serena cuando el viento llega a agitarla. Excepto para mi madre y para Graciano, a quienes no tenía miedo, era para todos tan salvaje y tan tímida como los hijuelos de las corzas, cuando por la mañana juegan en las laderas de nuestros prados y huyen al bosque al oír el leve ruido del rocío que cae de las hojas. Aun conmigo, caballero, no estaba tan a sus anchas como con mi madre y mi hermano, porque no me veía diariamente como a ellos. Sin embargo, estábamos juntos, también como hermano y hermana; pero de todos modos había alguna diferencia en el sonido de su voz cuando me hablaba; en su mirada cuando me veía; su voz temblaba un poco más en su garganta; su mirada se inclinaba un poco más hacia sus pies descalzos. Hubiérase dicho que se sentía más niña delante de los otros, pero que delante de mí se sentía más hermosa.

IX

¡Ah! es que lo era mucho y cada mes aumentaba su belleza; aunque las aguas de la fuente eran los únicos espejos en que llegó a mirarse. Era preciso verla los domingos por la mañana, cuando mi madre, sentada al sol en el umbral de la puerta y

colocada ella a sus pies, para que la peinase su larga cabellera, tan reluciente como la corteza de las castañas, cuando salen frescas del erizo, echaba sus brazos sobre las rodillas de mi madre, y reclinaba luego su cabeza sobre aquellos brazos desnudos, que salían frescos y hermosos de su camisa de lienzo ordinario. Ocultábase completamente el rostro entre sus cabellos, desparramados como los filamentos del maíz sobre la mazorca madura; parecía una madeja mal devanada o un vellón de cordero pardo, acabado de lavar en la fuente: no se sabía dónde estaba su boca, ni su frente. Después si un leve soplo de viento entreabría ligeramente aquella tela fina, se veían primero sus rosados labios, luego sus mejillas algo pálidas, en seguida sus grandes ojos azules, deslumbrados por el sol, que dirigían una mirada tan clara y tan suave al rostro de la madre, que su hija no habría podido mirarla de otra manera. Todo esto nos hacía reír a mi madre y a mí, y compadecíamos en nuestro interior el pobre Graciano, porque no podía ver lo que nosotros, ni recrearse en aquel cuadro delicioso. Graciano me decía: «¿Cómo está Dionisia? ¿Qué hacen madre y ella que tanto te ríes?». Yo le contestaba: «Está sentada, echada de espaldas, con la cabeza sobre el delantal, la cara cubierta con las manos, los ojos cubiertos con su pelo, que el viento mueve como si fuera un puñado de hojas secas. El acebo ha dejado caer sobre sus labios uno de sus racimos encarnados». ¡Y esto entretenía al pobre muchacho! Y cuando Dionisia acababa de arreglarse, cuando se había puesto los zapatos y el vestido de lana negra, íbamos los tres a pasear por los sembrados de cebada, a coger amapolas o a sentarnos debajo de los castaños a la orilla de algún barranco, con las piernas colgando sobre el agua, que se agitaba sollozando en el fondo de él; porque le agradaba al niño ciego oír siquiera murmurar el agua y caer sobre la yerba las castañas, olvidadas en los árboles, a impulsos del viento templado de primavera, o sentir los mirlos que se levantaban de entre los matorrales, pasar silbando y rozándole el rostro con sus alas.

X

Pero casi la encontraba tan hermosa y agradable los días de trabajo, cuando no llevaba puesto el vestido de las fiestas, ni sus zapatos de verano, ni sus almadreñas de invierno, ni tenía su cabellera peinada y cuidadosamente sujeta detrás del cuello, con su cinta de terciopelo encarnado; sino que llevaba su basquiña de lana negra de carnero, tejida por ella durante el invierno en la lanzadora, ceñida en torno de su cintura por una hebilla de asta, y cayendo en abultados pliegues hasta los tobillos. Su camisa de tela de estopa, de mangas cortas, levantadas hasta el codo, ahuecada en su pecho y sujeta debajo de la barba por los cordones, cuyas puntas caían sobre el seno; su cabellera colgando, tan pronto sobre un hombro como sobre otro; sus pies descalzos, encarnados de frío algunas veces, con frecuencia empolvados por la arena,

y regados siempre por el rocío; sus ojos, bajos, extendiéndose sobre ellos la sombra de sus largas pestañas; el semblante serio, pero los labios siempre dispuestos a entreabrirse para dejar brillar sus hermosos dientes, pequeños, blancos y tan bien alineados, como los primeros dientes de los cabritos. Unas veces con una azada al hombro, o una olla de barro en la cabeza, trayendo a casa la leche de las cabras; otras con los brazos extendidos y levantados sobre su cabeza, para sostener un haz de yerba, más abultado que ella, que acababa de coger escardando el trigo y las viñas; las flores amarillas, azules y encarnadas, y los filamentos que se escapaban de la cuerda que los sujetaba, le caían sobre la frente y casi la tapaban los ojos. Otras veces, arrodillada en el suelo, delante de la casa, ordeñando las ovejas con una mano, mientras con la otra las hacía comer sal para entretenerlas; en fin, fuera lo que quisiese lo que estuviera haciendo, no se podía apartar de ella la vista. Pero cuando me gustaba más, era cuando íbamos a la montaña a cortar ramas para el invierno y mi madre la echaba al hombro un haz, tan largo como el tronco de un cerezo, con todas sus hojas y sus flores para que lo bajase a la cabaña. Al ver aquel semblante de joven, doblado bajo el peso de aquellas ramas largas, que iban barriendo el suelo a una distancia de diez pasos detrás de ella, estremeciéndose y sembrando por el camino sus deshojados racimos de flores, hubierais creído que algún hada se había levantado de improviso de la tierra, para llevarse la florida alfombra del campo en que había dormido durante la noche anterior. O bien os hubiera parecido uno de esos hermosos pavos reales que tenéis en vuestro jardín, con rostro de mujer, arrastrando y desplegando al sol una cola larga y verde, con sus ojos azules y amarillos, cual si los fuera sembrando sobre la yerba en pos de sí.

XI

No estaba menos linda en el invierno, cuando encendía en el hogar la lumbre para la velada de la noche, arrodillada delante de los trébedes; la llama de las relamas, coloreando de pronto su pálido rostro, hacía que sus mejillas se tornasen rosadas y transparentes, viéndose a través de tal modo, que creía uno calentarse los ojos como en una ascua.

Y lo que agradaba en ella, no era tanto esa gracia que brillaba en todo su semblante y su cuerpo, como su dulzura, su obediencia, su complacencia para con todos, y su timidez que la hacía ser esclava voluntaria de cuantos tenían que pedirla algún favor, en casa o en el campo. Todos la queríamos, caballero; pero los animales la querían por lo menos tanto como nosotros.

Cuando por la mañana abría la puerta para ir a la fuente, era de ver a las gallinas, las palomas y hasta los gorriones y las golondrinas, regocijarse, sacudir sus alas, lanzarse unos desde el tejado, otros desde las ramas de los árboles, estas desde el

gallinero, aquellas desde el palomar, para revolotear en torno de ella como si hubiese amanecido para ellos en el momento en que la veían. Era de ver, sobre todo a los carneros y las cabras, a los corderos y a los cabritos, salir del establo en cuanto ella levantaba el picaporte de la puerta, arrimar sus cabezas y sus cuernos a su delantal, ponerse en dos pies delante de ella, con las manos apoyadas en sus brazos o en sus hombros, y disputarse una caricia de su mano, una palabra de sus labios, un pelo de su cabellera, para olerle o morderle antes de intentar siquiera desparramarse por el campo para pastar. Cuando estaban lejos, muy lejos y solos con el perro sobre las crestas de la montaña, en vano los llamábamos, porque no venían; pero si oían la voz de la joven, los hubierais visto a todos abandonar las ramas de zarza o de serpol o de trébol florido, y precipitarse sallando desde lo alto de la montaña, como bolas de nieve que rodaran hasta sus pies.

XII

Con todo el que la quería entonces más y a quien ella también parecía preferir a causa de su desgracia, era mi hermano Graciano. Desde que mi madre recogió en casa a Dionisia, aquel pobre niño no se había separado de ella, como si Dios le hubiese restituido la luz en la joven. Dionisia por su parte, a consecuencia del tierno corazón de que se hallaba dotada, le había cobrado extraordinario afecto, por la necesidad continua que él tenía de su cuidado y de su compañía. Aunque niña, todavía era Dionisia como esas madres de varios hijos, que parece que no tienen ojos ni corazón, sino para el más débil y delicado. También eso es una bondad de Dios, quien con frecuencia suele poner un contrapeso de bien, donde ha puesto un peso de desgracia. Mi madre, al traerse a Dionisia a casa, la había dicho: «Cuidarás de tu primo el ciego, le entretendrás en casa, le llevarás al campo contigo, le enseñarás los nombres de las reses, le pondrás en buen camino cuando se equivoque de senda, le colocarás en su surco cuando quiera cavar o escardar el cercado con nosotros, irás a buscar para él un manojo de cáñamo al pajar cuando haya concluido de escarmenar el suyo». Dionisia hizo cuanto la mandaron, primero cuando niña por obediencia, después cuando era crecida guiada por su buen carácter. Ambos parecían dos gemelos que nunca se hubieran separado desde el vientre de su madre.

XIII

Le era tan difícil a Graciano pasar sin la joven, como a esta sin él. Cuando Dionisia salía por las mañanas a medio vestir para ordeñar las ovejas y las cabras,

Graciano la seguía y se sentaba en frente del sol naciente, en el banco de piedra que yo me había entretenido en labrar los domingos en el trozo de roca pardusca, situado junto a la puerta. Entonces la preguntaba: «Dionisia ¿qué se ve en el cielo y en el valle? ¿Hay niebla en las praderas de Bourg-Vilain? ¿Están cerradas las ventanas del castillo de Saint-Point que dan al balcón grande? ¿Se ve al caballero que pasea por las alamedas con un libro en la mano como cuando yo tenía vista? ¿Hay vacas blancas y gordas en los prados de la falda de la montaña, detrás de los jardines?

¿Hay nubes grises o de color de rosa al rededor del sol? ¿Hay muchas columnas de humo que se alcen de los tejados de la casa y se dispersen por el campo, como bandadas de palomas impelidas por el viento? ¿Están en flor las malvas y las gordolobos? ¿Se van coloreando las cerezas y las guindas? ¿Han caído esta noche muchas espinas al pie de los matorrales? ¿Tienen los avellanos sus racimos velludos como el lomo de las orugas verdes? ¿Han abierto las lilas sus colgantes flores? ¿Tienen ya los corderillos todos sus dientes y comienzan a abandonar a sus madres para pacer el tierno césped? Dime si el último cabrito que ha nacido tiene manchas negras en ambos lados de los ojos, como su madre las tenía en mi tiempo, y si comienza a destrozar la corteza de los tiernos sauces con sus nacientes cuernos».

XIV

Y Dionisia no se cansaba de contestar a todo eso, siempre con la mayor bondad y el acento más dulce, añadiendo todos los pormenores de las formas de los objetos, de luz en el cielo, de colores en la montaña, y de carácter en los animales que juzgaba capaces de interesar al niño. Y luego aparentaba necesitarle siempre para todo y emplearle incesantemente en esto o en aquello para su trabajo. Tan pronto le hacía sujetar las cabras por las astas, mientras las ordeñaba, como a los carneros tendidos en el suelo mientras esquilaba su lana. Unas veces le hacía tener las banastas debajo de las castañas, mientras recogía los erizos que habían tirado el viento o ella con el varal; otras veces le hacía llevar su azada, su escardillo y su rastrillo, mientras ella subía a los prados delante de él, hilando con su rueca y guiándole con la voz o con la mano, para que no equivocara el camino del puente de tablas o del vado del riachuelo. Entonces ponía en la mano del ciego la punta de su delantal, como lo hace una verdadera madre con sus hijos, cuando empiezan a andar solos. Cuando trabajaban las tierras antes de la sementera, le daba un azadón y le colocaba en la parte baja al lado suyo, para que creyese que iba también a hacer su parte de labor con los demás, y cuando se torcía demasiado, a la derecha o la izquierda, le cogía suavemente por un brazo y le colocaba en la línea que debía seguir. Si aquella parte del campo estaba mal cavada, si Graciano dejaba involuntariamente algunas yerbas o piedras, nada le decía por no afligirle, y al día siguiente volvía a cavar por sí misma

aquel trozo. Lejos de indicarle que su trabajo no servía de nada, le estimulaba como si hubiese sido un buen jornalero, y le decía: «Graciano, entre tu trabajo y el mío no hay la menor diferencia». Y no mentía, porque ella era la que trabajaba por los dos.

XV

Siempre cuidaba, ya fuese en el campo o en casa, de estar cerca de él para ayudarle en todo; cortarle su pan, darle su taza, llenarle su vaso, y hacerle sitio en el banco. Cuando estaba sola con él, cualquiera hubiera dicho que pensaba en alta voz para hacerle partícipe de su vida. No había una lagartija en su agujero, una golondrina en su nido, una hoja de parra en la pared, una mosca en los vidrios, un insecto en las hojas, una chispa en el hogar, que ella no le describiese con el fin de que el tiempo se le hiciera corto al pobre afligido, y de que creyera ver en realidad interiormente con sus propios ojos, todo lo que ella le enseñaba así exteriormente con su voz. Por eso no recordaba ya que era ciego cuando la joven estaba a su lado y ella no se separaba de él en todo el día. Parecía que Graciano no había perdido la vista, sino que se la había trasladado a Dionisia. Ella era sus ojos, su sentido, que vivía y veía en otro ser distinto de él, y tan querido o más aun quizás, que si le hubiese tenido en sí mismo. Por eso creo que si le hubiesen dicho: «¿Qué quieres mejor, Graciano, que te devuelvan la vista, o que te dejen a Dionisia a tu lado?», habría contestado sin vacilar: «Guardad mi vista, que más quiero ver con sus ojos que con los míos. Veo lo mismo y además tengo su compañía y su voz».

XVI

Por eso era de ver como Dionisia con su simple voz le hacía ir, venir, volverse, levantarse, bajarse, sentarse, andar o pararse, como si le moviese un resorte interior que hubiese recibido la presión de un mismo dedo en él y en ella. Y es preciso ser imparcial y justo, caballero, la costumbre de hablar amistosamente y con dulzura y compasión a aquel pobre afligido, había dado a la voz de Dionisia, desde su infancia, un sonido, un cariño, un temblor dulce y suave, que llegaba al corazón y como nunca le he vuelto a oír en toda mi vida, en ninguna voz de muchacho, ni de mujer. Era como la vibración, triste y alegre a la par de la campana de Saint-Point, cuando toca por el bautizo de los niños, y se pierde subiendo desde el fondo del valle hasta aquí, y haciendo estremecer levemente las hojas de los fresnos. Y aun la campana de la Iglesia no tiene corazón en el fondo de su música, pero en el fondo de cada palabra de Dionisia había como un latido sonoro de su corazón, que vivía, sentía y cantaba en su

voz. Creo que los ángeles de la guarda, de que hablan en la aldea, tienen un sonido de voz parecido a aquel, cuando dirigen la palabra a los niños dormidos en la cuna, o a los pobres agonizantes en sus ensueños postreros a las puertas del paraíso.

XVII

Algunas veces Graciano, después que la joven le había contado todas las cosas que rodeaban a ambos, y cuando parecía estar reflexionando acerca de todos los objetos que le había descrito, decía: «Dionisia, dime ahora como eres tú. Te vi muchas veces cuando aún no me había quedado ciego y venías agarrada del delantal de tu madre a traer la comida a tu padre que afilaba los azadones, las guadañas y los podones delante de las casas. Pero desde entonces no sé cómo has crecido, y excepto tu voz y tu mano tan suave, nada conozco de tu aspecto actual. ¡Cuánto desearía figurarme como es! Mira, por eso es un tormento para mi imaginación no poderte ver como te oigo, porque en cuanto a todo lo demás, me es indiferente, que lo veo bastante bien por tus ojos».

Y entonces, caballero, para chancearse y contrariarle un momento, sin dejar de entretenerle, decía Dionisia: «Tengo el pelo rojo, como el de la ardilla que cogimos en el nido en el abetillo cuando yo era niña. Tengo los ojos del mismo tamaño que esas florecillas que crecen entre la yerba debajo de los matorrales; son pardos y oscuros como el agua del barranco cuando está a la sombra y comienzan a caer en ella las hojas secas. Tengo el cutis de la cara lleno de pecas y tostado por el sol. Tengo esto y lo otro y lo de más allá». Hasta que hacía de sí misma, al pobre muchacho, la pintura más fea, poniéndose la mano en los labios para que no la oyese sonreír por lo bajo.

Pero él decía: «Eso es imposible; ¡eres una mentirosa! Tu voz y el cutis de tus manos no indican ese rostro. Me quieres engañar o burlarte de mí, Dionisia, eso es mal hecho: ya sabes que no se debe engañar a los ciegos, porque no pueden ver si se les dice verdad o mentira». Luego volviéndose hacia mí, al oír reír a la joven, exclamaba: «Dime, Claudio ¿cómo es?». Y entonces le decía yo: «Tiene el pelo del color de las hojas secas, cuando el viento las mueve al extremo de las ramas, en el mes de octubre después de las heladas; tiene ojos brillantes, como pedazos de los cristales del castillo, cuando el sol de la mañana los atraviesa para penetrar en las habitaciones, llenas de cosas que relucen, y a las que no se puede mirar sin quedar deslumbrado; tiene el cutis fino, sonrosado y suave, como las manzanas de verano que nuestro tío el recovero iba a vender por los pueblos y que cogíamos para jugar delante de la puerta, cuando se caía alguno de sus cestos. Es tan alta como la puerta de la casa, y aun tiene que bajarse un poco cuando entra y sale para trabajar. Tiene los pies y las manos tan finas y tan blancas, como los guijarros de nuestra fuente; anda

con los pies descalzos, tan graciosa y altivamente como una señora que cruza por una iglesia, y a quien se mira pasar con sus hermosos zapatos. Tiene el cuello esbelto, redondo y flexible, como el de los pichones cuando se espulgan las alas en el alero del tejado. Tiene los labios como hojas de claveles y los dientes como las pepitas de las manzanas antes que estén maduras. Tiene el aspecto de dulzura de nuestra madre, y la fidelidad de nuestro perro cuando nos mira».

Entonces la joven se ponía encarnada de vergüenza o de satisfacción, caballero, sin saber de qué; porque en cuanto a vanidad, tenía la misma que un pájaro que se alisa las plumas al sol para hacer brillar sus colores, y se cubría el rostro con las manos para reírse. Y Graciano la decía: «¡Pícaro! ¿por qué quieres engañarme? Por otro lado, lo mismo da; tanto me gustaría que fueses fea, porque los mozos de Saint-Point no te mirarían cuando fueses a la fiesta, y no saldrías de las *Hutttes* para casarte algún día allá abajo».

Y se ponía serio y los tres hablábamos de otra cosa.

CAPÍTULO VII

I

De esta manera nos acercábamos los tres al momento en que llegando ya los hijos del recovero, la del afilador y nosotros a la mayor edad, se harían las particiones del patrimonio común de la montaña, que, según os he dicho, nunca se había desmembrado aun. Esto daba mucho en que pensar a mi pobre madre. Al sacudir las castalias nos decía: «¿Quién sabe si este será nuestro dentro de dos años?». Y sin embargo, el padre de mi abuelo fue quien le plantó, y todos los años da más de una carga de castañas. Al sembrar patatas o maíz en el cercado, nos decía: «¿Quién sabe si seremos nosotros los que lleguemos a recogerlo? Y sin embargo, ¡cuánto sudor de vuestro pobre padre y mío ha bebido este campo, desde el año de nuestro casamiento! Si cada uno tomase lo que es suyo, en la tierra que se ha cultivado durante cuarenta veranos y cuarenta otoños, muchos de estos terrones corresponderían a los que los han removido con el mismo cuidado como uno mulle su lecho». Al sentarse los domingos junto a la fuente que veis allí, entre los brezos, debajo de la piedra abovedada, nos decía: «¿Quién sabe si en la primavera próxima correrá hacia nuestro prado o hacia el prado de otro?». Y sin embargo vuestro padre fue quien la encontró un día, abriendo un hoyo en la tierra para plantar un fresno; él fue quien construyó este pilón para atraer y contener el agua, con el fin de que el ganado pudiera venir a beber aquí al volver del pasto, y quien abrió esas regueritas, por donde se va el agua como por una espumadera a derramarse por toda la pendiente del huerto y a perderse allá abajo en el barranco entre los mimbres y los juncos.

Y se conocía que esta idea la atormentaba sin cesar y cada vez más, a medida que el año en que debían hacerse las particiones avanzaba, como avanza la sombra de esa roca, sin que se la vea caminar hacia nuestros pies.

II

Graciano parecía hallarse más preocupado aún que ella con esa idea, pero no era por razón de los castaños, del sembrado, de la cebada, ni de la fuente. Todo esto no lo conocía más que de nombre. Un rayo de sol que cayese sobre su cuerpo y la voz de Dionisia en torno suyo, eran todo el patrimonio del pobre muchacho. ¿Qué le importaba el resto del mundo? Quería mucho a mi madre y a mí también; he ahí todo. ¡Qué lástima que le ocurriese aquella desgracia a los ocho años! Ahora sería un buen jornalero, un buen labrador, o hubiera tomado un oficio como yo: habría enrojecido y

machacado el hierro en la fábrica para hacer clavos, llantas para las ruedas de los carros, o rejas relucientes para los arados de las aldeas del valle. O bien se hubiera hecho tejedor, porque a la verdad, tenía gustos de muchacha; habría hecho correr a uno y otro lado la lanzadera durante toda la semana, en la cueva, debajo de la casa, y el domingo habría bajado con su vara de medir en la mano y su rollo de lienzo gris al hombro a llevar a las mujeres el peso del hilo que hubiesen hilado. Al verle, caballero, nadie hubiera dicho que el fuego hubiese quemado lo más mínimo en sus ojos. Eran azules como los de Dionisia, sólo que no se leía en ellos su pensamiento profundo, el cual se veía tan sólo en los extremos de su boca, que eran tan movibles como sus impresiones y algo tristes, aunque habitualmente sonreían. Sus facciones eran finas, su tez blanca, sus manos pequeñas y delicadas, su cuerpo esbelto y delgado y algo inclinado adelante, como el de un niño a quien se le vendan los ojos por diversión, y que tiende los brazos a todas partes para no tropezar y buscar el camino. Prescindiendo de esto, caballero, era mejor mozo y de rostro más hermoso que muchos muchachos de la montaña, y además tenía un modo de hablar tan dulce y tímido, que no parecía sino que siempre suplicaba o daba gracias. Luego no era exigente en lo más mínimo. Se quedaba en la piedra de la fuente, en el banco de la puerta, en la raíz de un castaño, en donde le decían que aguardase, y siempre esperaba sin enfadarse. Muchas mujeres hubieran podido quererle, creedme, porque quieren a un niño que no puede pasar sin ellas.

III

En cuanto a mí, caballero, no tenía los mismos ojos, ni el mismo pelo, ni igual carácter. Cualquiera hubiera dicho que nuestra madre, cuando nos llevaba en su seno, había soñado que cada uno de nosotros era de una madera distinta: él de sauce y yo de abeto. Él era flexible como aquél, yo derecho y sombrío como este; yo tenía el pelo tan negro como son mis ojos, el rostro ovalado, el color pálido, las mejillas velludas, los labios con más frecuencia cerrados que entreabiertos, los brazos nervudos y robustos, la mirada pensativa muchas veces, como si hubiese perdido alguna cosa que las estrellas me guardasen, como decía Dionisia burlándose cariñosamente de mí. En fin, caballero, yo, aunque joven, era meditabundo. No me gustaba la compañía tanto como a mi hermano. Nunca estaba tan contento como cuando me hallaba solo en la cantera, o bien, con mi madre, mi hermano, mi hermanita y Dionisia. Excepto ella, cuando veía pasar a alguno junto a mi cantera, me ponía a silbar, para que no me hablasen, y cuando en la montaña alguna muchacha tomaba por un sendero para venir hacia mí, yo me encaminaba por otro. Era tan salvaje y arisco como Dionisia. En el valle nos llamaban por burla, a ella la corza y a mí el gamo. Estos apodos los conservamos mucho tiempo. Sin embargo, Dionisia y

yo nunca nos decíamos una palabra más alta que otra, ni tampoco por lo bajo. La dejaba yo siempre con mi hermano, compadecido de la desgracia de este. Cuando iba con ellos al campo, al bosque, al monte o al lavadero de lana, siempre hablaba con él, nunca conmigo. Le habría causado pena que Graciano hubiese tenido envidia de una atención o de una palabra dirigida a otro. Parecía ponerse muy contenta y se ruborizaba algún tanto, cuando yo volvía a casa los sábados por la tarde y le decía: «Buenos días Dionisia;» pero fuera de esto, iba y venía como siempre por la casa, por el patio, alrededor de mi hermano. No tenía una palabra, ni un gesto más para mí que para otro; por el contrario, antes bien temblaba un poco cuando me contestaba, como si no me profesase tanto cariño, ni hubiese tanta familiaridad conmigo como con el resto de la familia. Evitaba naturalmente estar a solas conmigo. A pesar de esto, caballero, se veía que aquella confusión de una muchacha bonita, que comenzaba a temerse a sí misma, no era mala voluntad, ni con mucho. Graciano decía que Dionisia estaba más alegre y más complaciente el domingo que el resto de la semana, y que por su voz conocía el día en que debía yo salir.

IV

He ahí como pasábamos el tiempo, caballero. Desde el día de San Juan, había yo hecho un descubrimiento, entre los últimos lugares y las *Huttas*, al final del sendero de los matorrales. Era una antigua cantera abandonada de piedra asperón muy fina, tierna como la manteca, limpia como el oro, y que retumbaba bajo el pico como una campana. Cuando no me apremiaba el trabajo de construcción en las aldeas, volvía a mi cantera y seguía ahondando cada vez más, para encontrar mejores vetas de piedra. Hacía rodar los trozos al fondo del barranco que está más abajo, de modo que al cabo de un par de años concluí por limpiar toda la cantera antigua de aquellos escombros que se decía estaban amontonados allí desde el tiempo de un pueblo que llaman Romanos. Después había yo minado por debajo con la palanca y los barrenos de pólvora; parecía aquello una obra de gigantes. Había hiladas de piedra como escalones para piernas de dos toesas; bóvedas; grutas en que yo me internaba como los mineros en su mina de carbón para buscar vetas más finas aun; paredes de rocas amontonadas y abandonadas, tan altas como las murallas de una ciudad. El fondo de la cantera a donde rodaba yo mis piedras y las labraba, era tan profundo cuando se le miraba desde lo alto de los matorrales que colgaban en ambas orillas, que si los pastores tiraban un guijarro, se necesitaba aguardar algunos instantes para oír el ruido que producía al llegar al suelo. Mi hermano, mi hermanita, mi madre y Dionisia, iban allí de vez en cuando a verme trabajar. Siempre alzaban los brazos y lanzaban gritos de admiración al ver los estragos que un solo hombre con su palanca y su paciencia había hecho en los huesos de la montaña. Algunas veces cuando el sendero estaba

muy resbaladizo para mi hermano, Dionisia iba sola a llevarme en una cesta el pan y la leche que me servían de comida. Pero entonces no se detenía, caballero. Ponía la cesta encima de una gran piedra, al pie de la escala de cuerda en que casi siempre me hallaba suspendido, arrimado a mi roca; me llamaba desde abajo con voz temblorosa y alterada por el temor, ven seguida huía poniéndose una mano sobre los ojos, como si hubiese tenido miedo de verme bajar de tan alto.

V

Allí era donde mejor me encontraba, caballero; porque, excepto Dionisia, nadie iba a incomodarme en mi trabajo, mirándome y preguntándome esto o lo otro, como sucedía en las aldeas. El oficio de mi padre me agradaba más que cualquier otro que hubiera ofrecido mayores utilidades. Decía para mí: «Haces lo que ha hecho tu padre, y acaso, con el tiempo, lo harás tan bien como él. Si volviese a este mundo, le gustaría verte dedicado a su trabajo. Además, este oficio no sujeta tanto como otros, se le puede tomar y dejar cuando se quiera. No te impide que subas los sábados a la cabaña para ver a tu madre, a Dionisia y a las reses; ni que siegues la yerba; ni que caves las tierras en la montaña; ni que varees los árboles con ellos: luego, aun cuando no vendas tus piedras a los afiladores, a los herreros y a los segadores del país, de todos modos ganas honradamente tu jornal y el pan de tu hermano y tu hermanita, que no pueden trabajar en casa». Estos pensamientos me prestaban nuevos ánimos, y ya no había capas bastante duras para que se me resistieran.

VI

Además, preciso es decirlo todo, tenía cariño al oficio, a la hondonada de las canteras, al vientre de la montaña, a las entrañas secretas de la tierra; como esos marineros que he conocido en Marsella, tienen cariño a las ondulaciones de las olas, al fondo del mar, a la espuma de los escollos; como los pastores lo tienen a las cumbres de las montañas; como los leñadores gustan de sepultar su hacha, empapada en savia, en el tronco hendido de los robles y los castaños. Dios ha dado a cada uno su afición, para que todos los oficios se hagan plazeramente. Lo que siempre me ha hecho sujetar al mío, es que trabaja uno solo. Sin que perjudique en lo más mínimo, puede uno silbar, cantar, pensar, meditar y orar. La mano sigue haciendo el trabajo, mientras que el corazón y la imaginación van por donde quieren. He ahí lo más agradable que tiene el oficio de picapedrero.

VII

Luego, caballero, es un oficio muy grato al oído. Cuando estoy arrodillado delante de mi piedra, bien cortada a escuadra y colocada sobre los rodillos de madera que me ayudan a moverla a mi antojo, cuando en un rincón de la cantera, ya sea al sol en el invierno, o a la sombra en el verano, me quito la chaqueta y me alzo las mangas de la camisa, cojo el cincel con la mano izquierda y el mazo con la derecha, y me pongo a abrir una muesca o a redondear una moldura con golpecitos iguales, como el agua que cae sonante gota a gota en el pilón desde lo alto del manantial, produce mi piedra, si es muy limpia y sonora, una música perpetua que adormece el corazón y la cabeza, con la misma dulzura que el lejano tañido de la campana de la aldea. Parece que mi mazo es un badajo y mi piedra el borde de bronce de una campana. No podéis imaginar cuánto anima al trabajo ese sonido. Los soldados necesitan oír el tambor para marchar con decisión; los marineros necesitan cantar para cobrar fuerzas y tirar bien de las amarras, de las anclas o de las cuerdas del aparejo. Nosotros nada de eso necesitamos; nuestro trabajo mismo da el compás a los martillazos y canta él sólo por nosotros. ¡Ah! creedlo, es un sonido hermoso el de una losa delgada de mármol, de granito o de piedra áspera, o el de un pilón de piedra blanda, ahuecado para recibir el agua y que se pulimenta con el cincel. Parece que se oye de antemano el ruido de los pasos de los hombres piadosos que andarán por encima de la losa, y que serán repetidos por las bóvedas murmuradoras de la iglesia, o que se escucha ya el hervidero de las corrientes y espumosas aguas que han de llenar el pilón para que beba el ganado.

VIII

Luego, me diréis que es una vanidad, no lo niego, porque tarde o temprano el tiempo siempre es el tiempo. Cuando ha pasado ya, es como si no hubiese existido; pero en fin, aunque sea vanidad, si queréis, siempre siente uno cierta satisfacción en un oficio, diciéndose: «Lo que estoy haciendo aquí, subsistirá aun después que yo muera». Los que escriben libros, piensan que serán estudiados por ojos que se abrirán a la luz del día de aquí a mil veces mil años, según dicen. Los carpinteros que hacen armarios y papeleras, dicen: «Si esto se mantiene bien barnizado, cuidado y seco, durará mucho y conservará la señal de mi trabajo de generación en generación en las casas de los recién casados». Los que siembran un castaño o una encina, piensan: «Esta castaña o esta bellota que siembro, contiene aquí entre mis dos dedos más vida y más duración, ocultas bajo su delgada corteza, que las que contienen todos los hombres nacidos o por nacer en esta comarca extensa, en el trascurso de cinco o seis siglos. Sepultarán sus raíces en esta tierra, taladrarán la roca para ir a buscar su

alimento, echarán hojas, darán sombra al sitio que elijo para ellos, después que la sombra de mi cuerpo y la de veinte o treinta series de hombres, descendientes míos, hayan sido barridos de la superficie de la tierra, como esas hojas son arrastradas a sus pies lejos de aquí por el viento de noviembre». Pero ¿qué es todo eso comparado con la duración que el picapedrero da a su idea, mientras alza y baja su mazo? Decir para sí, este golpe de cincel quedará señalado en el granito, mientras la misma montaña no llegue a fundirse al fuego del último día de la tierra: esta moldura que estoy trazando, esta forma que doy a la piedra, según mi antojo, no se desgastarán, no se borrarán, no desaparecerán mientras el mundo sea mundo; la impresión de mi voluntad y de mi mano es la eternidad. Los que no hayan nacido aun dentro de mil años, al ver esta cornisa, esta moldura, esta jamba, este zócalo, esta columna, este pilón de la fuente, en que el agua se agita en continuos borbotones, dirán: «Quién haría esto». El mismo Dios cuando vuelva a llamar a sí su tierra y la dé vueltas entre sus manos al fin de los siglos para examinarla, al ver esos desgarrones de la cantera en sus montañas y las señales de la herramienta en las piedras rotas, dirá: «Un insecto ha roído mi tierra, un hombre ha tocado, ha modificado mi elemento». ¿Habéis reflexionado acerca de esto, caballero? ¿No hay en ello fundado motivo para que el picapedrero se envanezca de su oficio? Porque en último resultado, es el oficio de las cosas que no tienen fin. El óxido desgasta el hierro trabajado por el herrero; pero al granito o el pórfido rojo, de los cuales veis ahí algún pedacito entre los guijarros del manantial, ¡nada les ataca! Dicen que en un país que llaman Egipto hay montones de piedras labradas tan altas como las montañas, sin que haya podido saberse siquiera por qué, ni por quién, ni en qué tiempo fueron colocadas así aquellas piedras, unas sobre otras. Los pueblos, los reyes, los sacerdotes, los misterios, la historia y hasta los huesos, todo se ha fundido en la memoria de nuestra especie, todo ha corrido en las aguas de un río que llaman Nilo, todo ha volado con esa arena que llaman el desierto; pues bien, ¡sí, caballero! un soldado que volvió de Egipto y que me refirió eso de las pirámides, dijo que se habían descubierto canteras tan grandes como el fondo del mar, de las cuales se habían sacado aquellas piedras de sillería; que todavía se ven algunas en los obradores de cantería, que están a medio serrar por los egipcios o los gigantes de aquel tiempo, y que aun vio en un ladrillo que aquellas piedras conservaban la huella del pie y de la mano de uno de los obreros, que levantaban y formaban aquellos monumentos. ¿No es eso mucho tiempo? ¿Hay muchos reyes o reinas que pudieran haber dejado en el mundo una huella tan propia y tan duradera como la de aquel pobre obrero?

«Pues bien, me digo yo algunas veces, ¡las mismas huellas dejás tú en tus piedras!». Eso consuela al hombre de su fragilidad ¿no es cierto? y también le hace pensar lo poco que vale al lado de ese trozo de piedra que desprende con su martillo y que durará tantos siglos después de nuestro propio polvo; pero hace pensar asimismo en que el alma del hombre, que es más grande que todo eso, que todo lo abarca y que a todo sobrevive, ¡es otra obra de Dios muy distinta! ¡Y eso induce a darle gracias, a

glorificarle y a bendecirle en la brevedad y en la duración, en la pequeñez y en la grandeza! En todas esas cosas pensaba yo mientras labraba mis piedras. Además la soledad vuelve curioso al hombre. El hombre que está solo, busca la compañía de Dios. Cuando me hallaba allí, sepultado en el hueco de la montaña, después del mediodía, descansando un momento al sol, sin más compañía que mi perrillo echado encima de la chaqueta, mi corazón se elevaba como si tuviese alas; miraba por encima de los abetos el azul del cielo en que se cernían las águilas, y decía mentalmente a Dios: «¿Oís la oración del hombre que se eleva hacia vos desde la cavidad de la colina, vos Señor, que oís el ruido de las alas de la mosca y los latidos del corazón de esos mosquitos anegados en un rayo de vuestro sol?».

Y en seguida pensaba en las *Huttas*, en mi madre, en mi hermano, en Dionisia, en fin, en todo. Estaba contento, y sin embargo, también algunas veces me ponía triste, y cuando volvía a casa y mi madre me preguntaba: «¿Qué tienes?», contestaba: «¡No lo sé!» y era verdad, que entonces no lo sabía a punto fijo. Era como una sombra que se extendía sobre mi corazón y le impedía que floreciese en su primavera.

IX

Parecíame que Dionisia tenía alguna prevención contra mí. Cuando yo entraba en la casa, ella salía para ir a la fuente o al establo. Cuando la hablaba placentero, sólo me contestaba con monosílabos, como si estuviese impaciente por librarse de mi conversación. Cuando los domingos me chanceaba con ella y con mi hermano, ya no se reía con tantas ganas como en otro tiempo, sino de un modo forzado y violento. Parecía que el fondo de su mirada tenía un pensamiento oculto, y se alejaba algunos pasos para aparentar que iba a coger avellanas o flores a la orilla del barranco. Por el contrario, cuando estaban solos ella, mi hermanita y mi hermano, los oía loquear y reír como siempre. Un día que la pregunté por qué se mostraba tan seria y silenciosa conmigo y si la había dado algún disgusto sin saberlo, me dijo que no, que me quería lo mismo que a los demás, que era una aprensión mía, y en seguida me volvió la espalda, aunque sin ademán de mal humor. Nos dejó a mi hermano y a mí, salió por la escalera del pajar como para ir a echar heno a los cabritos, y permaneció allí toda la tarde: cuando bajó tenía los ojos encarnados, y dio con disimulo pan a las gallinas por debajo de la mesa, en vez de comerle alegremente con nosotros, como los demás días.

X

Al día siguiente dije a mi madre: «Dionisia me tiene mala voluntad, es preciso que me vaya de casa a completar mi aprendizaje recorriendo la Francia». Mi madre se echó a reír y me dijo: «Claudio, que simple eres para tener ya diez y nueve años. La pobre chica no sabe ella misma lo que tiene, pero yo la veo venir de lejos; te quiere mal por quererte demasiado bien. Cuando las muchachas de su edad se ríen con los mozos, es mala señal para el casamiento, pero cuando huyen, es señal de que quieren que las busquen». «¡Oh! no por cierto, respondí a mi madre; Dionisia no tiene esos fingimientos». «Pues bien, me dijo, finge tú mismo que te marchas mañana, y verás si la agrada o la disgusta». «No lo fingiré, repuse, sino que me marcharé de veras», y fui a sentarme muy triste en el brocal del pozo.

XI

Por la noche, después de cenar, dije a mi madre, a mi hermano y a mi hermanita, delante de Dionisia: «Me despido de todos vosotros, porque quiero llegar a ser un buen obrero. Mañana, antes que amanezca, me marché a recorrer la Francia». Mi hermano y mi hermana lo sintieron mucho. Mi madre me dio delante de ellos el palo con mango forrado de cuero, con clavos de cabeza amarilla, el delantal fino y las herramientas de mi padre. Arreglé mi morral delante de ellos. Cuando Dionisia vio ya que daba aceite a los zapatos de cuero, se fue al cuarto que había encima del establo, y no volvió a entrar donde yo me hallaba. Todos estaban tristes, excepto mi madre, que sospechaba no había yo de ir muy lejos.

XII

Sin embargo, me marché al día siguiente, según lo había anunciado, y al pasar por el patio, por debajo de las ventanas de Dionisia, la grité: «¡Adiós, Dionisia!». Pero nadie me contestó. Dije para mí: «preciso es que la haya ofendido mucho, para que me deje marchar así, sin desearme siquiera buen viaje». Parecía que se me pegaban los pies al suelo debajo de su ventana, como si los clavos de mis zapatos se hubieran metido en la roca. Sin embargo, bajé al fin por el sendero, lentamente, sin mirar atrás, por temor a la tentación de volver a casa, pues me temblaban las piernas como a un hombre bebido. ¡Ah! y sin embargo, no había bebido más que mis lágrimas durante toda la noche. Tenía una especie de niebla en los ojos; iba andando como a tientas; parecía que la tierra se hundía bajo mis plantas; cualquiera hubiera dicho que era de noche. Sin embargo, las últimas estrellitas que huyen del día al fondo del cielo, como las jóvenes que se están bañando se ocultan dentro del agua por temor de que las

vean, se hundían detrás de los abetos de la montaña, y el sol, al cual aun no se veía, nos veía ya por encima del Mont-Blanc.

Y sin embargo, mirad lo que es el hombre, caballero, a pesar de ir temblando y cubierto de sudor, me puse a silbar para cobrar ánimo y como para decirme: «Eres más fuerte que tus pesares y te burlas de todo». Si cualquiera me hubiese encontrado, habría dicho: «He ahí un mozo que está muy contento y que va de boda»; pero Dios habría visto una cosa muy distinta si hubiera mirado mi corazón.

XIII

Pero un ruido que oí a pocos pasos de mi sendero, en las hojas secas, tardó muy poco en obligarme a dejar de silbar. Justamente en el sitio que atravesasteis esta mañana, donde todos los senderos de la montaña se reúnen, como los arroyos en un lago, para salir del término de las *Huttes* y pasar el gran barranco que los detiene allí, donde hay un corpulento tronco de castaño podrido, echado de una a otra orilla del barranco, y que sirve de puente para salir de nuestras tierras, vi una cosa que se alzaba al pie de un árbol y que parecía cerrarme el paso del puente: «Callé y dije, he ahí un mozo que madruga mucho para llevar sus cabras al rocío, o algún mendigo que habrá encontrado cerradas todas las puertas de las granjas y habrá dormido debajo de las ramas». Pero cuál sería mi sorpresa, caballero, cuando al acercarme conocí que no era ni uno ni otro, sino Dionisia que estaba ya guardando sus cabritos, antes que hubiese claridad suficiente para que los animalitos pudiesen distinguir siquiera una zarza de una cepa silvestre, ¡o un trébol de una cicula! Me daba suma alegría volver a verla, no obstante lo dura de corazón que la creía para conmigo. Pues bien, caballero, pensad lo que queráis, pero hubiera dado no sé cuánto por no hallarme así solo en frente de ella. Me temblaban tanto las piernas que casi no podía avanzar ni retroceder. Si hubiera habido otro camino para salvar el barranco, por la derecha o por la izquierda, de seguro hubiera dado un rodeo, por no tocar su vestido al pasar, y por no oír su voz; pero no había sendero alguno. Me fue preciso armarme de valor, y seguir andando hacia la entrada del puente, como si nada hubiese oído ni visto.

XIV

Cuando estuve muy cerca de ella y alcé los ojos, fijos hasta entonces en las puntas de mis zapatos, vi a Dionisia que se había puesto en pie delante de mí y me cerraba con su cuerpo la entrada del puente. Me detuve a seis pasos de ella, sin saber lo que aquello significaba, pues no acostumbraba a llevar el ganado tan lejos, ni a sacarle tan

de mañana. Mi corazón se agitaba colérico en mi cuerpo, bajo mis costillas, como el manantial bajo la piedra cuando se derriten las nieves.

Pero apenas hube alzado la vista, al sentir su aliento junto a mí y al ver la sombra de su cuerpo proyectada por el sol a mis pies, varié repentinamente de sentimiento y mi cólera se convirtió en compasión.

XV

En el breve espacio trascurrido desde la víspera, casi no la hubierais conocido; tanto era lo que la había transformado aquella noche, pasada al sereno en la montaña. Tenía los pies mojados y ateridos de frío en la yerba, que rechinaba bajo la blanca escarcha; su saya de lana negra estaba arrugada y pegada a su cuerpo por el rocío. Sus cabellos estaban aplastados a un lado de la cabeza, como los de una persona que los hubiese tenido echados sobre un brazo, y por el otro lado se escapaban de debajo de su pañuelo, y estaban llenos de hojas secas y de tallos de musgo amarillento, como un cordero que ha pasado entre matorrales. El cerco de sus ojos estaba negro y azulado, como si alguna cabra la hubiese dado una cornada. Bajaba sus párpados y de cada pestaña colgaba una gota de agua. «¡Dios mío! dije en mi interior ¿es esa Dionisia?» se me partió el corazón de dolor y lástima. Intenté abrir los labios para darla los buenos días y despedirme siquiera de ella sin enfado, pero no pude, porque tenía oprimido el pecho. Quedé sin poder adelantar, ni retroceder, ni articular palabra alguna, como un fantasma que hubiese salido del bosque.

XVI

Pero Dionisia hizo un movimiento con ambos brazos hacia su cuello, para quitarse su cinta de terciopelo negro, que por lo general sólo se ponía los domingos, y de la cual pendía sobre su pecho una crucecita de latón dorado, que heredó de su madre después que esta falleció. Cogió la cruz con sus dos manos, y tendiéndomela, sin alzar aun la frente, me dijo con una voz que temblaba al salir de sus pálidos labios: «Puesto que os marcháis de las *Huttes*, Claudio, tened la bondad de llevaros este regalito que os hago como recuerdo mío, y pensad en mí algunas veces cuando le encontréis en el fondo de vuestro morral, al arreglarle para ir de un lado a otro. No me queréis como los demás de la casa, hace mucho tiempo que lo sé; pero no importa, Claudio, no os guardo rencor por eso, y quisiera procuraros mucha felicidad al daros lo más precioso que poseo. También tengo algunas monedas en la bolsa de cuero de mi padre, con la taza de plata que usaba para probar el vino en los lagares.

Tomad, añadió, deslizando la bolsa de cuero, la cinta y la cruz en el bolsillo de mi chaqueta; os suplico por amor de Dios, Claudio, que también os llevéis eso».

XVII

Me hallaba tan trastornado al oír que me hablaba de vos por primera vez en nuestra vida, y estaba tan sorprendido al ver que me mostraba aquel cariño en el último momento, después de haberme manifestado tanto despego en los últimos tres meses, que no supe lo que hacía, ni lo que pensaba, caballero. Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta para rechazar la bolsa y restituírselo todo. Mis dedos tropezaron con los suyos. Aquello me dio frío en todo el cuerpo y calor en el rostro, de tal modo que ya no veía; temblaba como un azogado, y al desenredar sus dedos de los míos, esforzándome para sacar de mi bolsillo el regalo que ella se empeñaba en hacerme guardar, la cruz, la cinta y la bolsa de cuero cayeron sobre la yerba entre nosotros dos.

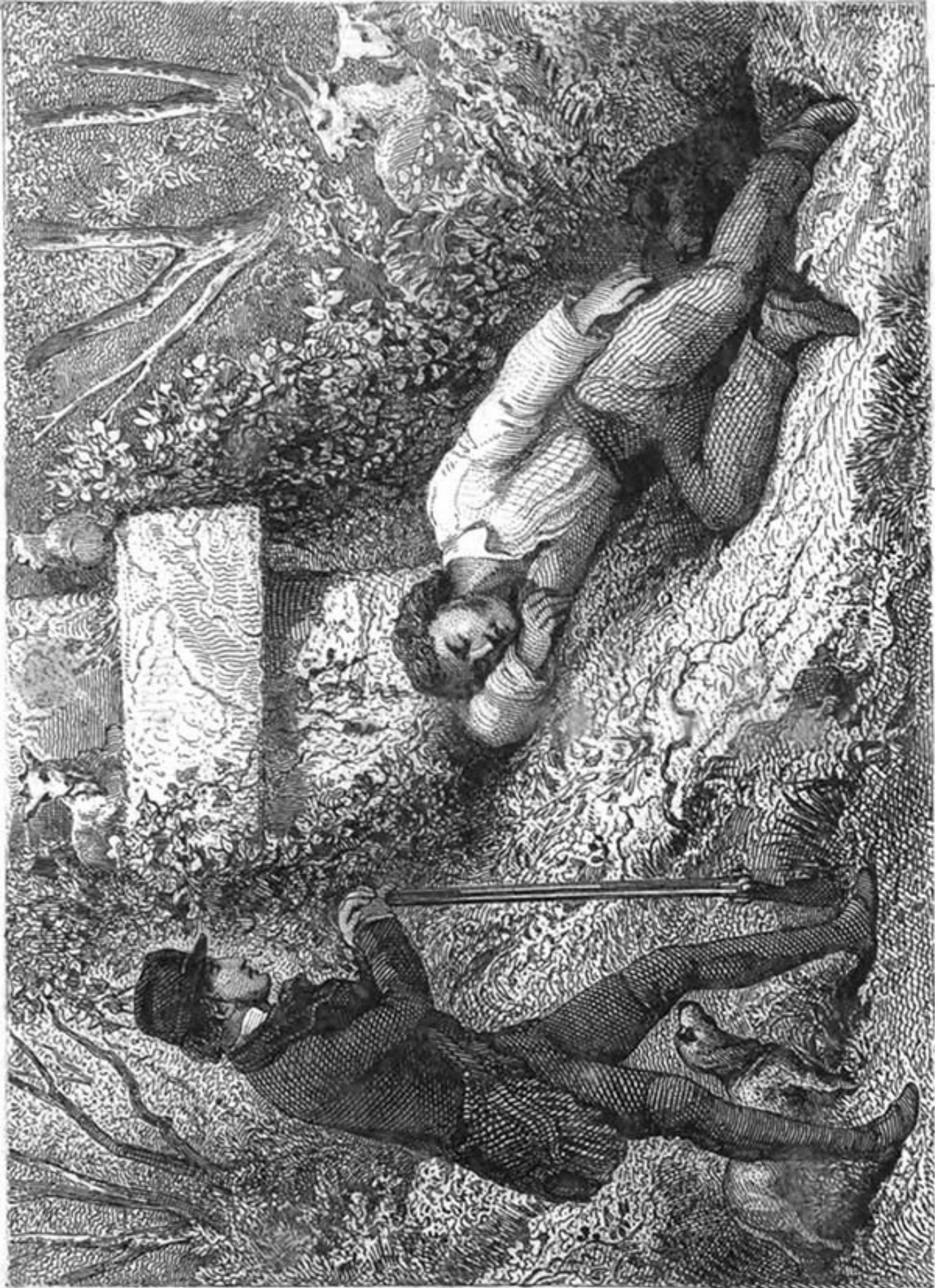
Obedeciendo a un mismo impulso, sin reflexión alguna, nos bajamos ambos uno en frente de otro, poniéndonos de rodillas para cogerlos, y nuestras cabezas se encontraron sin buscarse. Una lágrima suya, tibia como una gota de lluvia del verano, cayó sobre mi mano en la yerba. Desde luego conocí que aquello no era rocío. «¡Qué! dije en mi interior, muy trastornado ¿acaso se llora así por una persona a quien se ve marchar de la casa con gusto?». Esto me hizo fijar los ojos en los suyos al levantarlos. Justamente tenía ella la bolsa y la cruz en las puntas de sus dedos para dármelos, y alzaba también los ojos hacia mí, para rogarme con todo su corazón que volviese a tomarlos. Al verles hubierais creído que eran dos anchas flores azules de vincapervinca de la fuente, cuando al levantar Dionisia su cántaro lleno, dejaba caer agua en sus hojas. Me miraba con tanta humildad por entre aquella lluvia de sus ojos, había tantos ruegos en su mirada, fija tan pronto en el cielo como en mí, que también comencé a llorar sin saber por qué, y permanecimos allí buen rato, uno delante de otro, sollozando como unos tontos, con las manos enlazadas alrededor de la bolsa y de la cruz, tan callados como si fuéramos dos troncos de árboles.

XVIII

Al fin cobré ánimo y la dije, sin atreverme ya a hablarla de *tú* como en otro tiempo: «Según eso, Dionisia, ¿ya no me queréis mal, puesto que me dais cuanto poseéis y lloráis porque me marchó?». «¡Oh! no por cierto, dijo con viveza, pero creí que erais vos, Claudio, quien no me quería, porque ya no me hablabais con tanta

amabilidad como antes, y pensabais que yo estaba de más en la casa. Si huía de vos, era porque me figuraba que mi presencia os disgustaba. Y yo me marchaba porque creía que vos me guardabais rencor; ¡pero ahora veo que era una aprensión, puesto que mis primeros pasos para alejarme de esta comarca os han hecho madruguar tanto y os han humedecido tanto los ojos!». «No hablemos más de ello, Dionisia, le dije volviendo a ponerle el collar con mis temblorosas manos; voy a subir a casa otra vez, y a colgar mi morral junto a la chimenea». La joven dio un saltito de alegría y batió las palmas, sonriendo sus labios, mientras sus ojos lloraban. ¡Dios mío! ¡qué contentos estábamos por habernos explicado! Comenzamos a subir hacia nuestra cabaña, hablando de diferentes cosas. Mi madre, que todo lo había sospechado, salió del matorral donde había estado oculta con su niño. «¡Claudio, hijo mío!, me dijo: ¿has concluido ya tu viaje? Me alegro; ¿qué cosa mejor podrías ir a buscar al otro extremo de Francia? Puesto que os amáis ¿no valía más decirlo en seguida? os hubieran desposado antes de coger el heno». Al oír esto, Dionisia y yo nos pusimos muy encarnados. ¿Con qué nos amábamos? se dijeron secretamente nuestros rostros sorprendidos, sin hablar. «Sí, hijos míos, dijo nuestra madre, como si hubiese oído lo que nos habíamos dicho; os amáis desde que florecieron los manzanos, y yo lo conocí muy pronto desde que vi que os apartabais uno de otro, ella para ir al brocal del pozo, tú para caminar por entre las salvias, cada cual solo, como dos ovejillas que se extravían del redil. Cuando el corazón está ligero y alegre, no se sostiene así con las dos manos. Ya sabía yo que concluiríais por encontraros sin buscaros, y que todos los senderos conducen al camino. Pero nada quería decir por temor de hacer que cayese la fruta antes de madurar, y decir la palabra antes que la pronunciase el corazón. Ahora es preciso desposaros y por cierto me alegro mucho, porque eso pondrá término a todas las cuestiones con los parientes, y a todas las particiones entre las tres cabañas, que piden los hijos del recovero. Los dos patrimonios formarán ya uno solo, como vosotros dos formaréis un matrimonio. ¿No es verdad, Claudio? ¿no es verdad, Dionisia?».

Nada dijimos, ni siquiera nos atrevimos a levantar los ojos para mirarnos; pero continuamos caminando uno detrás de otro hacia la cabaña. Mi madre había dicho la verdad, nos queríamos sin saberlo.



CAPÍTULO VIII

I

—«Ahora, añadió mi madre, podéis hablaros». En nuestro lenguaje, hablarse los muchachos de distinto sexo, significa cortejarse honradamente antes de los desposorios.

Colgué mi morral de un clavo. Volví a coger mis herramientas, y bajé muy alegre por la falda de la montaña, para pasar el día en la cantera. Pero eché a perder muchas piedras. El martillo andaba tan torpe, como atolondrada estaba la cabeza. En el polvo que levantaba mi cincel veía yo la cara de Dionisia como un arco-iris. A cada momento miraba si se ponía el sol, para tener el derecho de dejar mi trabajo, y subirá verla otra vez en las *Huttes*. Parecíame que Dios había clavado el sol en medio del cielo, y que nunca volvería a bajar hacia el lado del castillo.

II

Cuando por la noche volví a la cabaña, mi madre había contado ya a mi hermano Graciano y a mi hermanita Ana, que quería desposarnos dentro de cinco semanas a Dionisia y a mí, para que juntásemos las dos mitades del campo de las retamas, del cercado de las piedras y de los corpulentos castaños, cuyo fruto correspondía por mitad al recovero y a nosotros, según que las ramas colgaban del lado de sus tierras o de las nuestras, lo cual ocasionaba algunas cuestiones entre las dos líneas de la familia. «Y luego, pobre hijo mío, añadió mi madre dirigiéndose al ciego, también por ti deseo esa boda, porque casada ya Dionisia en casa, no correrá peligro de que la soliciten los mozos del valle, como ha sucedido ya más de una vez, ni de que se marche de las *Huttes*. Muerta yo y ausente para siempre Dionisia ¿qué sería de ti? ¿quién te daría la mano para guiarte por los senderos?». Esta noticia había regocijado mucho a mi hermano y a mi hermanita. Mi hermano decía: «¡Qué felicidad que Dionisia no se vaya ya de casa! Ahora estoy seguro de tener siempre mi sol ante mis ojos». Mientras cenábamos, hablamos alegremente de los desposorios toda la noche. Todo era alegría en las *Huttes*. Dionisia estaba llena de júbilo, iba y venía de una parte a otra, y nunca se había mostrado tan solícita para cortar el pan a mi pobre hermano y para divertir a Anita. Llamaba a sus gallinas en el corral y a sus palomas del tejado, con una voz que nunca la había yo oído. Se convino en que nos desposarían al día siguiente de la Pascua de Pentecostés. Mi madre bajó al valle a

convidar a los parientes, a hablar al notario y avisar al sacristán, para que repicase las campanas aquella mañana.

III

Desde aquel momento Dionisia y yo comenzamos a hablarnos, como se dice por aquí. Es decir, caballero, que cuando ella ordeñaba sus reses, la acompañaba yo al establo y sujetaba la cabra por las astas, mientras Dionisia estaba de rodillas en la hoja seca y alzaba hacia mí su rostro sonriendo; llevaba sobre mis hombros su haz de heno o de retamas, cuando por la noche o al mediodía regresaba del prado o de las tierras, mientras ella caminaba con los brazos desocupados y se divertía en comer los cascabelillos silvestres, olvidados por los pájaros durante el invierno, o en coger gordolobos o amapolas.

Los domingos y días de fiesta se ponía más a menudo su vestido galoneado y sus zapatos, y bajábamos los dos solos hasta la tienda situada cerca de la iglesia, en donde solíamos comprar un plato, una plancha, un cuchillo, un ciento de alfileres o una vara de tul negro, para cuando estuviésemos casados. En el camino nos divertíamos en apostar a quien corría más por las pendientes de yerba resbaladiza de la montaña, a quien saltaba mejor las sangrías que se hacen al riachuelo para regar los prados, o descubría el guijarro más reluciente dentro del arroyo, o la flor más fina bajo el césped, o el nido más bonito en los matorrales. Algunas veces caminábamos agarrados de la mano, sin decirnos palabra, como dos niños que vuelven de la escuela.

He ahí lo que entre nosotros se llama hablarse, según os dije antes.

IV

Por lo general nos sentábamos, apartados de los demás, sobre las rocas en que el musgo caliente mostraba al sol su color amarillo, allí en la orilla del barranco profundo, cuyas aguas oíamos correr entre las piedras y murmurar: ¡Ay Dios! como aun murmuran hoy día, caballero. Eso nos hacía meditar, como Dionisia decía a mi madre. El sol allá arriba en mitad del cielo; la noche sombría, allá abajo; en el fondo, a nuestros pies, en el barranco, la orilla del precipicio sobre el cual se inclinaban esas ramas de árboles, las cuales parecían mirar lo que había dentro de él, como si sus hojas tuviesen ojos; los mirlos que se lanzaban a volar desde los nidos, con un ruido que asusta a las muchachas; los pinzones que gorjeaban en el cerezo, o las alondras cerniéndose en el espacio azul; las lagartijas que nos miraban desde las rocas; el

rumor de nuestras respiraciones que se oía con suavidad, cuando los pájaros permanecían silenciosos y que nos recordaba que éramos dos: he ahí, caballero, como pasábamos la mayor parte del tiempo: ¡oh! ¡las horas más hermosas del verano! durante las semanas en que habíamos de hablarnos. Y luego, cuando las sombras se extendían, nos volvíamos a casa con paso casi tan lento como el que parecían llevar las mismas sombras, al avanzar sobre la pendiente de la montaña. No habíamos andado, caballero, sino que habíamos estado sentados toda una tarde, y sin embargo, parecía que no podíamos levantarnos de aquellas rocas, y arrastrábamos por el suelo nuestros pies, tan lentos y tan cansados, como si lodo el día hubiéramos estado arando o escardando al sol.

V

Es preciso decirlo todo: ya no era yo el mismo jornalero que antes en mi taller de cantero, ni ella tan buena trabajadora en casa. Bajaba tarde a la cantera, subía de ella temprano, y trabajaba sin grande ahínco. Fastidiábame ya estar solo, a mí que tanto me había gustado en otro tiempo no ver moverse en torno mío más que mi sombra. Dionisia, por su parte, tampoco era precisamente la misma en el campo, en el establo, junto al hogar. Pasaba mucho más tiempo peinándose en la ventana, delante del espejo que yo la había comprado. Se lavaba con más frecuencia los pies, las manos y la cara en el pilón de la fuente, cuando el polvo del heno o de la cebada trillada en el granero, se adhería algún tanto a su piel. Sus camisas de tosca estopa estaban mucho mejor plegadas en el pecho, desde que yo la había dado una plancha, y algunas veces se complacía en que la pusiese entre sus cabellos algunas flores blancas silvestres. «¡Oh! si pudierais verla, ¡qué hermosa está con su flor de zarza!» decía Anita al pobre ciego, y le describía la hermosura de su prima, y le explicaba que las flores de zarza brillaban como una estrella en la cabellera de Dionisia, y que las colgantes hojas proyectaban graciosas sombras en sus mejillas.

VI

Parece que a Dionisia se la hacían también muy largos los días en casa, como a mí en la cantera, porque a la sazón, antes de que se oyera el toque de mediodía en el campanario de Saint-Point, cogía su cesta de mimbres, en cuyo fondo ponía un mantel pequeño de estopa, y ella sola iba a llevarme el pan, la leche, la manteca y la sal a la cantera. Ya no temía encontrarme, ni aun estar a solas conmigo en el fondo de la cantera o en el subterráneo. Pero no quería yo que bajase allí, por temor de que se

cortara sus hermosos pies descalzos en los agudos pedruscos que había desprendido mi piqueta. Tan luego como la oía aproximarse, salía a la orilla, cogía la cesta, e iba a sentarme a comer en la parte más alta de la cantera, bajo el corpulento y frondoso abeto cuyas raíces descubiertas colgaban a lo largo del precipicio, como serpientes agarradas por la cabeza al tronco y que dejaban ondear sus colas. Entonces sacaba ella de la cesta las provisiones, extendía sobre la yerba el mantel de lienzo ordinario, y permanecía allí de pie, arrimada de espaldas al árbol, mirándome comer y beber. En vano la decía: «Sentaos, Dionisia, y comed un pedazo de pan conmigo». Se reía y contestaba: «No, eso era bueno cuando no nos hablábamos todavía y sólo era yo vuestra prima; pero ahora que soy ya vuestra prometida, y seréis muy pronto mi dueño, debo serviros y no sentarme a comer a vuestro lado».

Tal es la costumbre del país, caballero, y nada podía yo replicar; pero me vengaba aparentando que dejaba caer un pedazo de pan al suelo, para tocar con mis labios, y como por casualidad, las puntas de sus pies. Ella los retiraba llena de rubor. He ahí como pasábamos el tiempo.

VII

¡Ah! ¡éramos tan felices, que sólo pensábamos en nosotros! Tal suele ser la costumbre general. Dionisia no reparaba que, durante aquellas ausencias de la casa y nuestros prolongados paseos por las peñas, o nuestras meditaciones a orillas del barranco, el pobre Graciano, que hasta entonces había estado tan unido a ella como el galón de su delantal, solía quedarse solo con Anita o con el perro. Permanecía donde le había dejado, tan pronto sentado al sol sobre una piedra en el patio, como en la yerba debajo del membrillero, sin atreverse a ir por sí solo donde nosotros nos hallábamos, porque comprendía perfectamente, sin que nosotros se lo dijésemos, que nos gustaba más estar solos que en presencia de un tercero, y también porque hablábamos más bajo cuando él estaba junto a nosotros. Verdad es que siempre le decíamos algunas palabras amistosas, al ir o volver, y él nos contestaba con cariño y dulzura, pero de todos modos veía confusamente por vez primera que ya estaba de más para Dionisia.

VIII

Hablaba todo lo que podía con Anita, a quien de este modo intentaba detener siquiera junto a sí. Por ella fue por quien supimos lo que decía: «Quédate conmigo, Anita mía; ya ves que ahora Dionisia no nos necesita, ni a ti, ni a mí. Ya no es como

antes, ni tú ni yo somos ya bastante buenos para ella. Siempre tiene que estar en la cantera, en los avellanos, o en el arroyo con Claudio. Ya ves, es muy justo. Se aman, están desposados, van a casarse, y ahora tienen otros cuidados más importantes que el de pensar en nosotros».

Y Graciano volvía su semblante para que la niña no viese las lágrimas que caían de sus ojos privados de luz y que rodaban por sus mejillas. La misma niña se ponía triste con la tristeza de su amigo Graciano, pero también se veía obligada a dejarle para ir a llevar las cabras al pasto, porque Dionisia no tenía ya tiempo, ni gusto para hacerlo como antes. ¿Qué diría la gente si se viese a una hermosa mocetona como ella, próxima a desposarse, guardar las cabras todo el día, sentada en una roca, hilando su rueca? Eso estaba bien cuando era niña, o cuando fuese vieja. La gente para ella era yo. Se habría sentido humillada a mis ojos. Ya no hacía más que trabajos de labranza desde que se creía esposa de su primo. Estaba tan llena de sentimientos afectuosos para mí, que involuntariamente olvidaba un poco la labor. Pero también, caballero, he de confesarlo, yo no veía más que a Dionisia, en mis ojos, en mi corazón, en mis sueños por la noche, en mi trabajo durante el día, en mí, y fuera de mí. Parecíame que el mundo entero, cielo y tierra, había entrado en mí con ella, y que fuera de ella y de mí nada había vivo. ¡Ah! ¡qué mal hacíamos, caballero, en cifrarlo así todo sólo en nosotros dos, en sentir de tal manera nuestro bien, que casi no nos apercebíamos del mal ajeno, y que bien me castigó Dios por ello!

Cuando más se acercaba el día de los desposorios, menos nos separábamos uno de otro.

IX

Algunas veces permanecíamos juntos largo tiempo después de anochecido, hablando cariñosamente bajo el membrillero, cerca de la casa, al lado del brocal del pozo, después que yo la había sacado su cubo de agua. El fuego del hogar, encendido por mi madre, brillaba hacía tiempo por los vidrios o las rendijas de la puerta, y aun no podíamos resolvernó a entrar en casa. Era preciso que la niña fuese a llamarnos dos o tres veces para hacernos ir a cenar. Calculad como estaría Graciano; hecho un alma en pena, con los pies en los morrillos, el rostro oculto entre sus manos, sin oír más que el chisporroteo de las retamas en el fogón, y el ruido de las almadreñas de la madre que traginaba de un lado a otro por la casa. ¿Dónde estaban la suave voz y la risa amistosa de su querida Dionisia? Desde su desgracia todo era noche para él; pero desde mi ventura lodo comenzaba a ser silencio también en torno del pobre muchacho. Destrozábase su alma y nosotros no lo sospechábamos. Puesto que estábamos tan contentos ¿no habían de estarlo todos? Qué razonamiento ¿no es verdad? Sin embargo, es siempre el de los corazones felices.

X

Un domingo por la noche nos habíamos retrasado más que los otros días, porque era justamente el último domingo anterior a aquel en que debíamos ser desposados, y nos decíamos: «¡Ocho días todavía, Dionisia!». «¡Todavía una semana, Claudio!». Nos sentíamos tan felices con aquella ventura, nunca vista tan de cerca y que se aproximaba incesantemente, sin que nada pudiese detenerla ya, que casi no podíamos andar para volver a la cabaña. Hacía calor, como si el viento saliese de la boca del horno cuando se ha caldeado por la mañana con haces de yerba aromática. Había delante de las estrellas leves nubecillas, parecidas a grupos de corderos. Las mirábamos sin hablarnos. Sin reparar en lo que hacíamos, habíamos ido muy arriba, por encima de aquella roca, hasta el sitio en que la quebrada, cortada perpendicularmente, se abre como un pozo entre las orillas de arena rojiza, y en donde habíamos puesto un seto de espinos secos, entre los troncos de los árboles, para impedir que las reses cayesen al precipicio. Dionisia estaba de pie, arimada de espaldas a un tronco de haya blanca, y yo me hallaba a seis pies de ella, en pie también, abrazado al tronco de un tierno castaño y apoyando mi cabeza en su corteza. Lo que pensábamos de aquel modo, descansando en frente de nuestras tierras y apoyados en nuestros árboles, al grato reflejo de las estrellas y pudiendo oír latir nuestros corazones, sólo el viento lo sabe. Lo que hablábamos, una palabra en cada cuarto de hora, sólo las hojas podían decirlo; pero lo que sé es que no pensábamos en regresar a casa. ¿Acaso se siente pasar el tiempo, caballero, cuando el corazón detiene su movimiento moral, y no dice ya qué hora es por ninguna pena, ni por ningún deseo?

XI

Así, pues, ya no sabíamos la hora que era. Pero parece que eran cerca de las doce de la noche, y que mi madre y Graciano, viendo que no volvíamos a casa a pesar de ser tan tarde, habían sentido violenta inquietud. En cuanto a nosotros, estábamos tan silenciosos y tranquilos, que oíamos hasta el ruido de las hojas. Pero de pronto, por el lado opuesto a aquel en que nos hallábamos, oímos un ruido leve de un palo que golpeaba en las ramas, como para hacer que los pájaros echasen a volar fuera de los nidos; luego un ruido de pasos en la yerba, un grito terrible, y en seguida el golpe de una cosa, o de una persona que caía como una piedra grande al fondo del agua, ¡a sesenta pies más abajo de los árboles! ¡Luego, nada más, caballero!

XII

Dionisia se arrojó hacia mí, lanzando también un leve grito de miedo, y yo me precipité hacia ella. En seguida le ocurrió una idea: «¿Será el ciego?». Corrí delante de ella a buscar a seis pies de allí la entrada del sendero en forma de cornisa, que mi padre había hecho en su tiempo a mi madre, para que bajase sin peligro al fondo del abismo a lavar los corderos. Dionisia me seguía, sujetando mi chaqueta con una mano y agarrándose con la otra al musgo y a la hiedra que había en la pendiente. Al acercarnos, oíamos un ruido de brazos que se agitaban en el agua, poco profunda, y un gemido ahogado como el de una persona que no puede respirar.

—Graciano, Graciano mío ¿eres tú? le gritó Dionisia.

Ya tenía yo en mis brazos, caballero, a mi pobre hermano medio muerto: ¡era él!

...

Le colocamos a la orilla. Recobró el sentido y el uso de la palabra, pero querréis creer, caballero, que, en vez de dar gracias a Dios y a nosotros, dijo a media voz, creyendo que no le oíamos. «¡Qué desgracia!». No se sabía a punto fijo si hablaba de la desgracia de haber caído, o de la desgracia de que le hubiesen sacado. Esto me inspiró más tarde la sospecha de que hubiera querido destruirse no pudiendo soportar ya su aislamiento; aunque acaso se habría caído también involuntariamente buscándonos y tomando un árbol por otro. Cuando al día siguiente hablé de ello a mi madre, me puso un dedo en los labios y me dijo: «¡Nunca creas eso, Claudio! ¡se ofendería a Dios sólo con pensarlo!».

XIII

No se había roto miembro alguno el pobre Graciano, pero estaba tan aturdido, y tenía todo su cuerpo tan magullado por su caída al fondo del abismo, que no podía hacer movimiento alguno para ayudarnos algún tanto a sacarle del agua y hacerle subir por los escalones a las escarpadas orillas. Me le eché al hombro, como hacía con algunas piedras en la cantera. Dionisia le sostenía la cabeza por detrás de mí. Así subimos hasta los árboles de la parte alta, nos le llevamos a casa, desmayado y aterido de frío, y le acostamos en el establo, entre los carneros que le calentaron con sus cuerpos y con su aliento. Mi madre, Dionisia y Anita, lanzaban gritos desgarradores, como si el lobo se hubiese llevado los corderos. Todo era desolación y confusión en la cabaña. Al fin, el calor del establo y los abrazos de las mujeres, hicieron que Graciano volviese completamente en sí. Dijo que viendo a su madre tan inquieta por nuestra prolongada ausencia, había ido a la orilla del precipicio a buscarnos, y que habiéndose equivocado de sendero, le faltó tierra y rodó hasta el fondo del abismo.

Sin embargo, si efectivamente hubiese ido a buscarnos, sin duda habría dado voces para que desde lejos, en medio de la noche, le oyéramos Dionisia y yo. Pero no habíamos oído voz alguna antes del ruido de su caída, y por lo tanto no había gritado. Esto aumentaba más y más mi sospecha de que el desventurado se había arrojado al precipicio con deliberado propósito, por no poder sobrellevar el aislamiento en que iba a dejarle mi boda con mi prima.

XIV

Dionisia, por su parte, parecía también tener tan arraigada la misma sospecha, que al día siguiente, cuando amaneció y volvimos junto al ciego, que aún estaba acostado en el establo con una calentura violenta, la joven se puso encarnada como la grana, y luego se quedó pálida como un cadáver al oír mi voz. No alzó los ojos hacia mí, y mi presencia pareció darla un golpe mortal en el corazón. Cuando quise acercarme a ella, al cruzar por el corral, me dijo en voz baja: «¡Ah Claudio, qué desgracia! ¡Y pensar que yo la he causado por haberme complacido demasiado en encontrarme con vos a todas horas, y por haber abandonado demasiado a vuestro hermano en su desgracia y su pesar! La madre me ha acusado de ello durante toda la noche, mientras Graciano, abrasado por la calentura, deliraba a voces en el establo y le dábamos de beber. ¡Dionisia!, gritaba, ¡Dionisia! ¡ella es quien me mata! ¿Por qué ha iluminado mi camino con su mano durante toda mi vida, si después debía abandonarme en mi triste noche en la montaña? ¿Qué será de mí cuando mi madre haya muerto y Dionisia esté todo el día ocupada en las faenas de su casa, en cuidar de su marido y de sus hijos...? ¡Oh! ¿por qué me han sacado del precipicio? ¡Que vuelvan a arrojarme a él, madre mía! ¿A qué sacarme, puesto que nunca he de ver ya el día, ni con el sol, ni con sus ojos...?». Y la madre al oír esto me decía «¡Desventurada! ¡tú eres quien has hecho esto! ¿Qué necesidad tenías de estar todo el día colgada de la chaqueta de tu novio, o siguiendo su sombra, sin pensar ya en el ciego lo mismo que si no existiese? ¿Para esto te lo habíamos confiado Dios y yo?».

«¡Tiene razón, Claudio, somos muy culpables por haber pensado tanto vos en mí y yo en vos, que ya de nadie más nos acordábamos! ¡Es preciso castigarnos, porque si no Dios nos castigará!...».

XV

Al oír estas palabras sentí en mi corazón un estremecimiento de terror, e hice seña a Dionisia de que callase, como si el miedo diese margen a que yo adivinara lo que

quería decirme. De pronto entreví mi desgracia, pero no me atreví a confesármela a mí mismo, temiendo mirarla de cerca y cerrando mis ojos y mi corazón, como cuando iba a la orilla del precipicio, e inclinándome para mirar el fondo retrocedía asustado.

Dionisia y yo nos miramos estrechándonos las manos y llorando; en seguida entramos en el establo.

Graciano continuaba calenturiento y muy débil, pero el día y el aire puro de la mañana le habían aliviado algún tanto. No daba ya gritos y parecía que procuraba fijar en nosotros sus ojos de ciego, tan cariñosos y tan llenos de lágrimas que daban compasión. Dionisia se acercó a él, cogióle la mano y le dirigió palabras tan tiernas, que el pobre Graciano comenzó a sonreír y pareció tranquilizarse. Y yo entonces, algo tranquilo por su mejoría, le dejé para irme al trabajo.

Bajé a la cantera algún tanto sereno, y me puse a trabajar con todas mis fuerzas para aturdir mi pena; pero me paraba con frecuencia en medio de mi faena, agitado por tristes pensamientos que bullían en mi mente. Renunciar a Dionisia, me desesperaba. Decíame: «eso es imposible, Graciano se pondrá mejor; la calentura es la que le ha hecho hablar; eso se pasará con la enfermedad; luego cuando esté ya curado no le volveremos a abandonar Dionisia y yo; ella se estará a su lado mientras yo esté trabajando, y los domingos ambos le acompañaremos». En fin, caballero, procuraba consolarme un poco. En mis reflexiones alternaban la esperanza y el desaliento; unas veces prevalecía éste, otras aquélla, y a pesar de todo, por la noche subía a las *Hutttes* un poco más animoso.

Pero el estado de Graciano destruía mi esperanza. Enflaquecía de un modo visible, y todo su pobre cuerpo se desmejoraba; los cuidados de Dionisia nada conseguían. Entonces, no obstante mi deseo, vi muy a las claras que no era sólo el cuerpo el que estaba enfermo, sino que el mal residía principalmente en el corazón.

La calentura empeoraba de día en día; todas las noches le daba con mayor fuerza y le hacía delirar. Entonces volvía Graciano a llamar a Dionisia, siempre a Dionisia, y yo lloraba al lado de nuestro pobre ciego, como todos los de la casa, y decíame con la mayor tristeza: «¡Al fin será preciso hacer el sacrificio en su favor!».

Así pasé dos meses luchando entre mi pesar y mi deber; resignado un día, desalentado al siguiente, y no pudiendo resolverme a renunciar a Dionisia. En vano me suplicaba mi madre diariamente, cedía yo un momento enternecido por sus lágrimas y por el padecimiento de Graciano, y luego me resistía. En vano pedía a Dios que me diese fuerzas y energía, nada conseguía. Ya no trabajaba y permanecía en la cantera con los brazos colgando y la vista fija con tristeza en las *Hutttes*.

Había pasado así muchos días, cuando una noche, al salir de casa, oí sonar la campana de Saint-Point, que también hace sentir al corazón la idea de Dios. Me hallaba tan enternecido por mis pensamientos de todo el día, que al oírla me llené de compasión. Llorando lágrimas ardientes, recé pensando en Graciano, en mi hermano enfermo, en mi resistencia prolongada, en su enfermedad y pesadumbre, y en lo que

afligía a toda la casa. Díjeme que hacía mal en retrasar así su curación, que era preciso renunciar a Dionisia, y que Dios lo quería.

Llegué a las *Huttes* dispuesto de este modo a cumplir mi deber, cuando en el corral encontré a Dionisia, que parecía estar aguardándome: «Claudio, me dijo, Graciano continúa sufriendo; temo que Dios nos maldiga si le dejamos desmejorarse de esa manera. Es preciso salvar a nuestro hermano ciego. Tenéis buena vista, sois muy apto para ganáros la vida con vuestros dos brazos, y no os faltarán en la comarca muchachas con quien casaros; ¡todos os aprecian como buen trabajador y como muchacho honrado! Vamos, procurad dejar de pensar en mí, pero es preciso que yo me quede aquí para cumplir mi deber, para servir de criada a la madre y de hermana o de... ¡a Graciano!». ¡No pudo pronunciar la palabra esposa!

Prorrumpió en llanto, y huyó al pajar para estarse llorando todo el día. Se la oía sollozar desde la casa, por las rendijas de las paredes.

Entonces vino mi madre a su vez, y me dijo: «Claudio, te había anunciado que era preciso desposarte con Dionisia».

Creí que esa era la voluntad de Dios y la felicidad de la familia; pero ahora veo que sería una falta que Dios castigaría, y que labraría la desgracia del que ya es el más desdichado de todos, ¡de mi pobre Graciano! Mira, ¡ama a Dionisia tanto como tú, y acaso más, porque la muchacha para ti no es más que un placer y para él es su luz! ¿Qué quieres hacer? ¿Quieres que tu hermano no tenga ya durante toda su vida un guía para dirigir sus pasos por el buen sendero, y que a cada momento se caiga en los barrancos de los caminos, en los de su corazón? ¿Quieres estar oyendo siempre ahí, sólo en el rincón del hogar de la casa, a un desgraciado, cuya respiración será una reconvencción eterna a tu dureza para con él? Lo repito. ¿Qué quieres hacer?

—«Quiero hacer lo que me mandéis, madre mía, cueste lo que cueste. Quiero más a Dionisia que a las niñas de mis ojos, ¡es verdad! pero prefiero la paz de la casa, la obediencia a vuestra voluntad y la gracia de Dios, a mí misma felicidad. Así, pues, madre mía, mandad y haré sin murmurar lo que digáis».

—«Pues bien, ¡vete! ¡vete!, dijo echándome ambos brazos al cuello y sollozando apoyada en mi hombro; ¡vete, pobre Claudio mío!». Y sin embargo, me detenía estrechándome contra su pecho. Al alzar la vista hacia la ventana del henil, vi a Dionisia que todo lo había presenciado y oído, y se estaba enjugando los ojos con la punta del delantal. Oí las palabras: «¡A Dios, Claudio!» al través de la tela y entre sus sollozos. No se dijo una palabra más, caballero, eché mano de todo mi valor, cogí del clavo mi morral y bajé por la montaña sin volverme, por temor de no poder arrancar los pies de ella, o de distinguir el humo de las *Huttes*. He ahí lo que pasó, caballero. Tres meses después, Dionisia se casó con el ciego por pura obediencia. No volvió a pensar en mí, y fue buena esposa para Graciano.

CAPÍTULO IX

I

YO.—¿Qué fue de vos Claudio, después de ese golpe tan cruel?

ÉL.—Yo, caballero, en aquel mismo día comencé mi viaje por Francia.

YO.—Referídmele sino os sirve de molestia, y si el sol, que va declinando, nos da todavía tiempo suficiente.

ÉL.—¡Oh! eso pronto se cuenta. Ya no estaba yo conmigo mismo en el sitio en que me hallaba, sino que estaba por entero allí donde no se veía mi presencia. Mi cuerpo iba y venía por aquellos países, pero mi corazón y mi alma se habían quedado en la montaña, en donde residían Dionisia, mi madre, Graciano y Anita. El resto del mundo me importaba muy poco. Pero entonces sí que comencé a pensar más, y casi siempre en Dios. Aquel sacrificio que me había visto obligado a hacer de toda mi felicidad terrenal, me había enternecido el alma, y vuelto mi corazón hacia allá arriba, por decirlo así. El Señor me recompensaba, haciéndome comprender, a mí, pobre ignorante, que su amor podía llenar todavía un corazón vacío. Luego me dije: «Puesto que tu madre te ha mandado que hagas el mayor sacrificio en favor de tu hermano el ciego, todos los que puedas hacer en favor de los demás te serán muy fáciles y llevaderos. Pues bien, haz cuantos se te presenten en tu camino. Dios te premiará también, no en este mundo, puesto que nada puede darte ya, ahora que te ha quitado a Dionisia, sino en la otra vida».

II

Dicho esto, caballero, anduve durante siete años de pueblo en pueblo, de taller en taller, con mi cincel y mi piqueta, pidiendo trabajo donde lo había, y perfeccionándome en mi oficio, hasta donde podía lograrlo un pobre muchacho, harto crecido ya para aprender a leer, a escribir y a trazar en un papel perfiles con lápiz. En cuanto a la piedra, era distinto: la doblaba y desdoblaba como si fuese un pliego de papel. Los maestros me querían, y también los compañeros, porque era fiel para aquellos, y en lo posible servicial pava todos.

III

Desde aquel momento adopté la resolución de no ganar sino lo estrictamente necesario para pagar mi sustento, mi ropa, las composturas de mis herramientas y mi hospedaje en las aldeas, en los talleres o en las casas en que ejecutaba alguna obra. Lo único que hacía era callarlo, por temor de que me tomasen por un hombre que quería singularizarse. Tomaba de mis maestros el importe de mis jornales, lo mismo que los demás; pero enseguida, cuando veía a un compañero que había envejecido, o enfermado, o que estaba cargado de hijos; o cuando uno de los trabajadores jóvenes tenía que mantener con su martillo a sus padres y a sus hermanos; o por último, cuando a uno de ellos le sucedía una desgracia, o padecía una enfermedad, o se veía obligado a ausentarse, trabajaba yo por ellos en el taller, hacía su obra, y ellos cobraban el importe de sus jornales como siempre. En todos los talleres de cantero me habían puesto por apodo el *sustituto*, y si alguno tenía que descansar un día, se dirigía naturalmente a mí y me decía: «Vamos, Claudio, mañana hace falta un buen muchacho en mi lugar». Y yo iba a trabajar por él, caballero.

IV

Me diréis: «¿Por qué habíais renunciado de ese modo a vos mismo, y gastabais vuestras herramientas, vuestro tiempo y vuestra juventud sin pensar un poco en el porvenir?». Voy a explicar el por qué, caballero.

Al perder la esperanza de casarme con Dionisia, adopté la firme resolución de no casarme jamás, porque hubiera dado vuelta a la Francia diez veces seguidas sin encontrar otra mujer que fuese para mí como Dionisia. ¡Qué queréis! Aun cuando hubiese otras tan amables y más hermosas, nunca eran ella. Éramos como dos granos de la misma paja. Todos los demás granos de la gavilla pueden ser tan buenos; pero sólo aquellos se encuentran, se ajustan y se conocen en la espiga. No teniendo a Dionisia en el mundo, ya no había más mujeres para mí. Todas las que veía pasar los domingos, que iban a los bailes o a las iglesias, me hacían decir mentalmente: «¡No es así Dionisia!». Se me había quedado en los ojos como un grano de arena que hace ver mil estrellas, pero que también hace llorar. «Puesto que has hecho ese sacrificio en aras del pobre ciego y de la paz de la casa, decía para mí, ¡bien puedes hacer otros durante toda tu vida!». Y en verdad, lo poco que entonces hacía en favor de los pobres, nada me costaba; cuando se ha dado el corazón que se tiene en el pecho, nada cuesta dar el brazo o la mano.

Además, tenía por recompensa el cariño de todos en los talleres.

Así empleé siete años en correr toda la Francia, y cuantas veces sentía la tentación de volver a ver la montaña y el valle de Saint-Point, me dirigía por un camino que me alejaba cada vez más.

V

—Pero ¿qué os consolaba en vuestro alejamiento, en vuestro aislamiento y en vuestras pesadumbres? dije a Claudio. ¿Recibíais noticias de vuestra madre y de Dionisia? ¿Las escribáis? ¿Teníais algún amigo con quien hablar de las *Huttes*, de vuestra infancia, de vuestro amor, de vuestra desgracia?

—No señor, nadie me escribía, ni yo escribía a nadie, porque ninguno de los de la familia sabíamos leer ni escribir.

Nunca hablaba de *ella* ni de mí, ni siquiera sabían de qué montaña era yo procedente. Me mostraba placentero con todos los compañeros, sin manifestar particular afecto a ninguno de ellos, a no ser que alguno se hubiese caído de la escalera, o roto algún miembro trabajando. Y sin embargo, ¡tenía un amigo que me sostenía y me consolaba en todos mis pesares! dijo alzando imperceptiblemente sus ojos hacia el sol que declinaba, para mirar a otro que no era yo.

—Ya me contaréis eso el domingo próximo, ¿verdad, Claudio? le dije levantándome para marcharme. Bastante me habéis dicho ya para entristecerme durante toda la semana.

—¡Oh! caballero, ¡nunca debe uno estar triste! repuso con una sonrisa placentera que formaba singular contraste con su narración, con su soledad, y con las verdes sepulturas desparramadas bajo nuestras plantas en torno suyo. Nunca debe uno estar triste, porque la tristeza quita la fuerza a los brazos, y luego es tan poca cosa la vida que no merece siquiera que se detenga uno a llorar por ella. Creed, caballero, que todo concluye bien, estad seguro de ello. Todo consiste en aguardar uno su hora aquí abajo o en el otro tiempo.

—¿Qué llamáis el otro tiempo? le dije.

—El que nunca concluye, contestó.

Nos separamos como dos amigos que con una mirada se han dado cita al despedirse.

CAPÍTULO X

I

Quería yo a aquel pobre hombre, y él me correspondía, a pesar de serle yo tan inferior en filosofía, en comprensión de las cosas sobrenaturales, en desprendimiento, en resignación, y no obstante hallarme sepultado en esa corriente de los pensamientos humanos por encima de los cuales brillaba él sin sospecharlo, cual la pelada cima de una montaña por encima de la niebla. Sin embargo, había cierta comunidad entre nosotros dos: la sensación de la divinidad en la naturaleza. Este era el imán que me atraía a las *Huttes*, y que hacía que Claudio sobrelleva mis prolongadas visitas. Ocho días después subí de nuevo a su retiro.

Le hallé ocupado en recoger un enjambre de abejas que abandonaba su colmena. El enjambre se iba revoloteando, a la vez queriendo huir y quedarse en el cercado. Parecía luchar entre dos instintos contrarios: uno de libertad y otro de pesar. Claudio cogió el enjambre con las dos manos cuando se hubo posado en un ciruelo, y sin que le picase, le colocó dentro del tronco de un abeto que había ahondado y preparado para sus abejas.

—He ahí otra familia nueva que me ha llegado esta semana, caballero, me dijo. No ha venido sin que alguien la haya llamado y dicho la hora oportuna. Ved, añadió, y me mostró unas veinte plantas de pipirigallo en flor; la mesa estaba puesta para todos estos convidados al banquete de Dios, ¿verdad?

—Y también la casa, le dije señalando al tronco de árbol preparado y colocado por él sobre dos piedras. Pero, decidme Claudio, ¿cómo sacáis vuestro rostro intacto y vuestras manos ilesas de esa nube de aguijones volantes, que a mí me pincharían con mil y mil dardos?

—Es que me conocen de madres a hijas, de colmenas a enjambres, y aun antes de salir al sol por vez primera. Parece que su madre o Dios les dice de antemano: «No hagáis daño a quien bien os quiere». Se cree que los animales no reciben educación, pero es un error, no lo dudéis. ¿Por qué las bandadas de cornejas dejan que se les acerque el que lleva al hombro la reluciente reja de un arado, y echan a volar huyendo del que lleva una escopeta debajo del brazo? ¿Creéis que sus padres no les han enseñado lo que es la pólvora? ¿Y los peces, caballero? muchas veces, cuando yo era niño, me divertía en cogerlos con la mano desde la orilla del riachuelo, en ponerlos dentro de mi gorro y echarlos lejos, muy lejos, en la yerba. Pues bien, por más lejos que estuviesen del riachuelo, y aunque la altura de la yerba les privaba de que vieses el agua, volvían a él por sí solos sin equivocarse de camino. ¿Cómo lo hubieran hecho si no se lo hubiesen enseñado desde que salieron de los huevecillos?

Estuvimos hablando así mucho tiempo de esos fenómenos de la inteligencia de los animales, y luego di insensiblemente a la conversación un giro más formal. Prestábase Claudio a ello, porque comprendía muy bien que lo que me llevaba junto a él, no era tanto la curiosidad humana como la divina, es decir, la felicidad de hablar de Dios.

II

Tal era la atracción que existía entre aquel hombre y yo. No apartaba yo fácilmente mi pensamiento de él. Cuando desde el fondo del jardín o desde las alturas de mis bosques, situados en el opuesto declive del valle, oía en el silencio de la mitad del día los acompasados martillazos del picapedrero, mi oído escuchaba aquel ruido como un zumbido más de un pobre insecto llamado hombre, que taladra la roca, sondea la tierra, y contempla el cielo para buscar lo que está llamando sin cesar y lo que huye de él eternamente: ¡su Dios! Decíame yo: «Cada golpe que da ese hombre con su piqueta, es también un golpe de su pensamiento en sus tiempos, para ensancharlos a proporción de la gran idea que tiene enferma a su imaginación». Preguntábame a mí mismo concienzudamente, a mí que he gastado la lengua bajo el paladar y los ojos bajo los párpados en leer, escribir y hablar de ese Dios en todas las lenguas, cuáles podían ser las nociones que aquella alma inculta podía haber concebido por sí sola acerca del Ser supremo.

Por lo tanto, cuando estaba en su compañía, me hallaba inclinado naturalmente a hacer que la conversación recayese en aquel asunto. Por otra parte, veía que era también la inclinación de su alma, de la que se desbordaba la piedad instintiva y se derramaba a torrentes por poco que se la agitate. Senteme pues, en el mismo sitio en que había hablado con él de Dionisia, y cuando hubo concluido de colocar su colmena sobre las piedras, vino también a sentarse en el mismo sitio, a cierta distancia en frente de mí, pues aunque Claudio era confiado y sencillo en su actitud y en su lenguaje, no se familiarizaba. Tenía ese decoro natural que impone toda clase de atenciones guardándolas. Conservaba las distancias, como un buen soldado de infantería, que ni debe dejar que le alcance el que marcha a retaguardia, ni pisar al que va delante. Comprendía y señalaba su puesto en la creación, como comprendía y señalaba el de los demás. Una decencia exquisita y no adquirida le revestía de una dignidad natural: se veía desde luego que Claudio se juzgaba harto pequeño entre los hombres, pero que se respetaba en Dios. He aquí, poco más o menos, nuestra conversación de aquel día.

YO.—Claudio, hace hoy ocho días, al contarme vuestras penas, me dijisteis que teníais un amigo con quien las desahogabais todas, y que las endulzaba algún tanto durante vuestra ausencia de las *Huttés*. ¿Quién era ese amigo que así sustituía a

vuestra madre, a Dionisia, a vuestra montaña, y a vuestro corazón mismo que habíais dejado en ella?

ÉL.—Acaso habré sido sobrado atrevido, caballero, al emplear ese nombre; pero ese amigo me lo perdonará: ¡Dios!

YO.—¿Y quién os había hablado de él?

ÉL.—Casi nadie, caballero; él mismo fue quien habló a mi corazón durante toda mi vida.

YO.—¿Qué os decía? y vos mismo, ¿qué le decíais en esas relaciones interiores que os hacían ser tan paciente para vos mismo, y tan servicial para los demás?

ÉL.—Lo que él me decía, caballero, me sería imposible repetirlo, porque Dios no habla la lengua de los sabios como vos ni la jerga de los ignorantes como yo. No sé cómo se hacía entender de mi pobre imaginación; pero le oía dentro de mí cuando me separaba del ruido de mis compañeros para escucharle, como oímos desde aquí, caballero, ese gran murmullo general que sube del valle, sin que se sepa si son las personas, las voces, los pasos, las hojas, las aguas, las plantas al germinar, los pájaros al cantar, o los hombres al respirar, los que lo producen; pero sabemos que es una cosa que vive, puesto que bulle ¿no es verdad?

»Pues bien, ese ruido sordo de la presencia del Señor en las criaturas y en mí, siempre lo he oído afortunadamente, según os he explicado, y digo afortunadamente para mí, caballero, porque a no ser por eso hubiera creído que estaba muerto, que mi pecho era un ataúd en el que habían sepultado mi alma que aún vivía sola, sin más compañía que la de los gusanos. Me hubiera tirado a la primera cantera que hubiese encontrado para estrellar mi pensamiento con mi cabeza contra las puntas de la roca. Pero gracias a ese sentimiento de la presencia de Dios y a ese ruido sordo, pero claro, que oía yo, sobre todo cuando nada tenía que hacer y me volvía a mi hospedaje, o me echaba en el taller debajo del cobertizo, gracias a esa bondad que tenía y que siempre ha tenido de decirme algunas palabras tiernas para el corazón, siempre he logrado consolarme. El hombre es como un niño a quien mecen en la cuna cantándole palabras que no entiende, y que se sonríe después de haber llorado. ¿No es verdad, caballero? Así era yo. Nunca he sabido lo que Dios me decía; pero sólo el oírle desde tan lejos, me alentaba, me sostenía, me hacía tener paciencia y esperanza. Parece que la menor palabra de allá arriba que llega hasta nosotros, sólo por el eco que encuentra en nuestro pecho, derrama mucha luz, mucha comprensión, mucha creencia y mucha tranquilidad en nuestra infelicidad, en nuestra niebla, en nuestra turbación. Eso debe ser así en concepto mío, porque aquella palabra que ha hecho el mundo entero con sólo llamar a todas las criaturas, unas después de otras, y haciéndolas aparecer y responder sólo a su voz, aunque aún no existiesen, ¡ved cuánta fuerza debe tener! Y cuando se digna hacerse oír de un pobre gusano de tierra como nosotros, ¡ved cómo debe confortarle en su nulidad!

YO.—¡Oh! sí, Claudio, no lo dudo, oíais en vos mismo el eco de la palabra eterna, acaso mejor que otro, a pesar de lo ignorante que sois al decir de los hombres de ruido. Entre esa palabra y vos no había más que el sonido de vuestro martillo, nosotros tenemos el del mundo; pero en fin, ¿cómo conocíais que Dios hablaba a vuestra pobre alma, y porqué señales comprendíais que hablaba así a solas con vos?

ÉL.—Así, caballero; me ocurrían ideas que aún no había concebido acerca de mí mismo, y que nadie me había dicho; me subían calores desde el corazón, al que ninguna mano había tocado; se extendía por todo mi ser una especie de embriaguez, aunque no había probado el vino. Entonces oía toda clase de cosas sordas, imposibles de reproducir con el escaso número de palabras que mi madre me enseñó al venir al mundo. No sé con qué palabras se expresaba, pero me decía: «Existo, vivo, duro, creo, veo, escucho, amo, consuelo, vengo, y todo viene a mí, ¡y todo lo que ha principiado en mí se concluye en mí! ¡Y cuando todo lo que ha comenzado en mí se haya refundido conmigo, todo será poderoso, feliz y eterno por mí y conmigo! ¡Y no soy grande, ni pequeño, porque lo soy todo para todas las cosas y las criaturas! Y nada mido, ni nada desprecio, y no hay delante de mí cosa pequeña ni grande, ¡porque lo grande y lo pequeño no puede existir para mí que no tengo tamaño! ¡Y soy tu padre como soy el padre del sol que está sobre tu cabeza! ¡Y soy tu madre como soy la madre de las estrellas que están en el fondo de tu firmamento! ¡Y soy tu juez como lo soy de todo aquel que cumple o falsea mis leyes con deliberado propósito! ¡Y soy tu amigo como lo soy de todo aquel que ha salido de su propia vida para vivir! ¡Y soy tu consuelo porque sufres por mi voluntad y para mi voluntad! ¡Y puedes hablarme como a tu confidente, porque te oigo sin que hables! Y estoy arriba y abajo, y estoy antes y después; y soy el mar a donde puedes arrojarlo todo, tus deseos, tus penas, tus esperanzas, sin temor de no volver a encontrar una de tus respiraciones, una de tus gotas de sudor, una de tus lágrimas, porque todo lo restituyo; soy el cielo de todo, el fondo de todo, la orilla de todo, soy todo, y nada puede huir de mí excepto en la nada, ¡y la nada es una palabra de los hombres de pocos alcances! ¡No existe la nada! ¡yo la lleno! ¡Mi verdadero nombre es *vida!*!».

»Y mil cosas como estas, caballero, que yo escuchaba y creía comprender algún tanto, aunque fuesen tan superiores a mi comprensión. Y después que aquella palabra me había conmovido un momento, como el badajo de una campana conmueve el aire, dando un golpe en ella antes de derramar la música del to que de oración por entre las hojas de los árboles que hace se estremezcan; después, caballero, que aquella palabra me había conmovido un poco, derramaba en mí una música agradable, una tranquilidad, una luz tan resplandeciente, y me sentía tan bien, que cualquiera hubiera dicho que habían bajado una estrella del cielo para iluminar mi alma por dentro, o que una mano había templado las cuerdas de mi corazón, de mi cabeza y de mi cuerpo, como el organista temple sus alambres de latón y sus tubos, ¡de modo que me

convertía en mi instrumento que sonaba con afinación y en el que casi podían tocar las manos de Dios!

»Eran momentos muy gratos en medio de mis penas, caballero; esto me hacía llorar algunas veces con los ojos del cuerpo, pero me secaba los ojos del alma cuando la memoria de Dionisia lloraba demasiado en mi pobre corazón.

»Y luego, de ese modo me acostumbraba a rezar incesantemente.

YO.—¿Según eso creéis que el Señor es como un hombre que no sabe a punto fijo lo que quiere, y que se deja ablandar por un lado o por otro, por los ruegos o por las lágrimas del último que le habla?

ÉL.—¡Oh! no señor; pero creo que Dios al crearnos para hacer su voluntad, previo que necesitaríamos esto o aquello durante nuestro tránsito por la tierra, y que él mismo ha dado a sus pobres criaturas como nosotros, el instinto de pedirle lo que deseamos, aunque no sea más que para mantenernos perpetuamente en la adoración, en el deseo y en la gratitud para con él. El hace lo que quiere; pero nosotros hacemos lo que nos inspira al rezarle. ¿Pedir y recibir no es todo lo que hace el hombre, caballero? Y entonces, ¿por qué nosotros que lo pedimos todo a aquellos que tan poco pueden dar, no hemos de pedir incesantemente al que lo tiene todo? Sé muy bien que se dice: Toda voluntad de Dios es eterna e inmutable como él; así pues, es inútil procurar variarla con la oración. Pero yo creo que ha previsto para toda la eternidad que nosotros le pediríamos tal o cual gracia, y que la ha concedido también de antemano para toda la eternidad al ruego que habíamos de dirigirle, de modo que esa supuesta variación de su voluntad no es en el fondo más que el cumplimiento eterno. Algunas veces digo para mí: El Señor se parece al arquitecto de una cúpula de hierro como las que yo he visto, que deja hueco entre los materiales que forman su armadura, a fin de que el hierro se alargue o se encoja con entera libertad, según las estaciones, sin que perjudique a su mecanismo. Ese juego del arquitecto de allá arriba, caballero, que deja su efecto a su voluntad inmutable, dejándosele también a la invocación de los hombres, me figuro que es la oración. Esto es muy necio ¿verdad? Pero, ¿qué queréis? ¡todos somos muy tontos cuando hablamos de Dios! ¡Además, prosiguió, aun cuando fuese inútil, lo mismo da, consuela siempre tanto hablar de allá arriba!

YO.—¿Y qué oraciones le dirigíais con más frecuencia, Claudio?

ÉL.—¡Oh! caballero, antes recordaría la impresión de todos los suspiros que las palabras y los sonidos de todas mis oraciones: puedo asegurar que han salido de mi corazón casi tantas como alientos de mi respiración.

»En primer lugar, sabía la oración de Jesucristo que mi madre me había hecho aprender de memoria cuando era pequeño, la oración que se oía allá arriba. “¡Padre nuestro que estás en los cielos!”, ya sabéis como es. En ella está comprendido casi

todo lo que se puede pedir. Es como cuando se lleva en el bolsillo una buena moneda por la cual os dan en todas partes un pedazo de pan.

YO.—Pero cada uno debe formarse su oración particular, Claudio, porque las necesidades de unos no son iguales a las de otros. ¿Qué oraciones hacíais con más frecuencia por vos mismo?

ÉL.—¡Oh! eran tan diferentes unas de otras como el día de la noche; era según la hora, el viento, el sol, la lluvia, según la impresión que me hacían todas las cosas; era más bien una conversación que un rezo; respiraba en voz alta, nada mas.

YO.—¿Y qué pedíais con más frecuencia en vuestras oraciones?

ÉL.—¡Ah! caballero, bien lo sabéis sin que yo os lo diga: primero pedía pan y tranquilidad de espíritu para mi madre, mi hermano, mi hermana y Dionisia; que Dios los visitase en las *Hutles* noche y día, invierno y verano, primavera y otoño, y que derramase una bendición en cada uno de sus días. Sobre todo, que no tuviesen pesadumbre alguna por culpa mía.

YO.—¿Y qué pedíais para vos?

ÉL.—¡Oh! para mí, poca cosa; ¡es tan poco lo que necesito! Sólo pedía vivir haciendo algún beneficio a los que eran más desgraciados que yo, consumir mi existencia honradamente en la condición en que Dios me había puesto en esta tierra, y estar reunido en su seno con Dionisia, para amarla y amarnos sin fin. En cuanto a todo lo demás, me importaba muy poco; un Dios, un amor, una eternidad, era ya muy suficiente para un pobre campesino como yo. Nunca he ambicionado tener riquezas ni ciencias, ni mandar a los demás. Nunca he sentido más que la necesidad de amar y de hacer felices a los que me rodearan, hasta donde alcanzasen mis fuerzas.

YO.—Decís que nunca habéis ambicionado la ciencia; sin embargo, ese ser en el cual habéis pensado desde que nacisteis es la ciencia suprema. ¿Nunca habéis procurado oír hablar de él a otros más sabios que vos, ni saber los diferentes nombres que le han dado en las diversas épocas de la tierra, en las diferentes lenguas y cultos de los pueblos? En una palabra, vos que erais todo amor y todo oración ante nuestro soberano dueño de todos, ¿no le rezáis también un acto de fe en él, un *Credo* como dicen en latín en la iglesia? ¿Y cuál era ese *Credo* que sin duda os habíais formado vos mismo con vuestra perpetua adoración?

ÉL.—¡Oh caballero! ¡mi *Credo* no era muy largo! Consistía en pocas palabras: «Sois antes que todo, estáis en todas partes, y existiréis después de todo. Salgo de vos, estoy llamado a volver a vos, y nada puedo saber fuera de vos. Deseo creer de vos lo que os plazca darme a conocer; no puedo tener la mirada más extensa que los ojos, ¡a vos os corresponde pintar en ellos vuestra imagen como queráis que la adore! Mi talento es pequeño; en vano será que yo le extienda, ¡pues siempre le excederéis! ¡Hacedme creer vos mismo lo que queráis!». Aquel animalito de Dios que veis allí

sobre el musgo, extendiendo las alas, no puede recitar su *Credo* al sol; no puede decirle: «Tus rayos son esto o lo otro», pero le dice: «Siento que me reanimas y me calientas, ¡y te bendigo!». Era yo tan inocente como ese animalito de Dios, caballero, y pienso que mi *Credo* era como el suyo, en la proporción de hombre a insecto.

YO.—¿Pero nadie os hablaba de ese Dios a quien tanto amabais, ni os enseñaba a adorarle y servirle en tal o cual creencia?

ÉL.—No, señor, en aquel tiempo no había iglesias abiertas, ni sacerdotes pagados por la república. Cada uno creía lo que quería, y adoraba a Dios a su capricho. Hasta había algunos que no le adoraban, porque decían que los curas se habían puesto de acuerdo con los reyes o con los jefes para poner a Dios de su parte, y poseer así la tierra en su nombre. «Y aun cuando así fuese, les decía yo, ¿es razón suficiente para negar a vuestro padre que le hayan dado otro nombre distinto del suyo, o que hayan falsificado su nombre?». Aquellos hombres, a quienes llamaban ateos, me inspiraban mucha compasión, creedlo. Parecíame que estaban más privados de la vista del alma, que mi hermano Graciano de la de los ojos. Huía todo lo posible su compañía, y oraba por ellos en particular, como por criaturas más desgraciadas que las demás. Por el contrario, me sentía inclinado hacia los que tenían una religión, cualquiera que fuese, y se arrodillaban delante de algo, no me importaba qué, con tal que lo hiciesen con buen corazón y de buena fe, porque decía para mí: «Esos tienen dos ojos interiores como yo, ven a Dios bajo una u otra figura, ¡y al menos procuran verle, conocerle y adorarle! Eso les honra y les hace ser buenos, porque se puede ser débil, pero no malvado, cuando cree uno hallarse en presencia de la bondad suprema». Me alegré mucho, sin saber por qué, cuando volvieron a abrir los templos y la nación reconoció un Dios y todos los cultos que quisieran tributarle libremente. «¡Ah! dije para mí, eso es un pueblo; antes no éramos más que un rebaño».

YO.—¿Y os habíais formado entonces una religión para vos mismo, con el objeto de honrar y servir a Dios con estos o con aquellos, en una iglesia, en un templo, o en una asociación de hermanos que se entendiesen entre sí para tributar homenaje y obediencia al soberano Dueño?

ÉL.—No, señor, no me la había formado aun en aquel tiempo, ni conmigo mismo, ni con los demás; oraba y servía yo solo, según mis ideas, porque, ya lo veis, iba continuamente de taller en taller, de ciudad en ciudad, de un país a otro, y frecuentaba toda clase de compañías entre mis iguales que tenían toda clase de religiones, aquí filósofos, allí católicos, aquí protestantes, y allá nada. Cada cual alegaba sus razones y maldecía a los demás mientras llegaba el caso de que pudiese perseguirlos o matarlos. Yo no era capaz de juzgar a unos ni a otros. Sólo me decía: «¡Qué desgracia y qué vergüenza que todas esas gentes se digan así injurias unos a otros en nombre del Padre común! ¡Y qué crimen y qué impiedad que invoquen a todos los gendarmes, los verdugos y los cadalsos, para prender, atormentar y dar muerte a los

que no ven su nube en el cielo de la misma forma y del mismo color que ellos! Si entre todos hay alguno que pertenezca verdaderamente a Dios, será de seguro el más misericordioso; porque una religión que prende, quema y maldice, no puede proceder de buen origen, o bien se ha transformado en el camino, y en vez del agua del cielo hace beber a los hombres la sangre de los verdugos». Así, pues, caballero, para iluminarme entre tantas religiones como iba encontrando en unas y en otras comarcas, no tenía más catecismo que este: «Adora y reza con todos, y no creas sino contigo mismo». Porque siempre es bueno adorar y rezar con los hombres; pero algunas veces es malo creer como ellos, cuando creen cosas contra lo natural, ¡contra la grandeza y la bondad de Dios! «En una palabra, pensaba yo, deja que hablen unos y otros, sin disputar con ellos acerca de lo que tú no sabes ni ellos tampoco; cree con todos lo que sea bueno, ¡y con nadie lo que creas que es malo!». He ahí el catecismo de un pobre hombre, tal como me le había formado, caballero, y si me decís: «Pero ¿quién te enseñaba a distinguir lo que era bueno de lo que era malo?». ¡Ah! os aseguro que no sabré a punto fijo lo que he de contestar. Era una voz que había dentro de mí, a la que yo no hacía hablar; pero que hablaba por sí sola para decir sí o no, sin encontrar réplica en mi pecho. Era esa voz que los sabios llaman *conciencia*, y que nosotros los pobres ignorantes llamamos juicio. No disputa, y sin embargo, no se equivoca; nada sabe decir, ¡pero sabe juzgarlo todo! Es preciso que en el fondo del hombre haya una *palabra decisiva*, caballero, cuando lucha consigo mismo y no sabe a quién atender. Pues bien, ¡esa conciencia es la palabra decisiva! Y esta, Dios es quien la ha escrito en nosotros, como de tiempo en tiempo se escribe en los postes la indicación de una carretera para que no se equivoque el camino.

»Había, por ejemplo, un picapedrero anciano, natural de Hungría, que había trabajado en no sé cuántas iglesias, templos, capillas, minaretes, mezquitas, pagodas y pirámides en toda la tierra, desde un país que llamaba la India, hasta Egipto, en Turquía, Hungría, Alemania, Roma y Estrasburgo. No había Dios alguno para el cual no hubiese labrado una piedra, de modo que, como él decía algunas veces riendo, estaba seguro de tener un amigo en cada paraíso. Habíame cobrado afecto por razón de mi juventud, de mi imaginación y de mi buena conducta, que entre mis compañeros me hacía buscar el trato de los ancianos con preferencia al de los jóvenes, porque siempre es más dulce la fruta madura que la verde. Sabía leer, y yo no. Tenía la condescendencia de leerme el domingo sus libros de oraciones y de historias antiguas de los tiempos primitivos, que escuchaba yo con un placer y una sorpresa siempre crecientes. Había historias que le hacían a uno adorar las bondades de Dios, y llorar enternecido por las aventuras de familias pobres como las nuestras, que llevaban a pastar sus reses y cultivar sus tierras como nosotros en los desiertos. Había otras que le hacían a uno encogerse de hombros porque hablaban de una multitud de dioses, de las bodas de éstos con las hijas de la tierra, de los engaños, de las maldades de tal o cual Dios, que jugaba malas pasadas a los hombres. Aquellos libros, que eran procedentes de la India, de la Arabia, de la Grecia, ¡de que sé yo

dónde! me hacían pensar una y cien veces en esa multitud de mentiras mezcladas con otras tantas verdades, que Dios ha permitido que los antiguos echasen delante de nosotros, a fin de que eternamente hubiésemos de buscar esos átomos de oro entre esos montones de arena con el sudor de nuestras frentes. Decía para mí: “Indudablemente es la voluntad divina que el alma trabaje como el cuerpo para buscarse alimento, puesto que no ha cribado el grano y nos lo ha echado mezclado con la paja, y aun en las tierras mejor cultivadas ha hecho que nazcan tantas malas yerbas como espigas”. Esto me respondía, pero no me escandalizaba, caballero; Dios es el amo, y sabe porque lo ha hecho; acaso sea para que pensemos siempre, siempre en él, avanzando hacia su conocimiento completo sólo paso a paso; porque al fin, si hubiésemos llegado a conocerle perfectamente al primer paso, ya no andaríamos ni buscaríamos. Ahora bien, vivir es buscar, ¿verdad?

»Sin embargo, algunas veces, pasados ciertos intervalos de tiempo, de tarde en tarde, se encuentran verdades puras y santas, que satisfacen durante siglos y siglos el hambre de verdad y de santidad que Dios ha puesto en los hombres. Así aquel anciano me leía pensamientos, como él los llamaba, de eminentes sabios antiguos más inspirados que los demás por la sabiduría de arriba. Había algunos cuyos nombres he conservado en la memoria, como Pitágoras, Sócrates, Platón, Confucio, Cicerón. Aquellos hombres, caballero, tenían acerca de Dios unos pensamientos que iluminaban, por decirlo así, toda la lóbrega oscuridad de mi imaginación, como la nieve caída del cielo, hará acaso millares de años, allá arriba en el *Mont-Blanc*, que veis desde ahí, y que nunca ha llegado a derretirse, ilumina por la noche y por la madrugada la llanura oscura todavía del terreno bajo.

»Pero había especialmente un librito cuyas páginas estaban todas arrugadas y rotas a fuerza de tanto leerlas el anciano, y en el cual me leía diariamente para concluir unos sermones tan tiernos que parecía que era un hermano mayor que hablaba con sus hermanos menores, parábolas tan sencillas, tan próximas a la tierra, ¡que parecía que era una madre que bajaba la rama para que su hijo cogiese avellanas! Era el Nuevo Testamento, caballero, que he llegado a conocer y practicar mucho mejor todavía desde que he oído recitar páginas de él y deducir ejemplos de buena conducta en las parroquias.

»¡Ah! cuánto amaba yo a aquel hombre divino, que venía, sin que se supiera de dónde, a mezclarse desde pequeño con la gente pobre, sin rechazar a nadie, a hablar con los pescadores y los jardineros lo mismo que con los sabios, a perdonar en nombre de Dios a las mujeres despreciadas, pero arrepentidas, a jugar con los niños, a enseñar incansablemente a su pueblo, a sacrificarse a la venganza de los sacerdotes judíos que le perseguían, porque ellos eran la sombra y él era la luz, y por último, a dejarse crucificar por los jueces del país. ¿Por qué? Por no renegar de su padre que hablaba en él, y por rescatar a costa de su sangre un poco de adoración más pura para su Criador. ¡Ah! ¡qué hermosas ideas les ha dado de Dios en la montaña! ¡Cómo se percibía que aquello era una palabra, un *Verbo*, como dicen, una aurora de sol en el

alma de un mundo en que todos los sueños de una larga noche se habían convertido en falsos dioses! ¡Cómo se conocía que aquel a quien anunciaba era el único y verdadero Dios! Sin padre ni madre, sin patria ni nación, sin amigos, sin enemigos, sin cólera, sin rayos, padre, madre y hermano de todos, ¡lo mismo de los paganos que de los hebreos, de los sabios que de los ignorantes, de los grandes que de los pequeños! ¡Y cómo se veía que su profeta venía realmente de él! ¡Qué animado se sentía de todo su amor hacia su creación! porque al fin hubiera querido crear de nuevo al mundo corrompido, lleno de mentiras y de falsos dioses, ¡dándole nueva vida con la suya propia! ¿Se puede tener más amor al Criador y a los hombres? ¡Morir para que los hombres adoren más santamente a Dios! ¡Morir para que este brille con más esplendor a los ojos del mundo! ¿Qué más se puede pedir? Por el calor se conoce el fuego. Preciso es que tuviese en su alma una visión muy clara de Dios para que aquella claridad que le abrasaba interiormente le inspirara tal sacrificio en aras de su padre, ¡en favor de sus hermanos y por mano de estos! ¡He ahí un *Verbo* de Dios! ¡He ahí un hijo del padre! un hermano de cuantos han nacido o lleguen a nacer de mujer, decía yo para mí, cuando el anciano concluía de leer. Por eso, ved como una gota de su sangre, sólo con caer desde lo alto de la cruz sobre la arena, penetró de tal manera hasta el corazón de la tierra, que aún se estremece después de trascurridos dos mil años, y que aún no ha concluido de resonar su palabra, que se hallará mezclada para siempre con todas las demás palabras que vengan, no se sabe cuándo, a agregarse a la suya, ¡hasta que el nombre de Dios esté completo en este globo de tierra y en esos globos de fuego!

»El anciano se sonreía al oírme, a mí, pobre ignorante, hablar en esos términos del Nuevo Testamento. Complacíase en ver germinar en mi pobre imaginación aquella buena semilla.

»De ese modo hablábamos cuando leíamos, y sentía no sé qué impresión dentro de mí mismo, una especie de eco, como la nave de una iglesia vacía, en la que las piedras que resuenan con la voz del sacerdote parece que repiten con sus mil ecos palabras santas, que sin embargo no comprenden.

»Más tarde comprendí mejor lo que el anciano me decía. Entretanto sus reflexiones me calmaban a la par que me sorprendían. Como nada sabía de las religiones de los demás, me formé por mí mismo una regla para juzgarlas lo mejor posible. Dije para mí: “En todo eso hay verdad y falsedad, hay Dios y hay hombres. ¿Cómo haré para separar esas verdades de esas mentiras, para conocer que Dios está aquí, y el hombre allí? ¡Dios mío! es muy sencillo, aun para un pobre hombre: no hay más que ver con la propia conciencia dónde está el mal y dónde el bien. En donde está el bien se halla Dios; en donde está el mal el hombre. La verdad no puede producir el mal, así como la luz no puede producir la oscuridad, ni la paloma puede producir la víbora. Así pues, si de un culto sale el odio, la persecución, el desprecio, el exterminio de los hombres, nada de eso es de Dios. Si de él resulta el amor al prójimo, el sostenimiento de unos por otros, la persecución, el sacrificio de sí mismo,

la adoración de un solo Dios de espíritu y de verdad, ¡todo eso es del Ser Supremo! Y compadeceré a los primeros sin desearles mal alguno, y creeré y adoraré con los segundos”.

»Así era, caballero, como en mi humildad procuraba yo formarme mi religión propia, y servir a mi Criador con mis escasas facultades, según su voluntad.

»Y entonces fue cuando hice esta reflexión: “Pero no basta pensar en él y rogarle como lo haces al levantarte, al acostarte y al descansar al mediodía, después de haber hecho tu frugal comida a la sombra; es preciso mostrarle además, que eres un fiel obrero de su casa en la tierra, que quieres servirle sin salario, sólo por tu sustento, y que tu salario lo darás a los que son más débiles, o están más enfermos o más necesitados que tú”. Y no podríais creer, caballero, cuanto mejor me pagaba el Señor mi jornal en mi corazón, que mi maestro o el empresario de la obra en mi bolsillo. Parecíame que todo el dinero que no tomaba para mí, o que aceptaba para llevarle por la noche al herido, al enfermo, a la mujer, a los hijos, al padre o a la madre enferma de los compañeros, formaba durante toda la noche en mi oído un bolsillo lleno de plata y oro, ¡que Dios hubiese derramado por sí mismo en mi mano! Y esto me reanimaba siempre para el trabajo.

»Y cuando los compañeros me decían: “Pero di, Claudio, si nada ahorras para ti, ¿qué harás en tu vejez?”. ¡Oh! entonces contestaba: “Tengo un hermano y una hermana en las *Huttas* que me llevarán a su lado, y me mantendrán en su vejez. He ahí porque no necesito pensar en mí: mi padre lo arregló de antemano. Tengo algunas tierrecillas. No quiero casarme. De otro modo, sería preciso que ganase y economizase a mi vez para mi mujer y mis hijos”. Y cuando mis compañeros y las muchachas hermanas tuyas me decían: “¿Por qué no quieres casarte, Claudio? Hay muchas en la comarca que te aceptarían por tu buen corazón, ¡y también por tus brazos!”. Entonces, caballero, nada contestaba yo, me ponía muy encarnado o muy pálido, pensando en Dionisia, y me iba a ver correr el río, o las nubes por lo alto de las montañas.

Me volví meditabundo a la aldea sin haberme atrevido en aquel día a sondear más profundamente el corazón del pobre picapedrero.

CAPÍTULO XI

I

Al domingo siguiente volví a subir, y le hallé en el fondo del barranco, próximamente en el mismo sitio donde su hermano el ciego había caído o se había arrojado en la noche de su desesperación. Estaba sentado cerca de las cabras que roían las puntas de los retoños en las dos escarpadas orillas de la quebrada. El ruido que hacían agitando las ramas, arrancando y desprendiendo la arena con sus pezuñas, y el leve murmullo del arroyo que corría sobre los guijarros que formaban su lecho, impedían que Claudio oyese mis pisadas. Estaba al pie de un serval cuyas hojas ligeras y recortadas dejaban llover sobre él y sobre la tierra en torno suyo leves rayos de sol sembrados en la sombra, como luciérnagas que se persiguiesen por la noche a la orilla de un ancho foso. Infinitos pájaros cantaban, silbaban, gorjeaban y volaban entre las ramas de encina, fresno, haya y cerezo silvestre encima de su cabeza. Algunas flores de tinieblas y de humedad matizaban en varios puntos la desgarrada alfombra de césped, y colgaban en racimos y ramilletes hasta el fondo del barranco como para respirar el agua que a su vez perfumaban. El aire del mediodía, que caía de un cielo sereno y abrasado, se introducía por aquella bóveda de arbustos y templaba la habitual frescura del barranco. Por entre las ramas no se veían más que pedacitos del cielo azul, que hacían parecer el verdor de las hojas más duro y más oscuro, formando contraste con el firmamento. Los moscardones se escapaban del agua en espesas nubes cada vez que un pájaro bajaba a beber. Flotaban como nubecillas vivas por encima de la espuma del arroyo, y el rayo del sol, al herirles, les hacía relucir con todos los colores de sus alas como arco-iris alados sobre cascadas de superabundante vida.

II

En medio de aquel paisaje, mucho más delicioso aun para Claudio que para mí, puesto que era el escenario de su infancia, de toda su vida, y que le revestía, por decirlo así, de todas sus impresiones y recuerdos, el picapedrero parecía hallarse absorto en la contemplación de cuanto le rodeaba. Hubiérase creído que formaba una parte viva, vegetante o petrificada de la tierra, y que había echado raíces en esta, como el árbol en cuyo tronco se apoyaba. Me guardé muy bien de incomodarle con ningún ruido importuno y prematuro; sentía yo curiosidad de ver vivir y oír respirar a aquel hombre sólo delante de Dios.

En efecto, estaba como siempre delante de Dios con el pensamiento y la adoración; pero no sospechaba que entre su alma y Dios había en aquel momento una mirada y un oído.

III

Trazaba distraído algunas líneas en la arena, con la rama de avellano que tenía en la mano provista todavía de hojas en la punta. Con el pie hacía rodar al agua, algunos granos de arena o chinitas, y parecía escuchar con cierto placer el ruidito de plañidera campana que producían al llegar al arroyo. Llamaba por su nombre a tal o cual cabra; silbaba a su perro; seguía con la vista el rielante reflejo de los rayos del sol en el agua; se apoyaba tan pronto en un codo como en otro; cerraba y abría alternativamente sus pesados párpados, como para contener o dejar evaporar sus pensamientos. Había prolongados intervalos durante los cuales no se oía su resuello, cual si estuviese muerto, luego largas e interminables respiraciones, como si hubiese querido desahogar toda su vida en un suspiro. Se oía que en aquella alma había a la vez tranquilidad y movimiento, y que se parecía al mar que interrumpe sus majestuosas ondulaciones. Era evidente que su entusiasmo interior le hacía sentir su peso, lo mismo que Dios, padre invisible lo hace sentir a su Océano. Estaba orando.

IV

¡Cuánto hubiera yo dado por poder traducir a nuestro lenguaje aquella oración sorda, aquella invocación muda que sólo existía en sus labios y en su corazón! Nunca se han anotado ni consignado las palpitaciones de un alma sencilla, mil veces más hermosas, sin duda alguna, que los himnos de los poetas y las oraciones elegantes y estudiadas de los que hacen profesión de entusiasmo y de contemplación. No me fue dado coger de ella más que la impresión que se reflejaba en su fisonomía, en su actitud, en sus ademanes, y algunas veces el nombre de Dios que pronunciaba inclinando la frente o alzando sus miradas hacia las copas de los árboles. Pero en el acento con que pronunciaba aquel nombre había toda una revelación de la presencia y santidad de su Criador. También oí distintamente el nombre de Dionisia, y estas palabras repetidas ocho o diez veces: «¿Estás ahí? ¿Me ves? ¿Eres tú, Dionisia, quien me respondes en el alma? ¡Dime cuándo tendrá Dios a bien reunimos! Acaso soy sobrado impaciente, ¿verdad? ¡Hago mal en no saber aguardar la voluntad de allá arriba que tú conoces ya! ¡Pero está la montaña tan sola sin ti! ¡Obtén de Dios que tenga compasión de Claudio! ¡Dionisia! ¡Dionisia!... ¡cuánto dura mi vida!». Y

algunas otras palabras confusas y entrecortadas como estas. Luego, como si se hubiese avergonzado de su impaciencia, como si hubiera sentido rubor por enternecerse de ese modo acerca de sí mismo, se levantó, se enjugó los ojos, sonrió tristemente al sol que ya veía hacia el extremo del barranco, y subió con lento paso por la pendiente en dirección al punto en que yo me hallaba. Entonces hice un poco de ruido en las hojas y di algunos pasos, como si en aquel momento acabase de llegar a las *Huttes* y fuese a buscar a Claudio hacia el cercado de las rocas. Al oír aquel ruido, miró y me reconoció, acabó de subir y me saludó con el gorro en la mano y la cabellera al viento. Le estreché la mano con un sentimiento de verdadera amistad que conocí en la presión fuerte y confiada de su propia mano. Hablando de la hermosura de la estación y de lo sereno del día, fuimos a sentarnos bajo el castaño grande; las hogueras que Claudio hizo en su infancia, siendo pastor, habían ahondado el tronco y calcinado las raíces de aquel árbol.

V

Después de haber hecho recaer la conversación, insensiblemente y por medio de rodeos largos y flexibles, sobre él y sobre su vida pasada, le dije:

—Y bien, Claudio, ¿erais bastante feliz en esa vida de abnegación hacia vuestros hermanos, durante vuestro viaje por Francia, y no pensabais nunca más que en aliviar a vuestros compañeros, en Dios y en los libros que el anciano os leía, acerca de las perfecciones del Ser Supremo y de vuestro destino después de la existencia?

—¡Oh! caballero, me contestó, también pensaba, y con harta frecuencia, en otras cosas, en el país, en la montaña, en mi madre, en mi hermano, en mi hermanita, en Dionisia. Cuanto más intentaba rechazar esas ideas que tan pesado hacían el martillo en mi mano, y tan amargo el pan al paladar, más volvían a mi imaginación a pesar mío. Mis compañeros se burlaban de mí chanceándose, y me llamaban el *pensativo*.

«¡Claudio! me decían, ¿has olvidado a alguien en las estrellas, o has perdido algo en las montañas, que siempre estás así mirando arriba y suspirando?». Yo me ponía muy encarnado y no sabía qué contestar. ¡Ay Dios! harto cierto era que todo lo había dejado y perdido en las alturas, y cuantas veces al salir de las ciudades para pasear los domingos, o al atravesar las llanuras de una provincia, veía cumbres de montañas como esta y una columna de humo de una cabaña o de un leñador, que se elevaba por detrás de los árboles, no podía separar ya mi vista de aquel espectáculo. Cuando me ponía la mano en forma de pantalla sobre los ojos para ver mejor, retiraba los dedos mojados. «¡Es como en nuestra tierra! me decía. Quizás haya allí barrancos, rocas, cabritos paciendo, aguas que corren cantando por las regueras, un hogar en que se echan los haces floridos para cocer la comida de la familia, una madre anciana, una novia hermosa, ¡una Dionisia!...». Y luego sentía las piernas tan cansadas que ya no

podía andar, y me veía obligado a sentarme a la orilla del camino, enfrente de aquellas cordilleras elevadas, de donde descendían tales pensamientos a mi corazón. En una palabra, caballero, tenía lo que nosotros llamamos la enfermedad del país, casi la única que nosotros tenemos, la enfermedad de los pobres que, no teniendo en torno suyo muchas cosas a que profesar cariño, consagran su amor al rincón de tierra en que han nacido y se han criado. Creo que es como ese castaño; si le trasplantasen, quién echaría de menos, ¡y quién tendría cariño al terrón de tierra que ha alimentado sus raíces!

VI

Y entonces, caballero, y a cada instante, de día y de noche, me daba a mí mismo y a solas un momento de pesar y de placer reflexionando: «Pensemos libremente en ellos. ¿Qué dirán? ¿Qué harán allá arriba en este momento? Ya es de noche, regresan a la cabaña y encienden la lumbre para hacer la cena; ya amanece, salen con sus escardillos y azadones al hombro para ir a limpiar el prado o el huerto; ya ha sonado el toque de mediodía, comen juntos a la sombra del haya en el rincón del sembrado; ya ha llegado la tarde, descansan sentados a la puerta y acaso rezan sus oraciones pensando en mí. Ya estamos en la primavera, lavan los corderos en la fuente; estamos en verano, traen a la era delante de la casa, los haces de la mies, de donde cuelgan algunas adormideras segadas que suenan como alambres de latón cuando están secas, y cae sobre ellas el mazorcador; Dionisia, mi madre y mi hermana están trillando con los pies descalzos, mientras que mi pobre hermano desgrana los guisantes, sólo en un rincón del corral, por temor de que hiera a alguien con su mazorcador. He ahí el otoño, están vareando los castaños. Le ha seguido el invierno, se calientan al resplandor de las retamas, al calor de los carneros en el establo, machacando el cañamón o cascando avellanas para hacer aceite. ¿Pero cuántos serán ya? ¿Vive mi madre todavía? ¿Está muy encorvada? Sus manos, que comenzaban a quedarse flacas y descarnadas, ¿están ya temblonas? ¿Hay ya niños agarrados a los delantales de las mujeres o echados en cunas al pie de la cama?». ¡Ah! caballero, ya no lograba detenerme cuando me figuraba ver la imagen de todas esas cosas, y me hacía a mí mismo todas esas preguntas, a las que me contestaba, sin saber a punto fijo lo que decía, tan pronto de un modo como de otro. ¡Parecía que soñaba despierto!

VII

Y cuanto más tiempo trascurría, más se adherían esos pensamientos a mi imaginación, como esas hiedras que cuanto más envejecen más se agarran a esas paredes. Por último algunas veces ya no podía contenerme por más tiempo, y exclamaba: «Vaya, volvamos allá mañana; ¿no hace ya siete años? ¿No han caído ya bastantes nieves y bastantes hojas secas en el sendero en que Dionisia y yo nos despedimos? ¿Acaso no piensa ahora en mí sino como una hermana en un hermano ausente? ¿No está casada y es feliz hace tanto tiempo? ¿No tiene varios hijos que se agarran de su vestido, o que lleva en sus brazos cuando va a las tierras? Esa afición que en otro tiempo nos tuvimos el uno al otro, ¿no se ha desvanecido ya millares de veces de su corazón, como el agua de la nieve derretida en la primavera ha pasado millares de veces por el fondo del barranco sin que nunca se pueda volver a sacar la misma? Al contrario, acaso se alegren mucho de verme. Acaso mi madre me esté llamando desde su lecho de muerte. Acaso tengan más bocas que alimentar en la casa, que brazos para cavar, sembrar y segar. Acaso necesiten un jornalero; no podrán dar salario a un peón o a una criada, y dirán: “¡Ah, si Claudio estuviese aquí!”». Me parecía estarlos oyendo, caballero, como si hablasen al lado mío, junto al oído.

VIII

Al fin, sin saber yo mismo a punto fijo lo que hacía, me acerqué insensiblemente a mi país, como la mosca que revolotea en torno de una luz aun cuando la echan para impedir que se queme en ella. Fui a trabajar desde Tolón a Barcelonnetta, en los Alpes Bajos, luego a Grenoble, luego a las canteras de Vienne en el Delfinado, luego a las de Cousón a orillas del Saona, en donde se labran piedras para la ciudad de Lyon, luego a Belleville, a Villefranche en Beaujolais, luego a Macón, desde donde se ve la opuesta falda de las montañas en que están situadas las *Hutttes* ennegrecidas por la noche como una pared medio derruida que se destaca sobre el azul del cielo. ¡Ah! cuando llegué a estar allí aun retenía mis pies con mi voluntad, caballero, pero ya no podía detener los ojos. Tan pronto como los alzaba de mi piedra de sillería, viajaban por sí solos hacia estas montañas. Era tan cruel pensar: ¡con sólo siete horas de camino podrías lograr tu deseo, estar en el sitio a que anhelas ir, y ver lo que quieres ver! ¡Pues bien, no! ¡no irás, te contentarás con mirar desde lejos a tu país! ¡No sabrán todavía que vives, y que has pasado tan cerca de ellos!.

IX

¿Me diréis que cómo no daba alguna noticia de mí, ni la recibía de ellos? En primer lugar, ni yo, ni nadie en la casa, sabíamos leer ni escribir, y luego nunca había encontrado en las canteras muchacho alguno de la montaña que pudiese darme noticias del país. Además, ¿necesitaré decirlo? al paso que deseaba tanto saber lo que había ocurrido en casa desde mi salida para verificar mi viaje por Francia, tenía miedo de que me lo dijeren. Conozco perfectamente que es una contradicción, pero así sucedía. ¿No habéis sospechado algunas veces que el hombre era doble, por decirlo así, y que mientras uno deseaba una cosa, el otro la temía? Así, pues, ni una palabra había yo sabido de mi casa, y lo propio sucedía en esta con respeto a mí. Parecíame que era otro mundo en el que había yo vivido antes de la muerte, y al que nunca volvería a ver sino después de mi resurrección.

X

Pero desde que me había dejado arrebatar por mi propio impulso, y como a pesar mío, a volver tan cerca de mi casa, y desde que medía con la vista, durante todo el día, el escaso número de pasos que tenía que dar para llegar a estas montañas y ver a mi familia, ya no era tan dueño de mis piernas ni de mi voluntad. Algunas veces parecía que me iba a enloquecer el deseo, caballero; latía mi corazón como si hubiese querido saltarme del pecho para irse sin mí a donde estaba mi pensamiento.

Ya no dormía, o lo hacía casi despierto, viendo en sueños todas las cosas de la casa, que ya no podía borrar de delante de mi vista cuando estaba verdaderamente despierto. Me había vuelto más silencioso aun que de costumbre; ni siquiera encontraba ya placer en aliviar la situación de este o de aquel por medio de mi trabajo, y para colmo de males ya casi no rezaba a Dios, o al menos no me oía a mí mismo cuando murmuraba mis oraciones. ¡Oh! ¡fue una época terrible de mi vida! Bien me arrepentí de haber venido tan cerca, y muchas noches formé el proyecto de volver a Tolón o a Bayona, y de quedarme para siempre tan lejos, tan lejos, que no volviese a darme la tentación que me atormentaba el alma. Pero cuando amanecía y veía de nuevo la montaña lodo concluía, y parecía que tenía suelas de plomo en mis zapatos; ya no podía marcharme.

XI

He ahí exactamente como viví durante aquellos malhadados quince días, y ojalá hubiese escuchado la voz que me detenía, en vez de atender a la que me llamaba a las *Huttes*. ¡Pero Dios sabe lo que mejor conviene! Mi deseo fue más fuerte que yo. Una

noche en que de ninguna manera podía dormirme y las sienas me latían sobre la almohada como las alas de un pájaro que quiere romper su jaula, me levanté sobresaltado, me vestí sin pararme a reflexionar sobre esto o lo otro, me eché mi morral al hombro, y comencé a andar por el campo, en medio de la oscuridad de la noche, sin sentir la tierra bajo mis pies, como dicen que andan las fantasmas. Me hallaba cubierto de sudor, pero este era frío, como si me hubiesen echado un cubo de agua fresca por la cabeza. Antes que comenzase a despuntar el alba allá por el Mont-Blanc, me hallaba ya al pie de estas montañas. Subí por los senderos y por los bosques de abetos sin pararme a tomar aliento, ni sentarme en piedra alguna. Parecíame que había de estar subiendo siempre, siempre, sin llegar nunca al fin. Sin embargo, cuando alcanzó el sol a reanimarme y la luz del día me restituyó un poco de juicio y raciocinio, me dije: «¿A dónde vas, y qué vas a hacer? ¿Sabes, siquiera, si vive tu madre? ¿Si tu hermano, feliz hoy con Dionisia, te verá con ojos celosos en la casa, sabiendo que aquella le había dado su corazón antes de que tu madre le diese su mano? ¿Sabes si turbarás con tu presencia el corazón de Dionisia? ¿Sabes si toda la felicidad que reine en la casa desaparecerá con tu llegada, como la sombra de esos árboles desvanecida por el sol? Y si así sucede, ¿de qué te habrá servido haber sido animoso y bueno una vez, y haber estado ausente durante tantos años de tu juventud, para perder en una hora lodo el fruto de tu sacrificio? ¿No vale más que todos te tengan por muerto, como deben creerlo al ver que no han vuelto a oír hablar de ti?». En fin, pensaba mil cosas como estas, caballero, de modo que andaba un paso y retrocedía dos, volvía a echar a andar, y luego me paraba, mirando al suelo y a las puntas de mis zapatos, inmóvil, sin respiración, como un cadáver que estuviese de pie. ¡Ah! caballero, ¡qué marcha tan dolorosa! era como si hubiese subido a un Calvario.

XII

No pudiendo resolverme a retroceder, ni decidirme a seguir adelante, y viendo que el sol de mediodía estaba tan claro que los pastores podían conocerme desde lejos y llevar a las *Huttes* la noticia de mi regreso a la comarca, me aparté un poco del sendero, guareciéndome junto a una roca, y apoyó la cabeza en mis manos para reflexionar. No, me dije, no puedo retroceder, he avanzado demasiado; hay cuerdas que me tiran del corazón de modo que este se despedazaría si yo tirase hacia el opuesto lado. Mañana veré la casa de mi madre, sabré quién vive o quién muere bajo ese lecho, no me iré sin que la voz de Dionisia haya regocijado una vez más mi oído, ¡si acaso vive Dionisia todavía! Pero no me presentaré, aguardaré aquí o en otra parte a que llegue la noche, andaré descalzo, contendré mi respiración para no despertar al

perro, me acercaré como un ladrón ¡ay Dios! para robar la ocasión de dirigir una sola mirada a aquellos a quienes tanto he amado y echado de menos.

XIII

Mientras hablaba así conmigo mismo, con el rostro inclinado hacia el suelo, oí de pronto una voz muy cascada que me pareció conocer y que me gritaba desde el sendero: «Calle, ¿sois vos, Sr. Claudio? ¡decían que os habíais muerto y que no se os volvería a ver en el país! ¡y no era verdad! ¡Qué trazas tenéis de estar rico ahora! Una buena chaqueta, un sombrero bueno todavía, ¡y zapatos gruesos con clavos! Dadme un cuarto por caridad: soy el viejo *Sin corazón*». Alcé la cabeza temblando al oír aquella voz, y conocí al pobre idiota que corría por las montañas con el morral a la espalda, desde su infancia, y a quien en toda la comarca llamaban el inocente o el *Sin corazón*. En nada le habían variado los años, sólo los cabellos que salían por debajo de su gorro de lana viejo y roto, en vez de ser grises, como yo se los veía en mi infancia, eran ya blancos. El tiempo se desliza sobre esas criaturas inocentes, caballero, lo mismo que la lluvia sobre esas rocas, porque no le sienten pasar. Nunca son viejos, porque siempre son niños.

—¡Ah! buenos días, mi pobre inocente, le dije; ¿con que en seguida me has conocido? Dime ¿qué hacen en las *Huttes*?

Temblaba aguardando su respuesta.

—¿En las *Huttes*? me contestó. Ah, no lo sé; hace ya seis años que no paso por allí, porque tienen un perro que ladra como un lobo. Cuando tengo que atravesar la montaña, me aparto por temor de que los niños me echen el perro. No sé lo que habrá sido del ciego, ni de la madre, ni de Dionisia, ni de la pequeña; sólo he visto desde lejos la casa sobre las rocas, nada más. ¡Pero qué hermosa ropa tenéis! ¡y qué buenos zapatos!

XIV

Esta admiración obstinada del idiota hacia mi chaqueta y mis zapatos me dio una idea, caballero. Pensé que si cambiaba de ropa con él, y me servía de su morral, su blusa de lienzo basto, su gorra y sus almadreñas para acercarme a las *Huttes*, sin que desde lejos pudiesen sospechar que era otro que el idiota, me sería fácil ver y oír, sin que me conociesen, y si viera que no me necesitaban en la casa, me volvería otra vez por el mismo camino, sin haber incomodado lo más mínimo el corazón de nadie. No me costó trabajo persuadir al inocente para que cambiase sus almadreñas por mis

zapatos, su blusa de lienzo por mi chaqueta, su capa andrajosa y su morral vacío por mi sombrero. Hecho esto, le di algunas monedas para que fuese a hacerme un supuesto encargo a una aldea que distaba ocho leguas de la montaña, con el fin de alejarle de las *Hutttes* por dos o tres días. Se marchó contento sin sospechar lo más mínimo, el desgraciado, y me interné más aun en el monte por temor de que me viese algún pastor. Comí algunos mendrugos que el idiota había dejado en el morral, y bebí agua en un manantial que descubrí cuando guardaba las cabras. Rogando a Dios y pensando en la casa, aguardé a que la noche oscura hubiese rodeado los árboles con sus sombras. Puse las almadreñas del idiota en el sendero, con el fin de que, a su regreso, pudiese encontrarías, y descalzo y sin hacer el más leve ruido, me adelanté hacia las *Hutttes*.

XV

Quiso la casualidad que al acercarme a la casa, en que veía brillar una luz, me encontrase el perro, que volvía de cazar sólo una liebre o un conejo en las tierras. Al sentirme lanzó dos o tres ladridos y se arrojó sobre los andrajos del idiota para morderlos; pero le dejé el morral entre los dientes, y, habiéndole llamado a media voz por su nombre, soltó la presa, se acercó a mí muy despacio gruñendo cada vez menos, como uno que no está seguro de si ha de enfadarse o reírse; luego, habiéndome olfateado más de cerca, me conoció, me cubrió de caricias, y ya no quiso separarse de mí. De este modo nadie llegó a sospechar en la casa que yo me acercaba.

XVI

Serían próximamente las dos de la madrugada. En el firmamento no había luna ni estrellas; negros nubarrones lo cubrían todo. Sólo se veía un leve destello que salía por un vidrio de un ventanillo bajo, abierto en la pared trasera de la casa, por la parte de la roca que domina el barranco. Sólo se oían algunos estremecimientos suaves del viento entre los matorrales, el trabajo cauteloso y subterráneo de los topos, y el murmullo del agua que corría por el fondo del precipicio en que me hallaba hacía un momento. Anduve muy despacio y sigilosamente, teniendo sumo cuidado de no tropezar con guijarro alguno, ni hacer rechinar la yerba bajo mis pies descalzos. A medida que me acercaba, sentía mayor deseo de volverme atrás sin ir más lejos, por temor de llegar a saber lo que acaso luego me pesase haber averiguado. «¡Dios mío! pensaba yo, si no viese a mi madre, ni a mi hermano, ni a Dionisia en torno del hogar, sino semblantes de mujeres, hombres y niños extraños, ¡que hubiesen entrado como

las hormigas que veis ahí se han introducido en la casa vacía del caracol! ¿qué sería de mí? sí, sí, más vale irse después de haber vuelto a ver la pared, el humo y el resplandor de la tea, y creer que todo está ahí lo mismo que en mi tiempo».

XVII

Dos o tres veces me paré y di un paso para retroceder. ¿Querréis creer, caballero, que mi perro fue quien me detuvo y me obligó a seguir adelante? gruñía, me lamía los pies, y me mordía la ropa, como para obligarme a seguir andando con él. Temí el ruido que pudiese hacer, y le seguí; pero si he de decir la verdad, yo mismo no sabía lo que hacía. Me hallaba en el estado de esos hombres que, según dicen, andan y piensan durmiendo.

Sin embargo, no obstante los esfuerzos del perro, no me atreví a dirigirme por el lado del corral y de la puerta de la casa. Bajó al barranco y trepé por la orilla opuesta apoyando los pies en las raíces y agarrándome con las manos a las matas. Cuando hube llegado arriba, trepé también por la roca que veis sirve de base a la casa, y me hallé junto a la pared, al lado del ventanillo iluminado, delante del cual, y por la parte de exterior, los tallos de la hiedra; habían formado una especie de enrejado.

XVIII

Escuché un momento, pero nada oí más que los sordos golpes que daba mi corazón en el pecho, como los del cernedor de un molino cuando se ha desarreglado. Aparté poco a poco los racimos y hojas de la hiedra, y, sin que me oyesen, logré hacer una abertura por la cual podía introducir la cabeza, y ver al través del vidrio lo que hacían en el interior de la casa. Pero en el primer momento, en vano miraba, pues sólo veía una niebla de fuego; tales eran la turbación y la impaciencia de mi alma, que habían formado una nube delante de mi vista. Sin embargo, la nube se desvaneció gradualmente, y comencé a ver el fuego en el hogar, y algunos bultos que iban y venían alrededor de la llama, haciendo resonar sus almadreñas sobre las rocas de piedra del piso. Pero aun no podía yo distinguir si eran hombres o mujeres, ancianos o niños. «¡Cielo! decía yo para mí, si tan siquiera hubiese visto una vez la figura de Dionisia, eso me aliviaría y podría ver mejor a los demás». Luego sentía frío en todo mi cuerpo, y decía: «¡Pero si no existiese!». ¡Ah! ¡qué momento aquel, caballero, qué momento! no dura más una eternidad que un minuto como el que yo pasé entonces.

XIX

Al fin, o mis ojos o los vidrios se aclararon, un abultado manojito de retamas que echaron en el hogar produjo una gran llama, e iluminó toda la habitación Dionisia, Dionisia, exclamé en voz baja. Era ella, caballero, la vi pasar al resplandor de la llama. Llevaba en la mano una cosa como una taza que había ido a buscar junto al fuego, y la llevaba hacia el lado que estaba más oscuro, hacia una cama que había en el fondo de la habitación. Caí un instante de espaldas sobre un montón de leña que había en la roca, y necesité un esfuerzo y algunos momentos para serenarme y volverme a poner de pie, después de lo cual volví a ocupar mi puesto junto al ventanillo. Entonces, no sólo vi, sino que oí clara y distintamente una voz cascada y amistosa, la voz de mi pobre madre, que decía desde la cama: «Graciano, ¡pobre Dionisia mía! te doy muchas incomodidades, y te hago trasnochar y madrugar mucho; pero afortunadamente te durará ya poco este trabajo. ¡No tardará Dios en darme descanso!».

¡Ah! caballero, comprendí que mi madre estaba muy enferma, pero que al menos podría abrazarla y recibir su bendición antes de que muriese. Se me partió el corazón de dolor y comencé a llorar.

XX

Pasé la mano por el vidrio para limpiarle, pues mi aliento y mis lágrimas le habían empañado, y no podía distinguir lo que pasaba dentro de la habitación: He aquí lo que entonces llegué a ver:

En primer lugar, el escaño de mi madre, colocado junto al hogar, estaba vacío: sobre él había puesto el cajón de la sal y el saco de harina de trigo negro. Comprendí que hacía mucho tiempo que mi madre no se levantaba de la cama, y que su sitio junto al fuego estaba ya vacante para siempre.

En seguida vi que el banquillo de nogal en que por las noches se sentaba mi hermano para machacar el cáñamo, estaba tirado en el suelo, con los pies para arriba, en un rincón del cuarto. Su palo de ciego, que siempre tenía entre las piernas, aun dentro de casa, para tocar desde lejos tal o cual objeto, estaba arrimado a la pared con varios mangos de azadón o de rastrillo, junto a la piedra de la chimenea, y se hallaba cubierto de polvo y de telarañas. Ya no me quedó duda de que mi hermano había muerto, puesto que el ciego no necesitaba su palo. ¡Dios mío! ¡dos sitios vacíos ya en tan poco tiempo! Prorrumpí en llanto y me aparté del ventanillo, para que desde dentro no me oyesen sollozar.

¡Lo que somos, caballero! Haced la prueba de ausentarnos durante ocho años de vuestro castillo, que dicen que está tan lleno de gente, de cariño y de riquezas; luego,

volved y veréis lo que sucede. ¡Ah! ¡no, señor, no os deseo un momento como aquel!

XXI

Volví a la ventana después de haber llorado. Dionisia acababa de sentarse delante del fuego para desnudar a los hijos, porque había dos criaturitas, de cuatro a seis años, que andaban de un lado a otro de la casa colgadas de su delantal; me había olvidado de decíroslo.

Así, pues, pude ver a Dionisia a mi sabor, porque estaba vuelta de espaldas a la puerta, y su semblante, iluminado de lleno por la llama, se hallaba frente al ventanillo. ¡Ah! caballero, ¡no era aquella la misma Dionisia que yo había dejado! Estaba muy distante, pero aún se la conocía perfectamente; se veía a la hermosa joven de diez y ocho años, bajo la joven viuda de veinte y seis. Parecía que no era menester sino pasar la mano por la sombra de su rostro para encontrarla tal como la había yo dejado al emprender mi viaje. Tenía su vestido de lana galoneado de negro, sus mejillas más blancas, los ángulos de la boca algo más hundidos, el cerco de los ojos un poco azulado, como el que ha sufrido una leve contusión debajo de los párpados, el talle más bajo, los brazos algo delgados, y el cutis más blanco.

En fin, Dionisia estaba como una persona que no ha envejecido, ¡pero que ha sufrido y llorado por las noches! ¡Ah! no podía separar mi vista de ella, y me decía: «¡Pobre Dionisia! ¡pobre Dionisia! ¡por qué no habré yo estado aquí para ahorrarte pesadumbres y trabajos! ¡Aun me gustas más así, que cuando no había una lágrima en tus párpados, ni una huella de pesar en tus mejillas! ¡Dios mío! ¡cuánto más me agradas así que cuando eras más joven y alegre! ¡Ah! ¡ya no podré ser tu novio! ¡pero cuánto desearía ser tu auxilio y tu ayuda, sin más recompensa que la de ver y tener sobre mis rodillas a tus niños huérfanos!».

XXII

Cuando tuvo casi desnudos a sus dos hijos, es decir a un niño de seis años y a una niña de cuatro a cinco, y se vieron sus lindos y rosados hombros que salían de sus camisas de lienzo bien limpio, los hizo poner de rodillas delante de ella, y oí que murmuraba a media voz el *Padre nuestro*, cuyas palabras les hacía repetir con las manos cruzadas, a pesar de que estaban medio dormidos. ¡Dios mío! qué hermoso era, caballero, ver aquella mujer joven con sus hijos pequeños, cuyo padre había llamado el Señor a sí, sola y abandonada, en medio de la montaña, de noche, al lado de una madre anciana y moribunda, haciendo hablar a sus lindos niños del padre a

quien ya no veían en el cielo, lo mismo que si lo hubiesen visto, y besándoles después en la frente o en la boca para premiarles que hubiesen repetido bien su nombre después de ella.

Cuando hubieron concluido, les dijo: «Ahora que habéis rezado bien vuestras oraciones por nosotros, hijos míos, es preciso que para concluir las recemos por los demás;» y como para llamar mejor su atención con algún objeto visible, extendió el brazo izquierdo hacia la pared, y alcanzó de ella una cosa que colgaba de un clavo junto a la chimenea. Era mi saco de picapedrero, que dejé olvidado en casa el día en que me marché sin despedirme de mi hermano, y que quedó allí como un recuerdo mío, en el mismo sitio en que le había puesto. Dionisia le cogió, pues, y le colocó sobre sus rodillas, delante de las manecillas cruzadas de los dos niños. Vi brillar una cosa en el saco: era la cruz de latón de su antiguo collar que la joven quiso darme al partir, y que yo me negué a aceptar. Parece que desde aquel día no había querido volver a ponerse el collar ni la cruz, y los había dejado prendidos con un alfiler en mi saquito de cuero. —Vamos, hijos míos, dijo, rezad ahora una oración delante de este crucifijo para que Dios reciba el alma de vuestro padre en el paraíso.

Y los niños bajaron la cabeza como ella.

—Rezad una oración para que Dios alivie y cure a vuestra abuelita, que está enferma, y para que al menos nos la conserve hasta que seáis crecidos.

Y bajaron la cabeza como ella.

—Rezad una oración para vuestro tío Claudio, de quien hablamos todos los días, y cuyo saco está aquí, debajo de este crucifijo, a fin de que, si ha muerto, Dios le conceda gracia y misericordia entre sus ángeles, y si vive, le cuide y proteja en los países lejanos por donde está viajando, y le haga encontrar una mujer buena y unos hijos como vosotros, que le quieran mucho y le alivien en su trabajo.

Y bajaron la cabeza como ella, pero Dionisia la tuvo inclinada más tiempo por mí que por los demás, y al acercar el crucifijo a sus labios para besarle, besó también el saco antes de volverlo a colgar del clavo.

Y conocí que Dionisia aun me conservaba su cariño. Ya no quise ver más, caballero.

CAPÍTULO XII

I

Muy luego se apagó el fuego en la habitación, y reinó en la casa el silencio del sueño. Sólo yo vagaba por fuera, a tientas y a la tenue claridad de la luna creciente, que acababa de alzarse por detrás de los castaños. Yo mismo no sabía lo que quería hacer, pero me era imposible apartarme de allí. Parecía que varias cuerdas me tiraban del corazón. Di algunos pasos hacia uno y otro lado, conocí todos los sitios en que había estado de niño con mi madre y mi hermano, y en que fui pastor con Dionisia: el pozo, el manantial, los ciruelos, el huerto, el prado y los montones de paja. Parecía que todo ello me decía: «Buenos días, Claudio, ¡hace mucho tiempo que no te hemos visto!». La claridad tan suave de la luna, al derramarse sobre las hojas, parecía una iluminación secreta que los espíritus de las selvas habían encendido para festejar silenciosamente el regreso del hijo de la montaña. Me hallaba sereno, y sin embargo no podía dormir.

II

Después de haberlo recorrido y reconocido todo, y, aun habré de confesaros toda mi tontería, después de haber abrazado muchos ciruelos, cerezos y saúcos, como si bajo su corteza hubiesen tenido un corazón para corresponder a mi caricia, me acerqué de nuevo a la casa, y di vuelta alrededor de ella. Luego, cansado de andar así de un lado a otro, me senté sobre un montón de paja que habían dejado, por la tarde, entre la puerta del establo de las cabras y la escalera de la casa, próximamente en el sitio en que soléis ver a mi perro echado cuando vais a mi cueva. Tendido allí, caballero, no podré deciros cuántos y cuántos pensamientos se agitaron en mi mente mientras la luna pasaba de una colina a otra ante mi vista. El agua del barranco que oía murmurar allá a lo lejos bajo una bóveda de ramas y de hojas, no contenía más gotas en aquella noche. ¡Era tan triste y tan grato a la vez!

Cuando reflexionaba que no estaba allí mi pobre hermano ciego, en que mi madre se hallaba acaso en su lecho de muerte, y muy desconsolada por no ver siquiera a uno de sus dos hijos junto a su cabecera, se me partía el corazón de dolor. Luego, cuando pensaba que Dionisia seguía en la casa, tan hermosa y tan tierna como siempre, velando a mi madre o durmiendo junto a las camas de sus hijos, y que me profesaba todavía bastante cariño para haberles enseñado mi nombre y hacerles rezar sobre su crucifijo y sobre una cosa que procedía de mí, me juzgaba, sin embargo, el hombre

más feliz de la tierra. En aquel combate tan prolongado e indeciso del pesar y de la alegría, mis ideas se embrollaron y se cerraron mis ojos; me eché la capa de mendigo del idiota por la cabeza, como hacemos con nuestras chaquetas cuando queremos dormir; me volví de cara a la pared y me dormí diciendo: «Despertarás antes que sea de día, y te irás allá arriba a esconderte entre los castaños, para no entrar en la casa sino después que el sol esté muy alto, y tu madre, la pobre mujer, ¡bien despierta!».

III

Creí descansar tan sólo algunas horas, y no dormir el tiempo suficiente para dejar de oír cantar al gallo.

Pero, caballero, el cansancio del cuerpo, y más aun el del alma y del corazón, producido por todas las ideas que habían agitado mi mente durante dos días, engañaron mi esperanza, y tanto y tan bien dormí, que ni el canto de la alondra, ni el *quiquiriquí* del gallo, ni el mugido de cien bueyes que hubiesen llamado al boyero desde el establo, habrían podido despertarme. ¡Dios lo quería, no hay duda! Estaba tan muerto y tan sordo como las piedras de la escalera labradas por mí.

¡Ay Dios! ¡acaso fue una gran desgracia! más habría valido para todos que yo hubiese estado bajo los castaños y que hubiera renunciado a mi deseo de entrar en la cabaña, aun para recibir la última bendición de mi madre.

IV

Ignoro cuanto tiempo estuve durmiendo, caballero, pero de pronto oí pisadas ligeras que bajaban por la escalera de la casa, precisamente encima de mi cabeza; luego otras pisaditas más leves que bajaban detrás, después, al abrir los ojos, vi que era día claro, y en seguida oí dos vocecitas de niños asustados que decían:

—Mira, madre, el Inocente está echado junto a la pared; no nos atrevemos a pasar.

—Pasad, pasad, hijos míos, dijo una voz tierna de mujer: era la de Dionisia; venid, venid, que el Inocente a nadie hace daño. El pobre hombre está durmiendo ahí, porque en la pasada noche no habrá encontrado ninguna granja abierta. No le despertéis, y cuando yo haya ordeñado las cabras, le llevaréis una escudilla de leche y un pedazo de pan.

Y entró en el establo inmediato para ordeñar el ganado, pasando tan cerca de mí, que sentí en mi rostro el aire que hacía su delantal.

V

Figuraos, caballero, como estaría yo en aquel momento. Hubiera deseado hallarme a cien pies debajo de la tierra y huir lejos, muy lejos, por temor de que Dionisia me viese con aquellos andrajos de mendigo. ¿Qué pensaría de mí? Pero los dos niños se habían quedado allí, fuera, a mi lado, sin meter ruido por respeto a su madre, y poniéndose los deditos en la boca mientras me veían dormir, por temor de despertarme y desobedecer a Dionisia. Así, pues, no me atrevía a moverme. Decía para mí: «Después que haya vuelto a pasar con el cubo lleno de leche en la mano, para ir a la casa a buscar la escudilla y el pan, y que sus niños la hayan seguido allá arriba, ignorarán lo que ha sido de mí, cuando bajen a despertarme, y no me encuentren en el sitio en que me hayan dejado».

VI

Pero desgraciadamente había una escudilla en el establo y un pedazo de pan del pastorcillo en la tabla clavada junto a la puerta. Así pues, al salir Dionisia de ordeñar las cabras, tan compasiva como antes para con los pobres, llevando en la mano una escudilla llena de leche, y cogiendo de la tabla un pedazo de miga de pan que echó en sopas, se acercó a mí, se inclinó bondadosamente hacia el suelo, y dijo con su voz más dulce:

—Despertad, pobre Benito; ya hace gran rato que ha salido el sol, y lleváis mucho tiempo durmiendo; debéis tener ganas de almorzar. He aquí una escudilla de sopas de leche; tomad y pedid a Dios por toda la familia... ¡y por Claudio!... añadió con voz aun más tierna.

—¡Ah! caballero, oír mi nombre en sus labios, ¡y no atreverme a besar las puntas de sus almadreñas! ¿Os figuráis lo que por mí pasaría?

Pero me sentí paralizado por no sé qué impresión en la frente, en el corazón y en todos los miembros. Creo que aunque Dios me hubiese dicho que me moviera, no habría hecho movimiento alguno. Me estuve quieto, y esperaba que se iría sin despertarme.

VII

Pero Dionisia, inquieta al ver que no la contestaba y aun contenía mi respiración para no hacer el movimiento más leve, creyendo sin duda que me había caído allí enfermo o extenuado por falta de alimento, me llamó aun con más fuerza, y, como

tampoco obtuviese respuesta, dejó el cubo en el suelo, tomó la escudilla con la mano izquierda, y con la derecha apartó la capa de mi rostro, para que el sol me diese en los ojos y me despertase.

Pero cómo nos quedamos ambos, caballero, cuando, separada la capa por su mano, le dejó ver a la luz del sol, en vez del rostro del idiota que esperaba encontrar, la fisonomía de su antiguo novio Claudio, cubierta a la sazón con los andrajos de un mendigo.

VIII

Lanzó un grito que hizo huir a los niños y a las gallinas por todo el corral, dejó caer al suelo la escudilla con las sopas de leche, y cayó de espaldas, sosteniendo dificultosamente su pobre cuerpo con la mano derecha en el primer peldaño de la escalera.

Me levanté para acudir a auxiliarla.

Los niños se acercaron a mirarla, llorando.

Mi anciana madre, al oír el ruido, salió a medio vestir a la galería, para ver que desgracia había sucedido a Dionisia.

Me conoció, lanzó un grito, y extendió los brazos. Corrí a su encuentro, la abracé y la llevé a su lecho de muerte.

Luego volví a levantar y a consolar a Dionisia, que estaba medio desmayada de resultas del susto; la sostuve en mis brazos para llevarla a la casa y sentarla en el escaño de madera.

IX

—¿Sois verdaderamente Claudio, bajo ese traje miserable? me dijo.

—¿Eres tú, pobre hijo mío, con esas alforjas de mendigo? ¿Es bastante desgraciada la familia para que un hijo de las *Huttes*, tan bueno para el trabajo y tan servicial para los demás, tenga que buscar hoy su pan pidiéndole de puerta en puerta. ¡Ah! ¡Dios mío!

Las tranquilicé presuroso confesándolas porque había cambiado de traje con el idiota en la cuesta de Milly, con el fin de que no me conociesen los pastores y de saber noticias de casa, pero sin volver a entrar en ella, si... No me atreví a concluir de expresar mi pensamiento, por temor de recordar el pasado a Dionisia; pero saqué del bolsillo de mi chaleco un puñado de monedas de plata que había ganado y economizado esta vez, en Lyon y en Macón, para llevarle a casa, por si hacía falta

dinero, y enseñé a mi madre y a Dionisia las mangas de mi camisa, que era de hermosa tela de algodón rayada, tan buena que las muchachas más vanidosas de la comarca se habrían alegrado mucho de tenerla igual para hacer gorgueras o delantales.

Al ver tales pruebas, ambas mujeres quedaron convencidas de que no me había vuelto mal hombre, ni mendigo que regresaba a su casa para envilecer a la familia.

X

Hiriéronme comer y beber con los niños, que se acostumbraban a mí y que reían cubriéndose con la capa y el saco del mendigo. Les conté en pocas palabras mis viajes por Francia. «¡Dios mío! ¡qué grande es el mundo!» decían al escucharme. Dionisia palideció cuando me preguntó mi madre si había encontrado alguna muchacha que me gustase, y si estaba desposado con alguna. Después se puso encendida, y salió a pretexto de ir a dar yerba a los cabritos, cuando respondí que no, y que nunca había pensado en casarme.

Entonces, cuando estuve a solas con mi madre, ella se aprovechó de esta ocasión para contármelo que había pasado durante mi ausencia de la casa, apresurándose y hablando en voz baja, para no hacer llorar a Dionisia.

XI

«¡Ah! ¡mi pobre Claudio, comenzó por decirme, qué mal he obrado, y cómo necesito que me perdones! Es preciso no querer nunca más que lo que el buen Dios quiere; oyes, hijo mío; o tarde o temprano, nuestra voluntad tiene que ceder a la suya. Tú amabas a Dionisia; Dionisia te amaba; yo he querido otra cosa que vosotros, he tenido demasiado cariño a mi pobre Graciano. No tenía nada de extraño, puesto que era el más infeliz de mis hijos; creía que sólo Dionisia podía consolarle en su triste vida. Ella me obedeció por sacrificio, ¡la buena chica! Me dijo: “Tía mía, me casaré con quien vos digáis, puesto que os lo debo todo y que sois como mi madre”. Yo te obligué a partir, pensando que tú que eres un muchacho robusto y que tenías tus brazos y tus ojos, encontrarías muchas otras mujeres con quien casarte, mientras que no había más que una para el ciego. Y qué es lo que ha sucedido? Óyelo, hijo mío».

XII

La tristeza entró por la puerta de casa, ¡antes que tú la hubieses acabado de cerrar! Dionisia empezó por pasar una enfermedad que duró seis meses y que la quitó la fuerza y los colores; se puso pálida como las violetas a la sombra bajo los avellanos.

El ciego no lo sospechaba siquiera, porque no se le decía y la creía siempre lo mismo. Su complacencia y su dulzura eran siempre las mismas, y el timbre de su voz había adquirido cierta cosa más tierna que antes. Hubiérase dicho que se parecía al sonido de una campana hendida por el martillo. Graciano creía que esto era señal de mayor amistad hacia él, ¡pobre inocente! Esperaba con impaciencia el momento en que le dijera: «Puedes hablar a Dionisia».

XIII

Al fin se lo dije. Dionisia consintió en lo que la mandaba, sin murmurar. Ninguna prevención tenía contra Graciano, al contrario, le quena como a un hermano desgraciado.

Consagraba a su corazón toda su vida, como el perro que le dimos cuando era niño, se había consagrado a seguirle sin querer abandonarle. Yo les desposé un año después de tu partida, y no tardaron en casarse más que hasta después de san Juan. Esto no produjo ni más ruido, ni más alegría, ni más alteración en la casa, que hubiera causado la entrada de una nueva sirvienta. Graciano era muy dichoso, y Dionisia no manifestaba su pensamiento. Sólo que si tu saco se caía del clavo al suelo, o si algún pariente que pasara por las *Huttes*, preguntaba qué noticias había de ti y pronunciaba tu nombre, ella se marchaba a llamar a las gallinas, o a barrer el tramo de la escalera. Pero nunca hubo entre nosotros tres una palabra más alta que otra.

XIV

Tres años pasaron así, y Dionisia tuvo primero una niña, después un niño. Parecía que esto debía atraer felicidad a la casa. ¡Pues bien! no pasó lo que yo creía.

He aquí, que una tarde que se hablaba de ti en el país, un mozo de Saint-Point, licenciado del ejército, pasó por las *Huttes*; encontró al ciego en la puerta, y le dijo: «Vuelvo de Tolón; tu hermano Claudio trabaja en la cantera del fuerte, pero no trabajará mucho tiempo el infeliz; sus compañeros dicen que tiene la tristeza en el corazón, que no quiere divertirse, ni beber, ni reír con ellos; que está más seco que su martillo, más delgado que su sierra, y que no saldrá del invierno. Acaba de marchar, no se sabe para qué otra cantera. Yo no he podido encontrarle, para preguntarle si tenía algunos encargos que hacerme para el país».

Este pobre soldado no sabía el mal que hacía. Fue el golpe de muerte para el ciego. Dionisia, que estaba en el fondo de la casa, dando de mamar a su niña, también lo había oído todo; no hizo ninguna demostración, pero de pronto se la retiró la leche, hasta tal extremo, que tuvimos que alimentar a la niña con una de nuestras cabras.

En cuanto al ciego, lanzó un grito y se golpeó la frente con las dos manos, como si hubiera visto por primera vez un destello de luz del buen Dios. ¡Ah! ¡yo he matado a mi hermano! me dijo por la tarde en voz baja al volver a casa; mi felicidad le cuesta la suya; ¡no puedo vivir más!

XV

Desde este día no tuvo un momento de paz. Dionisia misma no podía acertar con una palabra de consuelo. Hasta su voz, tan necesaria antes a su oído, parecía hacerle daño. Ya no dormía, no comía de buena gana, no quería que los niños, ni Dionisia, estuviesen a su lado en el corral ni en casa. Se iba a acostar solo con los corderos en la cuadra. No admitía siquiera mis consuelos. Decíame: «¡Vos sois quien los ha sacrificado por mi felicidad; habéis cometido un error, y yo he sido un Caín! ¡Que el buen Dios nos perdone a todos, y que me lleve pronto! ¡Quiero ir allá arriba a pedir perdón a mi hermano!». Yo hice venir al médico, y me dijo: «Este hombre no tiene ningún mal, más que en la parte moral; es preciso confiar en el tiempo y complacerle en todo; ¡pobre mujer!».

Al cabo de seis meses, murió sin enfermedad, pidiéndote perdón como si hubieras estado aquí, delante de su cama y diciendo: Dionisia, Dionisia, ¡no me reconvengas en la eternidad por haberte amado en lugar de él! ¡Yo he robado la felicidad de otro en tu corazón! ¡Estoy contento de morir, en castigo de mi desgracia!, y muchas otras cosas por el estilo, mi pobre Claudio.

Dionisia, los niños y yo le lloramos mucho, sin embargo, ¡era tan bueno!, su bondad fue la que le mató.

XVI

Hace de esto cerca de dos años, mi pobre hijo. Desde aquel momento, ¡el tiempo ha sido duro para nosotros! Caí enferma con los remordimientos de tu desgracia, de la de Dionisia, y con el sentimiento por la muerte de tu hermano. Mis brazos perdieron su fuerza, como mi corazón; mis piernas no me soportaban ya para ir a los campos; apenas empezaba a trabajar, cuando tenía que apoyarme en el mango de mi rastrillo. No servía ya más que para hilar en mi rueca, sentada sobre la yerba, guardando los

animales. Además, Dionisia demasiado ocupada ya con sus dos niños, se veía obligada a levantarse antes de amanecer, y a acostarse después de media noche para hacerlo todo; cuidar de las cebadas, los henos, las castañas; cavar, escardar, segar, recoger las gavillas, desgranar las espigas, sacudir los castaños, en fin, todo. Ella no podía bastar a tanto, la pobre muchacha, y el pan comenzaba a escasear en la mesa. Yo me he visto obligada a quedarme en cama hace seis semanas. Ha sido necesario que los animales se guarden solos con el perro. Dionisia pasa los días a mi cabecera para cuidarme. La miseria estaba a la puerta, así como la tristeza y la muerte, cuando el buen Dios te ha enviado. Que él te bendiga, como yo te bendigo, ¡mi pobre Claudio! Tal vez haya remedio a todo, si ahora puedes quedarte con nosotros, ser el obrero de tu madre, el padre de los niños, ¡y quien sabe, añadió llorando, si el desposado de Dionisia por segunda vez!

¡Ah! sí, respondí, ¡madre mía! si Dionisia no me desprecia ahora que me ha visto con este traje de mendigo, me quedaré; no me iré jamás; amaré a esos niños como hijos de mi hermano y míos; amaré a Dionisia como la he amado siempre, y como ella consentirá que la ame.

CAPÍTULO XIII

I

Así quedó todo arreglado, y marché a Macón a comprar una chaqueta y ropa adecuada a mi clase, para sustituir los harapos del mendigo.

Cuando regresé al día siguiente, mi madre se lo había dicho todo a Dionisia. Me hizo muy buen recibimiento y me sirvió la comida en la punta de la mesa, donde acostumbraba servírmela cuando estaba soltera y yo era su novio. Tomaba yo en brazos a los dos niños, y los besaba con delirio, a fin de que comprendiesen que por ella los quería tanto. En efecto, la niña se le parecía mucho, y al besarla, creía besar a dos en vez de una.

Pero no nos hablábamos, porque mi madre decía que era preciso obtener antes una licencia del alcalde y una dispensa del cura, para que un cuñado pudiese casarse con su cuñada.

Entonces fue, caballero, cuando bajé al castillo, y vuestra madre, que era tan servicial y tan querida en toda la montaña, me recibió con la mayor amabilidad y me procuró los papeles necesarios. Entonces os vi en el jardín con vuestras hermanas. Erais muy joven aun. No sabía yo que vendríais un día tan a menudo a estas rocas, a conversar con un pobre hombre como yo.

II

Cuando tuve los papeles en mi poder, caballero, nos hablamos como lo habíamos hecho en otro tiempo bajo los avellanos y junto a los matorrales, de los que los niños cogían amapolas o buscaban nidos de ruiseñor al rededor nuestro, viniendo a cada momento a enseñarnoslos a su madre y a mí. Dionisia sonreía llorando, y lloraba aun más sonriendo, como una nube del mes de abril. Estaba aun más bonita que a los diez y ocho años, desde que dormía toda la noche, desde que, merced a mis ahorros, andaban los alimentos abundantes en la casa, y desde que me sentía allí junto a sí, sin que nadie pudiese censurar lo más mínimo ni separarnos. Le había comprado sayas de lana azul ribeteadas de encarnado, con delantales de algodón rayado y zapatos con hebillas de latón, que relucían tanto como su crucifijo. Sus mejillas se habían vuelto encarnadas como manzanas. Corría por los prados detrás de su niña, tan ligera como si hubiese sido su hermana. ¡Qué jóvenes! ¡qué locos! ¡qué felices éramos, caballero! Acercábase el día en que habíamos de bajar con toda la familia para casarnos en la aldea. Hasta mi misma madre se había rejuvenecido, y comenzaba a salir a tomar el

sol en el patio. Aquellos nueve años se consideraban como una pesadilla que parecía no haber durado más que una noche.

III

En este intervalo había yo vuelto a dedicarme a mi oficio para hacer que volviese a reinar cierto bienestar en la casa, y para comprar la ropa blanca y el armario grande que los recién casados deben tener en esta comarca. Como había estado ausente del valle de Saint-Point durante tanto tiempo, y los demás picapedreros no trabajaban a tan poco precio para los pobres de la aldea de la montaña, estos tenían que encargarme muchas obras. Uno había casado a su hija, y quería construir una habitación más para su yerno; otro había visto hundirse su granja, su fregadero o su palomar. Las mujeres me pedían morteros de piedra para machacar la sal, los hombres piedras de molino o de afilar, los pastores pilones para dar de beber al ganado, los labradores guarda-cantones para sus puertas. Llevando poco dinero por mi trabajo, ganaba más de lo que necesitaba para poner modestamente mi casa. Había quitado los escombros de mi antigua cantera situada entre las *Huttés* y el valle, así como toda la tierra amontonada por los hundimientos y las lluvias durante los nueve años transcurridos, y todos los matorrales que habían nacido allí. Al pie de los hermosos abetos, donde Dionisia iba en otro tiempo a llevarme la comida, hice una excavación abovedada como una caverna, de donde sacaba grandes trozos cuadrados de piedra, hermosos y amarillos como manteca, que hubieran servido para construir pilares para una catedral. Recobré mis vigores y robustos brazos de diez y ocho años. A cada golpe de piqueta, al ver caer mi sudor en la piedra como gotas de lluvia, decía mentalmente: «¡Es para ella!». Y me sentía más vigoroso aun por la noche que por la mañana. ¡Ah! ¡el amor tranquilo en el corazón es un descanso hermoso! Y todos estaban alegres en la casa, hasta los niños.

IV

Mi madre había hecho buñuelos y barquillos de miel para el día de la boda, que era el martes de San Juan de verano, y convidado a los parientes, mozos y muchachas que vivían en la aldea o desparramados en diferentes puntos del valle. Eran una docena entre chicos y grandes, tanto los hijos del recovero como otros. Las costureras del pueblo habían ido a hacer el traje de boda para Dionisia, y todo el día la estaban probando tan pronto una cosa como otra. Sólo se oía reír y charlar en la casa desde la mañana hasta la noche.

V

Yo, caballero, reía un momento con ellas, y luego me iba a mi cantera, pero sin poderme estar trabajando mucho tiempo, sobre todo en los últimos días. Mi corazón estaba harto ocupado por Dionisia. Sin embargo, había yo preparado también una sorpresa para la boda y un ramillete, como suele decirse, para los fuegos artificiales de san Juan, que se acostumbraba quemar en nuestras montañas en la víspera de aquella fiesta, y un petardo más fuerte que los que disparan entre nosotros en las bodas, en señal de regocijo. Hacía ocho días que estaba trabajando secretamente en preparar una mina como las que había visto en las rocas de Tolón, capaz de volar toda la bóveda que estaba situada debajo de los abetos de mi cantera, y suministrarme, sin trabajo alguno, materiales suficientes para estar labrando piedra durante seis semanas.

A nadie, ni aun a Dionisia dije una palabra de esto, para que se disparase al fin de la comida de boda, y que a la distancia de una legua, al oírla estallar, pudiesen decir todos en las montañas y en el valle: «Ese es el petardo de la boda del picapedrero». Llené el barreno con medio quintal de pólvora bien atacada y cubierta con serrín de piedra. Por temor de que sucediese alguna desgracia le puse una mecha que ardiese con lentitud, y la cubrí con cascote, tierra y yerba seca, para que las reses no la estropeasen con las patas. Sólo yo conocía el grupo de ortigas en donde estaba la punta de la mecha a flor de tierra, fuera de la cantera, en la orilla del camino.

VI

En la mañana del día anterior al de la boda, bajé todavía a la cantera para que no se durmiesen mis brazos como suele decirse; di a mis piedras algunos golpes con mi piqueta y mi barra, examiné la mecha, preparé la yesca con un rastro de pólvora que llegaba hasta el camino, y al subir, dije para mí: «Echarás lumbre, se prenderá la pólvora, la yesca se encenderá, y comunicará lentamente el fuego a la mecha; sin apresurarte tendrás tiempo suficiente para subir hasta las *Huttes*, cogerás un vaso para beber a la salud de los parientes abrazando a Dionisia, y sonará el estampido». Tal era mi idea, caballero.

VII

Hecho esto, bajé corriendo a la aldea con el objeto de comprar seis botellas de vino blanco, para que le bebiésemos al día siguiente en la boda. Me entretuve un poco con unos y con otros, con el tabernero, con el sacristán, con el cura y con su criada.

Todos me detenían y me felicitaban por la suerte que tenía de casarme con una viuda tan hermosa y honrada, porque era muy conocida y muy querida, aunque sólo la solían ver en la iglesia, en las grandes festividades, y nunca en los bailes. La llamaban, como os he dicho, la *salvaje de las Huttes*, pero por eso mismo la profesaban mayor estimación. En todas partes me ofrecían un vaso de vino, y no podía rehusarle sin mostrarme desatento; así bebí algunos tragos de más. La mejor prueba fue que yo, que no hacía más que silbar en mi cantera cuando trabajaba, emprendí la vuelta a las *Huttes*, cuando era casi de noche y cantando con voz tan fuerte, que los pájaros, recogidos ya en los árboles y en los matorrales, huían asustados.

VIII

No pensaba más que en la felicidad de ser al día siguiente el marido de Dionisia, y de volver a bajar allá con ella, que llevaría un gran ramillete en el pecho, y otro de claveles encarnados en la cabeza. Parecíame verla ya agarrada de mi brazo, con sus zapatos nuevos en los pies, o en la mano, por temor de destrozarnos con las piedras. Había olvidado completamente que era la víspera de san Juan, la noche en que pasean por las montañas con teas encendidas.

Al acercarme a oscuras a mi taller de cantero, oí algún ruido entre las hojas, y una especie de cuchicheo de voces de mujeres y de niños en el lado opuesto de la cantera, en la parte más alta, bajo el árbol grande. Me detuve y dije para mí: «Serán, Dionisia, las costureras y los niños que me habrán salido al encuentro para sorprenderme y bromear, al ver que tardaba tanto en volver». ¡Y era demasiado cierto! porque en el momento en que pensaba esto, oí la voz clara y suave de Dionisia que me llamaba con fuerza, aunque riendo, desde el lado opuesto de la cantera. Los niños me llamaban como ella, con sus lindas vocecillas, y gritaban alegremente: «¡Claudio! ¡Claudio!» por entre los árboles del bosque.

Contesté gritando, también, para que mi voz subiese desde donde yo me hallaba hasta ellos: «¡Dionisia! ¡Dionisia! ¡eres tú! ¡soy yo!»». Y di algunos pasos corriendo, para ir a abrazarlos, rodeando la orilla escabrosa de mi cantera.

Pero en aquel momento, caballero, hirió de pronto mi vista un gran resplandor, y varias voces de mozos, de muchachas y de niños comenzaban a llamarme también desde el lado opuesto a la elevación en que había oído a Dionisia. Eran los mozos, las muchachas y los niños de la boda del día siguiente que, para festejarme y darme una sorpresa, habían ido a pasar la noche en las *Huttes*, y a pasear sus teas de paja y de pino encendidas en torno de Dionisia en señal de regocijo. Acababan de encenderlas al oírme contestar a Dionisia, y se adelantaban lanzando gritos de alegría y

sacudiendo las llamas y las chispas por encima de sus cabezas en medio de la oscuridad de la noche.

IX

Al resplandor de aquellas teas inflamadas vi a Dionisia en la cumbre de la cantera, precisamente encima de la bóveda en frente de mí. Tenía a su niño de la mano, y su niña estaba colgada de su cuello, sentada en su brazo, como representan a la Virgen con el niño Jesús en brazos. Me miraba con el semblante lleno de felicidad y de amor, iluminado con un color rojizo por la llama de los hachones, le tendí los brazos, y luego, de improviso, lancé un grifo terrible, y la hice seña de que huyese del sitio en que estaba.

Acababa de herir mi mente una idea como si me hubiesen dado un martillazo en la cabeza. Los muchachos y los jóvenes se acercaban al camino en que había yo puesto el cebo y la mecha por la mañana. Una chispa, llevada por el viento, bastaba para encender la mecha, ¡y volar la roca que cubría la cueva sobre la cual se hallaba Dionisia!

¡Ay Dios! ¡lo pensé demasiado tarde, caballero! Aún no había tenido tiempo suficiente para pronunciar una palabra y extender la mano hacia Dionisia, cuando estalló bajo sus pies un trueno subterráneo, y la vi lanzada con sus dos niños, colgados todavía de su cuello, hasta la altura de la cima del árbol, y volver a caer sobre una nube de humo, como una santa que baja del cielo, sepultándose con ellos en la bóveda que acababa de entreabrirse y volverse a cerrar sobre ella, ¡con un estrépito semejante al del hundimiento del mundo! ¡Dios del cielo! por qué no se cerró al mismo tiempo sobre mí...

No pude contener un grito de horror y una lágrima de compasión.

X

Vi que aquel pobre hombre no podía proseguir. Su profundo dolor me conmovió en extremo. Me apresuré a llevarle hacia otro sitio y a apartar su pensamiento de aquel desenlace horrible de su amor, aplazando para otro día los pormenores del suceso, que aún era asunto de conversación en todas nuestras montañas. Me comprendió, se levantó temblando, llorando y orando. «¡Era la voluntad de Dios, caballero!» me dijo, y se inclinó cual si hubiese sentido sobre su cabeza el peso de la mano divina... Ambos nos encaminamos de nuevo al valle, silenciosos y meditabundos. Al pasar por la orilla de la cantera, volvió la cabeza a otro lado.

Entonces vi una cruz de piedra arrimada al tronco de un árbol viejo, situada encima de un ancho hundimiento, y en la que hasta entonces no había yo reparado. Era sin duda el sitio en que después de la explosión, había visto a Dionisia elevarse hacia el cielo como una santa encima de la nube.

Esta vez me acompañó hasta las praderas. Parecía que, desde el momento en que me vio llorar por la pérdida de Dionisia, me había cobrado mayor cariño.

CAPÍTULO XIV

I

Cuando en el domingo siguiente volví a verle, me dijo: «¡Ay Dios! caballero, ¿qué venís a buscar? nada tengo ya que deciros. Los trabajadores encontraron entre los escombros de la cueva los cadáveres de Dionisia y de sus dos hijos. El médico dijo que habían muerto ya asfixiados y abrasados por el humo y el fuego de la mina antes de volver a caer al sepulcro que yo mismo les abriera.

Los trajeron ahí, al sitio en que os halláis, al lado de mi madre, que ni un solo día pudo sobrevivir a nuestra desgracia. Si apartaseis esa cubierta de musgo sobre ese lecho de tierra, encontraríais una familia entera».

—Me están guardando el sitio como veis, caballero: ahí está mi lecho nupcial al lado de Dionisia.

En efecto, vi un hueco vacío entre dos sepulturas.

—¿Y vivís aquí, le dije lleno de compasión, siempre frente a frente con vuestro desvanecido amor?

—No podría vivir en otra parte, me contestó; mi corazón ha echado raíces aquí, como ese boj que toma su savia de la muerte.

—¿Y nunca murmuráis dentro de vos mismo, Claudio, contra esa Providencia que os mostró tan de cerca la felicidad por dos veces consecutivas, para arrebatárosla cuando creíais tenerla ya entre vuestros brazos?

—¡Murmurar yo contra Dios, caballero! exclamó. ¡Oh! ¡no! Él sabe lo que se hace, y nosotros sólo sabemos lo que sufrimos. Pero siempre he pensado que los sufrimientos eran los deseos del hombre ahogados en su corazón hasta tanto que sale de ellos la resignación, es decir, la oración perfecta, la voluntad humana doblegada y humillada ante la divina.

—Pero ese deseo que se doblega bajo la mano del Ser supremo, ¿no llegará a enderezarse algún día, Claudio, como el resorte comprimido cuando se quita el peso que le mantiene sujeto y doblado?

—Sí, señor; pero si se endereza en este mundo, es la rebelión, y si en el otro, es el paraíso.

—¿Y qué es el paraíso en vuestro concepto, Claudio?

—Es la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra, caballero.

—Pero ¿y si también allá arriba resultase esa voluntad contraria a la vuestra, y os separase de nuevo de la mujer amada?

—Continuaría aguardando, sí, señor, y aguardaría durante toda una eternidad, sin murmurar, hasta tanto que Dios me dijese: «He ahí lo que buscas».

—¿Según eso, creéis firmemente que habéis de volver a encontrar a Dionisia?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Cuando le plazca a Dios.

—¿Y entre tanto sufrís?

—Ya no sufro, caballero; amo y espero.

—Y creéis también, ¿verdad?

—No, señor, no me tomo el trabajo de creer. Vivo con dos amores; ¿no es el amor la fe? Tengo fe por dos.

—¿Y no sois hartos desgraciados?

—Nada absolutamente, caballero: Dios me ha concedido la gracia de verle en todas partes, hasta en mis penas. ¿Acaso se puede ser desgraciado en compañía de Dios?

II

Durante el mismo verano volví todavía con frecuencia a ver a Claudio y a hablar con él de diferentes cosas; pero sobre todo de las de arriba. Siempre tuve igual afición a su sencillez y a la unción de su lenguaje. Era para mí como uno de esos troncos de árbol en que las abejas han dejado un panal bajo la ruda y áspera corteza, y que cuando se le descubre en la orilla del bosque, después de una marcha prolongada al sol, se le absorbe con delicia.

Pasé algún tiempo sin volver a Saint-Point. Volví a él en 18..., subí a las *Huttes*, y sólo hallé un gamo montaraz que estaba paciando la yerba que había nacido delante de la cabaña vacía y abandonada. En el cercado se alzaba un montecillo más de césped al lado de aquel en que dormía Dionisia.

Al bajar encontré a uno de los hijos del recovero, que iba a buscar las ciruelas que el viento hacía caer en el huerto de las *Huttes*, para llenar las banastas de su asno.

—¿Ha muerto Claudio? le pregunté.

—Sí, señor, hace dos años el día de san Martín, me contestó el pobre cojo.

—¿Y de qué murió?

—¡Oh! murió de amor a Dios, según dice el señor cura.

—¿Cómo de amor a Dios, Benito? De eso se vive, pero no se muere, le dije, ¿sería acaso de su amor a Dionisia?

—¡Ah! caballero, vea Y. lo que sucedió. Amaba tanto a Dios aquel hombre, que ya no pensaba en sí mismo, lo mismo que una golondrina acabada de salir del cascarón del huevo que no comería si su madre no la llevase mosquitos al nido. Nada había ahorrado para los años de enfermedad, y trabajaba por amor de Dios en todas las aldeas. Sólo decía aquellos para quienes había hecho alguna obra: «Si llego a caer enfermo, me mantendréis ¿verdad?».

Y en efecto, caballero, se rompió una pierna y se desconcertó un hombro al levantar el tejado de la cabaña de la viuda Baptistine, que durante la noche se había hundido cogiéndola debajo con sus hijos: salvándoles la vida perdió la suya.

—Pero todos cuidarían bien de él en su última enfermedad, ¿no es cierto? porque son muy caritativos en el país, sobre todo cuando no hay que desembolsar un ochavo.

—¡Oh! sí, señor, le trajeron en unas parihuelas a su cabaña, y unos días unos, y otros días otros, subían aquí a traerle alimento y a volverle en su lecho de paja. De nada habría carecido si hubiese querido, pero tanto temía perjudicar a los demás y tomar algo que no le debiesen, que absolutamente no admitía más que el pedazo de pan que necesitaba para sí y para su perro. Y aun cuando querían obligarle a aceptar otra cosa, como un poco de carne o de caldo para alimentarle, o unas gotitas de vino para darle ánimo y alegría, exclamaba: «No, no he ganado eso trabajando para vosotros; no lo quiero, perjudicaría a vuestros hijos». En fin, no había súplicas ni razones que pudiesen convencerle, y había que volverse a casa con lo que se le llevaba.

Un día que parecía estar más débil que de costumbre, fuimos a verle mi mujer y yo, y le llevamos una escudilla de caldo de gallina, pues habíamos matado una para él.

—Toma, Claudio, le dije: hemos matado nuestro cochinito y hemos hecho un poco de caldo.

—¡Oh! ¡no! nos contestó mirando a la escudilla, ese no es caldo de carne de cochinito, sino que habéis muerto una gallina para obsequiarme, pero no quiero aceptarlo, porque nunca podré pagároslo con mi trabajo.

En vano fue cuanto dijimos, caballero, pues no lográbamos convencerle, y no quiso beber el caldo que le hubiera fortalecido: sólo aceptó un pedazo de pan; mi mujer dejó la escudilla de caldo encima de la tabla que estaba clavada a la pared junto a su cama, y nos fuimos. Al día siguiente cuando volví a hacerle compañía, porque era domingo, la escudilla estaba llena en el mismo sitio en que la habíamos dejado, y él, caballero, había muerto extenuado de debilidad con su perro negro a los pies. ¡Ah! ¡aquel sí que era un santo!

III

Ahora, cuando en el otoño vuelvo a Saint-Point, subo una vez a las *Huttés* en la época en que se caen las hojas de los castaños. La sepultura del pobre Claudio me inspira la oración, la resignación y la paz. Me gusta sentarme allí al ponerse el sol, y pensar en Dionisia y en él, reunidos bajo los rayos del sol que ya no se pone.

IV

Y aquel hombre me hace falta en el valle. La lamparilla que desde mi ventana veía yo brillar por la noche entre la niebla de la montaña, es como una estrella que se hubiese apagado en aquel pedazo de cielo, o como una luciérnaga que acostumbra uno a ver iluminar la yerba al pie de un matorral, y que de improvisto se oculta. No era más que un gusano de la tierra, pero contenía un átomo del fuego de los soles. Así era el pobre Claudio.

Algunas veces, en medio del campo, cuando todo está silencioso en el valle, bajo la atmósfera abrasadora del mediodía, en un día de verano, escucho involuntariamente, con el oído inclinado hacia la parte de la montaña, y creo oír el sonido acompasado y lejano de su martillo, al caer una y otra vez sobre la piedra sonora, como el rústico péndulo del reloj de la eternidad.



ALPHONSE DE LAMARTINE (Mâcon, 1790 - París, 1869). Escritor y político francés. Procedía de la aristocracia terrateniente y monárquica de Borgoña. Fue uno de los más destacados poetas del romanticismo francés, con obras en las que, sin grandes innovaciones formales, introdujo la temática de los más intensos sentimientos personales en un registro lírico, como en sus *Meditaciones* (1820), *Armonías poéticas* (1830), *Getsemaní* (1834), *Jocelyn* (1836), *La caída de un ángel* (1839) y *Recogimientos* (1839). Tras una breve experiencia como militar en los inicios de la Restauración, desde 1820 siguió la carrera diplomática, sirviendo sobre todo en Italia.

Durante el reinado de Luis Felipe de Orléans pasó a la actividad política, desde que fuera elegido diputado en 1833. Paulatinamente se fue alejando de su educación conservadora e inclinándose hacia posiciones liberales más avanzadas, hasta simpatizar con los republicanos. Participó en la oposición a Guizot, reclamando una reforma electoral democrática; y la Revolución de 1848, que derrocó a Luis Felipe, le llevó a presidir el gobierno provisional.

Confiando en sus viejos ideales de libertad y fraternidad, rehusó reforzar su poder personal y contribuyó a que la Segunda República tuviera un ejecutivo colegiado. También se esforzó por moderar las tendencias populares radicales. Todo ello le hizo perder influencia, contribuyendo a su aplastante derrota por Luis Napoleón Bonaparte en las elecciones presidenciales de diciembre de 1848.

Fracasado el sueño de Lamartine de servir de punto de encuentro para todos los partidos del régimen, acabó por abandonar la política tras el golpe de Estado protagonizado por Luis Napoleón en 1851. Derrotado y arruinado, pasó sus últimos años escribiendo por dinero novelas populares, biografías, ensayos históricos y sus propias memorias.

Notas

[1] Las chozas. <<